



MICHAEL ENDE

JIM BOTON Y LOS TRECE SALVAJES

Lectulandia

Jim Botón y su fiel amigo Lucas el maquinista se embarcan en una extraordinaria aventura a bordo de la locomotora Emma, que les llevará a tierras maravillosas habitadas por sirenas, gigantes, dragones y princesas.

Lectulandia

Michael Ende

Jim Botón y los trece salvajes

Jim Botón y Lucas el maquinista 2

ePub r1.0

Ishamael 19.05.13

Título original: *Jim Knopf und die wilde 13*
Michael Ende, 1962
Traducción: Adriana Matons de Malagrida
Diseño de portada: R. Riera Rojas

Editor digital: Ishamael
ePub base r1.0

más libros en lectulandia.com

Queridos amigos:

Los que no habéis leído las primeras y extraordinarias aventuras de Jim Botón y Lucas el maquinista, quizás os sintáis sorprendidos de las maravillosas cosas que les ocurren en este libro. Pero en cuanto hayáis doblado la última página, os sentiréis tan identificados con ellos, que ya no os extrañará nada que la vieja locomotora Emma aprenda a volar, ni que existan faros que sean a la vez grandes y pequeños, y mucho menos que los Trece Salvajes sufran una derrota tan sorprendente. Habréis penetrado en un mundo donde todo es posible, un mundo que todos los niños conocen, pero que, desgraciadamente, las personas mayores han olvidado ya.

En estas nuevas aventuras hallaréis fabulosos personajes, como la sirenita hecha de verde ambrosía y su prometido, conocedor de antiquísimos misterios, junto a muchos viejos conocidos, tales como el Sr. Tur Tur, el falso gigante, el sólo a medias dragón Nepomuk, el diminuto superbonzo Ping Pong, la inteligente princesita Li Si y, naturalmente, todos los habitantes de los Estados Unidos de Lummerland y Nuevo-Lummerland.

Y si alguno de vosotros siente, al final del relato, el deseo de llegar algún día al maravilloso país de Jim Botón y sus amigos, os voy a revelar la forma de conseguirlo. Basta con que los imitéis en su noble conducta de eternos defensores de la justicia, la alegría y la paz.

Capítulo 1

EN EL QUE LA HISTORIA EMPIEZA CON UN FUERTE
«¡BUUUM!»

En Lummerland hacía casi siempre buen tiempo. Pero, naturalmente, también había días en que llovía. Eran pocos, eso sí, pero llovía a cántaros. Nuestra historia empieza precisamente en un día así.

Llovía y llovía y llovía.

Jim Botón estaba en la pequeña cocina de la casa de la señora Quéé y la princesa Li Si también se hallaba allí porque le habían dado catorce días de vacaciones en el colegio. Cada vez que iba a Lummerland de visita, se preocupaba por encontrar un bonito regalo para llevarle a Jim. En una ocasión fue una bola de cristal dentro de la que había un minúsculo paisaje chino. Cuando se la sacudía, nevaba dentro de ella. En otra ocasión le regaló una sombrilla de papel de muchos colores, y en otra, un sacapuntas muy práctico que tenía la forma de una locomotora.

En cambio esta vez le había llevado una maravillosa caja de pinturas chinas. Los dos niños pintaban, sentados el uno frente al otro, sobre la pequeña mesa de la cocina. Junto a ellos se sentaba la señora Quéé. Se había puesto las gafas y leía en voz alta una historia de un libro muy grueso y tejía al mismo tiempo una bufanda para el muchacho.

Era una historia muy interesante, pero Jim miraba y volvía a mirar, algo distraído, por la ventana en la que las gotas resbalaban como pequeños riachuelos. La cortina de agua era tan espesa que casi no se veía la estación de Lucas, donde Molly, la pequeña locomotora, segura y seca, estaba junto a la gorda y vieja Emma bajo el alero del tejado.

Pero no debemos pensar que fuese una lluvia triste, como ocurre entre nosotros. No, de ninguna manera, porque en Lummerland el mal tiempo no es verdaderamente malo sino alegre y jubiloso. Es más bien una especie de concierto de agua. Las gotas de lluvia caían y tamborileaban y chapoteaban alegres sobre el cristal. Las goteras gorgoteaban y los chorros de agua llegaban a los charcos murmurando como si una multitud entusiasmada estuviese aplaudiendo.

Jim vio salir a Lucas de su pequeña estación. El maquinista levantó la mirada hacia el cielo, montó en su Emma y salió con ella a la lluvia. Molly se quedó al cobijo de la estación. Había crecido mucho y era ya casi como la mitad de Emma. Un medio súbdito como Jim podía permanecer cómodamente en su cabina.

Lucas dio un par de vueltas alrededor de la isla sólo para que nadie pudiera ni tan

sólo suponer que cuando hacía mal tiempo en Lummerland fallaba el servicio del ferrocarril. Luego volvió a llevar a Emma junto a Molly, bajo el tejado de la estación, se levantó el cuello de la chaqueta, se metió la gorra hasta la nariz y con pasos muy largos se dirigió hacia la casa de la señora Quéé. Jim se levantó de un salto y le abrió la puerta a su amigo.

—¡Brrr, qué tiempo! —gruñó Lucas al entrar, mientras sacudía su gorra.

—¡Buenos días, Lucas! —dijo Jim, sonriendo.

—¡Buenos días, colega! —respondió Lucas.

Jim no sabía muy bien lo que significaba esa palabra, pero comprendió que era algo que se decían los maquinistas entre sí. Miró de reojo a Li Si para ver si lo había oído. Pero parecía que la pequeña princesa no veía en ello nada de particular.

Lucas saludó a las dos señoras, se sentó en una silla cerca de la mesa y preguntó:

—¿Me podríais dar una buena taza de té caliente con un hermoso chorro de ron?

—Claro, Lucas —dijo la señora Quéé amistosamente—, el té caliente previene los enfriamientos en un tiempo como el que tenemos. Li Si me ha traído un paquete del mejor té chino y también encontraré un chorrito de ron.

Mientras la señora Quéé preparaba el té y un delicioso aroma llenaba la habitación, Lucas admiró los dibujos de Jim y de Li Si. Luego guardaron todas las cosas que habían sacado para pintar, y pusieron la mesa.

Por último la señora Quéé les sorprendió con un gran bizcocho de Saboya dorado, espolvoreado con mucho azúcar molido. No es necesario proclamar que tenía un sabor exquisito, porque es ya sabido que la señora Quéé era maestra en estas cosas.

Cuando ya no quedó ni una miga, Lucas se recostó en el respaldo de su silla y llenó su pipa. También Jim fue a buscar la suya, con la que tiempo atrás le había obsequiado la pequeña princesa como regalo de esponsales. Pero no fumaba de verdad. Lucas le había disuadido, explicándole que cuando se empieza a hacerlo ya no se crece. Entre los mayores eso no importa porque ya son bastante altos, pero Jim era todavía sólo medio súbdito y claro está que no querría seguir siéndolo siempre.

Afuera empezaba ya el crepúsculo y la lluvia había dejado de ser tan fuerte. Asimismo, en la cocina se estaba caliente y a gusto.

—Hay algo que te quiero preguntar hace tiempo, Li Si —empezó Lucas después de haber encendido lentamente su pipa—, ¿qué tal sigue el dragón Maldiente?

—Sigue durmiendo tranquilamente —respondió la pequeña princesa con su agradable vocecilla de pájaro—. Pero es maravilloso mirarle. Brilla y reluce desde la cabeza hasta la punta de la cola, como si fuera de oro puro. Mi padre ha mandado que le vigilen día y noche unos guardas para que nadie moleste su sueño encantado. He ordenado que le informen en cuanto el dragón empieza a despertar. Entonces os avisará en seguida.

—Muy bien —dijo Lucas—, ya no puede tardar mucho. El mismo dragón nos

dijo que despertaría al cabo de un año.

—Según los cálculos de nuestros «Flores de la Sabiduría» —respondió Li Si—, el gran momento será dentro de tres semanas y un día.

—Entonces lo primero que haré será preguntarle al dragón —añadió Jim—, dónde me raptaron los trece piratas y quién soy yo en realidad.

—Ah, sí —suspiró la señora Quéé, emocionada. Temía que entonces Jim se alejara para siempre de Lummerland y de ellos. Pero por otra parte también comprendía que el muchacho tenía que descubrir, como fuera, el misterio de su origen. Por eso no dijo nada más y se limitó a suspirar por segunda vez, profundamente.

Luego Jim fue en busca de su caja de juegos y los cuatro jugaron a «Hombre no te enfades» y «Coge el sombrero» y a todos los demás juegos que había en ella.

Naturalmente, casi todo el rato la pequeña princesa estuvo ganando. Esto no era una novedad pero Jim no conseguía conformarse. Quería mucho a Li Si, pero la hubiese querido más si no hubiese sido siempre tan lista. La hubiera dejado ganar de vez en cuando, pero eso era imposible, porque Li Si ganaba siempre, de todas formas.

Afuera se había hecho completamente oscuro y había dejado de llover. De pronto llamaron a la puerta.

La señora Quéé la abrió y entró el señor Manga. Cerró su paraguas, lo colocó en una esquina, se quitó el bombín y se inclinó en una reverencia.

—¡Buenas noches, buenas noches a todos! Por lo que veo están ustedes ocupados en la interesante actividad del juego. Sepan, señoras y caballeros, que sentado en mi casa, me sentía muy solo y me pregunté si no les importaría que me uniera a su alegre compañía.

—Nos gustará mucho —dijo amistosamente la señora Quéé, y poniendo sobre la mesa una taza para el señor Manga, la llenó con el contenido de la gran tetera.

—¡Siéntese usted con nosotros, señor Manga!

—¡Gracias! —respondió el señor Manga, sentándose—. Les quiero confesar que hace una temporada tengo una preocupación, y me agradaría conocer la opinión de ustedes. Se trata de esto: cada uno de los habitantes de Lummerland está aquí para algo, menos yo. Yo, sencillamente, lo único que hago es pasear y ser gobernado. Estoy seguro de que ustedes comprenderán que esto no puede seguir así.

—¡Qué tontería! —exclamó la señora Quéé—, tal como es usted le tenemos todos mucha simpatía.

Y la pequeña princesa opinó:

—Precisamente por ser como es.

—Muchas gracias —respondió el señor Manga—, sin embargo, ser sólo así, sin nada más, no es vivir. Pero puedo añadir que soy un hombre extraordinariamente culto y que tengo grandes conocimientos que algunas veces me asombran a mí

mismo. Pero desgraciadamente nadie pregunta sobre eso.

Lucas se recostó en el respaldo de la silla y lanzó, en silencio, unos anillos de humo hacia el techo, luego, pensativo, dijo:

—Opino, señor Manga, que eso se sabrá algún día.

En aquel momento se oyó un fuerte ¡buuum! como si algo hubiese chocado contra la isla.

—¡Ángeles del cielo! —exclamó la señora Quéé y por el susto casi dejó caer la tetera—, ¿lo habéis oído?

Lucas se había puesto ya de pie y se había colocado la gorra en la cabeza.

—¡Rápido, Jim, ven conmigo, vamos a ver que es lo que ocurre!

Los dos amigos marcharon corriendo hacia Nuevo Lummerland que era donde se había oído el ruido. La lluvia había parado, pero era noche cerrada y sus ojos tardaron un buen rato en acostumbrarse a la oscuridad. Sólo se distinguía el contorno de algo muy grande.

—A lo mejor es una ballena —opinó Jim.

—No, no se mueve —dijo Lucas—. Parece más bien un barco pequeño.

—¡Eh, eh! —exclamó de pronto una voz—, ¿no hay nadie ahí?

—Claro que sí —contestó Lucas— ¿a quién buscan?

—¿Es ésta la isla de Lummerland? —quiso saber la voz.

—Esto es Nuevo Lummerland —aclaró Lucas—, ¿quién es usted?

—Soy el cartero —dijo la voz con tono lastimero, desde la oscuridad—. Esta tarde, a causa de la lluvia he perdido el rumbo. Y como está tan oscuro que no se puede ver ni la mano delante de los ojos, mi barco ha encallado. ¡Lo siento mucho, tenga la bondad de perdonarme!

—No tiene importancia —exclamó Lucas—, ¡pero baje usted del barco correo, señor cartero!

—Me gustaría —se oyó que decía el cartero—, pero tengo un saco tan lleno de cartas para Lucas el maquinista y para Jim Botón y además es tan pesado que yo solo no lo puedo llevar.

Los dos amigos se subieron al barco y ayudaron al cartero a bajar el saco a tierra. Luego unieron sus fuerzas para transportar la carga hasta la pequeña cocina.

Se trataba de cartas de todas las formas y tamaños y de todos los colores, con los sellos más raros, porque venían del interior de la India y de China y Stuttgart y del Polo Norte y del Ecuador, en una palabra: de todos los países habitados. Los que las mandaban eran niños y los que todavía no sabían escribir, como Jim, habían dictado la carta a alguien o sencillamente la habían dibujado. Todos habían oído hablar o habían leído las aventuras de los dos amigos y sólo querían que les aclararan algún detalle, o invitaban a Jim y a Lucas o les felicitaban.

Seguramente ahora alguno de mis queridos lectores querrá saber si su carta

también estaba allí. Sí señor, allí estaba. Con esto lo confirmo formalmente.

Había además cartas de los niños que Jim y Lucas habían liberado, junto con la pequeña princesa Li Si, de Kummerland, la Ciudad de los Dragones.

—Les tenemos que contestar a todos con una carta —dijo Lucas.

—Pero —exclamó Jim, muy asustado—, yo... ¡yo no sé escribir!

—¡Ah, es cierto! —murmuró Lucas—, bueno, lo tendré que hacer solo.

Jim permaneció en silencio. Por vez primera, deseaba saber leer y escribir y estaba a punto de decirlo, cuando la pequeña princesa, con tono desdeñoso, le dijo:

—¿Lo ves?

No dijo más pero fue suficiente para que Jim no expresara su deseo.

—De todas formas hoy es ya algo tarde —dijo Lucas—. Lo haré mañana.

—Será lo mejor —opinó el cartero—, yo me quedaré aquí esperando y así mañana me podré llevar vuestro correo.

—Eso es muy amable por su parte —dijo Lucas.

—Si usted quiere —el señor Manga se metió en la conversación—, puede pasar la noche en mi casa. Podríamos hablar un rato de geografía, que es una ciencia sobre la que usted, como cartero, seguramente sabe mucho y que a mí me interesa sobremanera.

—Con mucho gusto —contestó el cartero, contento, y se levantó—. Les deseo a todos muy buenas noches. —Y dirigiéndose a Lucas y a Jim añadió—: Debe de ser muy bonito tener tantos amigos.

—Sí —dijo Lucas sonriendo satisfecho—, así es, ¿no es cierto, Jim?

Jim asintió.

—¡Mucho más que eso! —aclaró el señor Manga con aire de importancia—, es fantástico. Señores y señoras, muy buenas noches.

Con esto se fue hacia la puerta para dirigirse a su casa. El cartero le siguió, pero se detuvo y volviéndose exclamó:

—Debo añadir, que mañana por la mañana temprano me excusaré ante el rey Alfonso Doce-menos-cuarto por haber encallado en las orillas de su reino.

Luego marchó a la casa del señor Manga.

Lucas también dio las buenas noches y dejando una nube de humo detrás de sí, se dirigió pesadamente hacia su estación, donde la pequeña Molly dormía tranquilamente junto a la grande y gorda Emma.

Y pronto se apagaron todas las luces en las ventanas de las casas de Lummerland. Sus habitantes dormían en sus camas, el viento silbaba entre los árboles y las olas, grandes y pequeñas, murmuraban en la playa.

Capítulo 2

EN EL QUE JIM INVENTA UN FARO QUE ES, AL MISMO TIEMPO, GRANDE Y PEQUEÑO

A la mañana siguiente el cielo permanecía todavía negro y cubierto.

De lo primero que Jim se acordó al despertarse fue de un sueño extraño que había tenido durante la noche. Estaba debajo de un árbol muy alto, reseco y muerto. No tenía hojas y la corteza resquebrajada dejaba ver la madera desnuda y seca. El tronco estaba agrietado, como si sobre él hubiesen caído miles de rayos. Muy arriba, en lo más alto de la copa del gigantesco árbol muerto, un enorme y siniestro pájaro desplumado, de aspecto miserable, descansaba en una rama. Permanecía muy quieto, pero de sus ojos brotaban continuamente gruesas lágrimas del tamaño de un globo y resbalaban hacia abajo. Jim quiso huir porque temió que cuando las grandes lágrimas llegaran hasta él le cubrieran de agua. Entonces el enorme pájaro gritó:

—¡Por favor, Jim Botón, no huyas!

Jim se detuvo asombrado y preguntó:

—¿Cómo es que me conoces?

—Pero si eres mi amigo —dijo el pájaro.

—¿Qué puedo hacer por ti, pobre pajarraco? —preguntó Jim.

—Ayúdame a bajar de este horrible árbol muerto, Jim —respondió el pájaro—, si no lo haces tendré que morir aquí. ¡Estoy tan solo, tan terriblemente solo!

—¿No sabes volar? —le chilló Jim—, ¡eres un pájaro!

—Pero Jim, ¿ya no me conoces? —respondió el pájaro con voz tremendamente triste.

¿Cómo puedo saber volar?

—Por favor, deja de llorar —dijo Jim sintiéndose muy desgraciado—, tus lágrimas son demasiado grandes. Si me tocan me ahogarán y entonces no te podré ayudar.

—No, mis lágrimas no son mayores que las tuyas —siguió diciendo el pájaro—, ¡míralas otra vez!

Jim siguió atentamente una lágrima que caía y vio con asombro que a medida que se acercaba a él se volvía más y más pequeña. Cuando cayó sobre su mano, era ya tan minúscula que ni siquiera la sintió.

—¿Quién eres, pajarraco? —preguntó Jim.

Y el pájaro chilló:

—¡Mírame bien!

Entonces Jim se dio cuenta, como si lo estuviera viendo claramente, de que el pájaro no era un pájaro sino el señor Tur Tur.

En aquel momento se despertó.

Mientras desayunaba con la señora Quéé y la pequeña princesa, seguía pensando en su sueño.

—¿Estás enfadado conmigo por lo de ayer? —preguntó por fin la princesita que estaba arrepentida de haber molestado a Jim.

—¿Ayer? —contestó Jim distraído—, ¿por qué?

—Porque te dije: «¿lo ves?».

—¡Ah! —dijo Jim—, eso no tiene importancia, Li Si.

Lucas llegó y se interesó por cómo habían pasado la noche; lo primero que hizo Jim fue contarle su extraordinario sueño. Cuando hubo terminado, Lucas permaneció largo rato en silencio sacando grandes nubes de humo de su pipa.

—Sí, el señor Tur Tur —gruñó—, pienso muchas veces en él. Sin su ayuda nos habiéramos perdido en el desierto «El Fin del Mundo».

—¿Cómo estará? —murmuró Jim.

—¡Quién sabe! —dijo Lucas—. Seguramente seguirá viviendo completamente solo y aislado en su oasis.

Cuando terminaron de desayunar, la señora Quéé retiró la vajilla de la mesa y la princesita la ayudó a lavarla y secarla, mientras Lucas y Jim se disponían a contestar a las muchísimas cartas. Lucas escribía y Jim le ayudaba lo mejor que podía, pintando como firma su carita negra al final de todas las cartas, las doblaba y las metía en el sobre, les ponía el sello y las cerraba. Cuando hubieron terminado todas las cartas, a Lucas el maquinista, que era verdaderamente un hombre muy fuerte, le dolía la mano de tanto escribir. Y Jim, que había pegado todos los sellos y todos los sobres lamiéndolos con la lengua, se recostó completamente agotado en su silla y exclamó:

—¡Oh, cadamba, que dabajo dan pedado!

En realidad había querido decir: «¡Oh, caramba, qué trabajo tan pesado!». Pero la lengua se le había quedado pegada en la boca. Se tuvo que lavar los dientes y hacer gárgaras, porque si no, no hubiera podido comer con los demás al mediodía.

Por la tarde llegó el cartero acompañado del señor Manga. Habían visitado al rey Alfonso y habían recibido la orden de que avisaran a todos los súbditos para que se dirigieran a palacio. Así lo hicieron.

El rey estaba sentado, como siempre, en su trono vistiendo el batín de terciopelo rojo y calzando las zapatillas de cuadros escoceses. Junto a él, en una mesa a propósito, estaba el gran teléfono de oro.

—Mis amados súbditos —dijo saludando amistosamente con la mano a cada uno de ellos—, os deseo que tengáis muy buenos días.

Entonces tomó la palabra el señor Manga:

—Todos deseamos a Vuestra Majestad unos muy buenos días y le expresamos solemnemente nuestra humilde y devota sumisión.

—Bien —empezó el rey, y carraspeó varias veces mientras ponía en orden sus ideas—, en verdad, mis amados súbditos, me duele hacerlo pero debo decirles que el motivo por el que os he convocado es muy triste. Es, por decirlo así... en cierto modo...

Carraspeó varias veces más y paseó su mirada indecisa por todos los presentes.

—¿Nos quiere Vuestra Majestad comunicar alguna decisión? —dijo la señora Quéé, deseosa de infundirle ánimos.

—Eso quiero —respondió el rey—. Pero no es tan sencillo como parece. En realidad he tomado varias decisiones, exactamente dos. La primera decisión es que he decidido haceros partícipes de mi decisión. Esto ya lo he hecho y con ello os he comunicado mi primera decisión.

El rey se quitó la corona, le echó aliento y le sacó brillo con la manga del batín, tal como solía hacerlo cuando estaba muy preocupado y quería ganar tiempo para poner en orden sus ideas. Por fin se volvió a poner, con gesto decidido, la corona y dijo:

—¡Fieles súbditos!: Lo ocurrido ayer con el barco correo nos ha demostrado que de esta forma no podemos seguir. Es demasiado peligroso. En lenguaje real lo llamaríamos «una situación de desastre».

Significa que se trata de algo que no puede seguir.

—¿Y qué es lo que no puede seguir, Majestad? —preguntó Lucas.

—Os lo acabo de decir —suspiró el rey Alfonso, secándose con su pañuelo de seda unas gotas de sudor de la frente, porque la audiencia le empezaba a cansar.

Los súbditos esperaron silenciosos a que el rey Alfonso se calmara y siguiera hablando:

—No lo podéis entender porque es demasiado complicado. Lo importante es que lo entienda yo, que para algo soy el rey. Bueno, os he comunicado ya mi primera decisión; la segunda es ésta: tenemos que hacer algo.

—¿Qué tenemos que hacer, Majestad? —preguntó Lucas precaución.

—Os lo voy a explicar —dijo el rey—. Los Es-Un-de-Lu-y-Nu-Lu están en peligro.

—¿Los qué? —preguntó Lucas.

—Los Es-Un-de-Lu-y-Nu-Lu. Es una abreviatura, porque en el lenguaje real se usan muchas abreviaturas. Significa Estados Unidos de Lummerland y Nueva Lummerland.

—¡Ah! —exclamó Lucas—, ¿y por qué se encuentran en peligro?

El rey explicó:

—Ayer, a causa de la oscuridad encalló en la playa de Nu-Lu el pequeño barco correo. Antes, el barco correo sólo llegaba aquí de vez en cuando, pero desde que hemos entablado relaciones diplomáticas con China, el tráfico marítimo ha aumentado considerablemente. Casi cada mes llega el barco imperial de mi muy respetado amigo Pung Ging, emperador de China. No quiero pensar en lo que podría suceder si en la oscuridad chocara contra nuestras costas. Por ello he decidido que tenemos que hacer algo.

—¡Muy bien! —exclamó el señor Manga—. Se trata de una decisión muy sabia. ¡Viva nuestro muy amado rey, viva, viva!

—Un momento —dijo Lucas, pensativo—. Majestad, usted no nos ha dicho todavía qué es lo que tenemos que hacer.

—Mi querido Lucas —dijo el rey en tono de reproche—, para eso os he reunido a todos, para encontrar una solución. Al fin y al cabo, yo no lo puedo hacer todo solo y he tenido ya bastante trabajo con tomar mis dos decisiones. Os tenéis que hacer cargo.

Lucas meditó un momento y luego dijo:

—¿Qué le parecería si construyéramos un faro?

—¡Es una idea magnífica! —exclamó el señor Manga—. Tendría que ser un faro muy alto para que los barcos lo pudieran distinguir desde muy lejos.

—Lo difícil será —dijo el rey, preocupado—, decidir en qué lugar tenemos que construir ese faro tan alto. La parte inferior debería ser muy grande para que no se cayera. Y no tenemos sitio para una torre tan grande y tan alta.

—Eso es cierto —murmuró Lucas, pensativo—. Tendríamos que inventar un faro que fuera lo más grande posible y que a pesar de ello casi no ocupara sitio.

Todos se miraron aturdidos.

—Eso no existe —dijo el señor Manga al cabo de un rato—. Las cosas son grandes o pequeñas, pero es imposible que sean las dos cosas a la vez. Eso está demostrado científicamente.

El rey Alfonso Doce-menos-cuarto suspiró preocupado:

—Yo ya lo tengo decidido. Hay que hacerlo porque no puedo pensar en retirar mi decisión, ¡eso un rey no lo hace nunca! Una decisión es una decisión, y yo no puedo permitir que no se cumpla.

—Pero si no es posible —se atrevió a decir la señora Quée para calmarlos—, quizá sea más inteligente dejarlo.

—Eso sería horrible —dijo el rey, estupefacto—, en lenguaje real a eso se le llama crisis, y eso significa casi revolución.

—Espantoso —tartamudeó el señor Manga, palideciendo—. Majestad, en nombre de todos vuestros súbditos le aseguro que en esta revolución estamos todos, sin excepción, de su parte.

—Gracias, gracias —respondió el rey Alfonso Doce-menos-cuarto, haciendo con la mano un gesto de cansancio—, pero por desgracia, eso no sirve para nada. A pesar de ello, seguimos en crisis. ¡Oh! ¿Qué puedo hacer?

—¡Yo lo sé! —gritó de pronto Jim.

Todas las miradas se volvieron hacia él y el gesto de preocupación del rey desapareció. Con una voz llena de esperanza dijo:

—¿Habéis oído? ¡Ha dicho que se le ocurre algo! ¡Tiene la palabra el medio súbdito Jim Botón!

—¿No se podría...? —dijo Jim, nervioso—, ¿no se podría traer al señor Tur Tur a Lummerland y hacerle servir de faro? Ocupa muy poco lugar, pero desde lejos parece una torre enorme. Si por la noche se pusiera sobre el pico más alto de la montaña, con una luz en la mano, se le podría distinguir desde muy lejos. Si se le construyera una casita podría vivir en Nuevo Lummerland. Así ya no estaría tan solo.

Durante un momento reinó un profundo silencio; luego Lucas exclamó:

—Jim, viejo amigo, ¡es una idea maravillosa!

—Es algo más que eso —aclaró el señor Manga, levantando el dedo—, ¡es genial!

—De todas formas es el plan más acertado —exclamó Lucas— que he oído en mi vida.

Y le tendió a Jim su manaza negra. Jim se la estrechó y se sacudieron las manos sonriendo. La princesita, a causa de la excitación se colgó del cuello de Jim y le dio un beso, y la señora Quéé, a punto de estallar por el orgullo, no hacía más que decir:

—¡Ah, este chico..., este chico! ¡Tiene siempre unas ideas...!

El rey Alfonso levantó la mano para pedir silencio, y en cuanto hubo cesado el ruido de las voces, exclamó alegremente:

—¡La crisis del reino ha terminado!

—¡Viva, viva, viva! —gritó jubiloso el señor Manga, agitando en el aire su sombrero.

—Antes de dar el asunto por terminado, necesito saber algo más —siguió diciendo el rey—. Por lo que nos han contado Lucas y Jim, resulta que el tal señor Tur Tur es un gigante-aparente.

—Sí —afirmó Jim—, yo mismo lo he visto.

—Bien —respondió el rey—, ¿y se ha ido a vivir al desierto «El Fin del Mundo» para que nadie se asuste de él?

—Sí —dijo Jim—, pero es muy simpático y amable.

—Lo creo —respondió el rey—, pero cuando viva aquí, con nosotros, ¿no le tendremos miedo? Digo esto porque, naturalmente, lo único que me preocupa es el bienestar de mis súbditos.

Entonces, Lucas tomó la palabra.

—Majestad —dijo—, no tiene que preocuparse por ello. Por suerte, Lummerland es tan pequeño que al señor Tur Tur no se le podrá ver desde muy lejos. Desde cerca parece tan normal como usted o como yo. En cambio; los barcos lo verán desde mucha distancia y será muy conveniente que entonces parezca muy grande, sobre todo por la noche, cuando tenga que ser un faro.

—Si es así —dijo el rey Alfonso Doce-menos-cuarto—, ordeno y mando que se vaya a buscar al señor Tur Tur.

—Bien, muchacho —gruñó Lucas, dirigiéndose a Jim—, habrá que ir pensando en ponerse en marcha otra vez.

—¡A la orden! —dijo Jim, y sonrió de tal forma que se vieron todos sus dientes blancos.

—¡Ay, Dios mío! —exclamó la señora Quéé, poniéndose las manos en la cabeza, porque en aquel momento se dio cuenta de lo que significaba todo aquello—, no iréis a emprender ahora de nuevo un viaje en el que correréis tan tremendos peligros.

—Querida señora Quéé —dijo Lucas, sonriendo divertido—, esto no tiene remedio. No creo posible que el señor Tur Tur venga solo.

—La audiencia ha terminado —anunció el rey.

Les dio la mano a los súbditos y al cartero, y todos abandonaron el palacio.

Cuando estuvo solo, el rey Alfonso Doce-menos-cuarto se recostó, con un suspiro de alivio, sobre los almohadones del trono. Las numerosas decisiones que se había visto obligado a tomar y la crisis del reino le habían agotado. Pero cuando cerró los ojos para caer en un sueño reparador, en sus labios asomó una sonrisa de satisfacción.

Capítulo 3

EN EL QUE EMPIEZA OTRO VIAJE A LO DESCONOCIDO

Cuando estuvieron todos reunidos en la pequeña cocina de la señora Quée, el cartero dijo:

—Por lo que veo, las cartas de contestación están ya preparadas. El asunto del faro también está solucionado, así es que puedo seguir el viaje.

—¿Hacia dónde irá usted? —preguntó la señora Quée—. Si por casualidad se dirigiese a China, Lucas, Jim y Li Si podrían ir con usted. Para mí sería una gran tranquilidad.

—Iría muy a gusto —contestó el cartero—, pero, sintiéndolo mucho, ahora no tengo que ir hacia el lado de China. Ante todo, debo dirigirme hacia las islas Canarias, allí tengo que entregar algunas cartas y recoger muchos canarios que quieren que los lleve hacia otros países a visitar a sus parientes.

—¡Ni hablar! —exclamó Jim—. Queremos viajar con Emma, como la otra vez. ¿Qué opinas, Lucas?

—Hmm —gruñó Lucas, y asintió pensativo—, no tengo nada en contra. Sólo me pregunto si esta forma de viajar será muy a propósito para Li Si.

—Tienes razón —dijo Jim, mirando inquisitivo a Li Si.

La pequeña princesa dudaba. Ya una vez había viajado por el mar, con mucha ilusión, en una Emma calafateada, pero recordaba que el viaje había sido terriblemente incómodo. ¿Qué pasaría si hubiera tormenta y se mareaba? ¿Y si una gigantesca ballena engullía a la locomotora con sus pasajeros? ¿O si Emma se agujereaba y se hundían?

En un segundo se le ocurrieron a la princesita mil cosas terribles que podían suceder. Por eso dijo:

—Lo cierto es que no quisiera volver a China. Mis vacaciones no han terminado todavía.

—Eso es muy razonable —dijo la señora Quée—. Quédate tranquilamente aquí, Li Si. Así tendré a alguien que me haga compañía y me ayude en la tienda.

Entretanto, el cartero había estado recogiendo todas las cartas y las había metido en un saco. Jim y Lucas le acompañaron hasta la orilla. Se despidieron de él y el cartero partió.

Cuando el barco correo se hubo perdido de vista, los dos amigos se dirigieron a la pequeña estación para ver cómo estaban Emma y Molly.

Jim le dio unas palmadas cariñosas a la caldera de su pequeña locomotora, luego se volvió hacia Lucas, que le miraba sonriendo con satisfacción, y dijo:

—¿No te parece que desde anteayer ha crecido, Lucas?

—Pse —asintió Lucas con la pipa entre los dientes—, se ha desarrollado magníficamente. Pero si nos vamos con Emma, ¿qué haremos con Molly?

—¿Crees que nos la podríamos llevar?

—Como tú quieras, Jim —respondió Lucas—, al fin y al cabo se trata de tu locomotora. Pero tú conoces los peligros con que nos podemos encontrar, y Molly es muy joven todavía.

Jim suspiró. La decisión era muy difícil. Por fin, titubeando, dijo:

—Pero es posible que le convenga acostumbrarse a las aventuras.

—Bien —dijo Lucas—, entonces nos la llevaremos.

—¿Cuándo partiremos? —quiso saber Jim.

Lucas examinó el cielo. Desde el mediodía soplaba un vientecillo ligero que dispersaba los negros nubarrones. Por algún claro se empezaba a asomar ya el cielo azul.

—Tendremos una noche muy clara —explicó Lucas, que era un experto—. El viento es favorable, ni demasiado fuerte ni demasiado débil. Opino que lo tendríamos que aprovechar y levar anclas esta misma noche. ¿Estás de acuerdo?

—¡A la orden, Lucas! —dijo Jim.

—Bien —respondió Lucas—, vamos a prepararlo todo.

Y así lo hicieron. Mientras Lucas preparaba la estopa y el alquitrán para calafatear a las dos locomotoras, Jim informó a la señora Quéé. Ésta suspiraba una y otra vez mientras, ayudada por Li Si, preparaba para Jim una pequeña mochila con ropa de abrigo a fin de que no se enfriara y metía en ella diez pañuelos para que el muchacho tuviera siempre alguno para sonarse y ponía jabón, toallas y cepillo de dientes encima de todo para que cada mañana se pudiera lavar las orejas y los dientes. La señora Quéé estuvo a punto de olvidarse de la caja de juegos que tan útil les podía ser en el largo viaje. Por suerte, Li Si pensó en ello.

Entretanto, Jim había vuelto a la estación y mientras Lucas calafateaba a Emma, hizo lo mismo con Molly. Igual que cuando el primer viaje a China cerraron con mucho cuidado las puertas de la cabina y taparon todas las rendijas con estopa y alquitrán. Luego tuvieron que sacar el agua de las calderas para que estuvieran vacías y las dos locomotoras pudieran flotar en el agua como botellas vacías. Por fin, Lucas, ayudado por Jim, ató el mástil a la cabina de Emma y cuando hubieron terminado izaron la vela. A Molly no le pusieron mástil, porque decidieron que iría mejor a remolque de Emma, atada con una cuerda muy fuerte para que no se perdiera.

Cuando los dos amigos terminaron con los preparativos, empezaba a anochecer. Se lavaron a conciencia las manos que tenían muy sucias de alquitrán. Para ello

emplearon, naturalmente, el jabón especial para maquinistas que tenía Lucas. Luego se fueron a la cocina de la señora Quéé para cenar tranquilamente antes de partir. Mientras ponían la mesa, Jim se fue a su habitación, se puso su traje azul de maquinista y la gorra de visera. Durante la cena estaba tan excitado que no podía estar quieto y casi no comía, por lo que la señora Quéé le repetía continuamente:

—Jim, querido, se te enfría la comida, estropearás tu estómago.

Pero no decía nada más, estaba silenciosa y preocupada. El viaje le llenaba el corazón de pena y de temores.

La princesita tampoco había dicho nada en todo el tiempo y se iba poniendo cada vez más pálida. Miraba a Jim con sus grandes ojos llenos de tristeza y de vez en cuando sus labios temblaban un poco. ¿Volvería a ver a Jim alguna vez? ¿Qué sería de ella si a él le sucediera algo? Sabía ya, desde cuando Jim le había liberado, junto con los demás niños, de su cautiverio del dragón, la valentía con que se enfrentaba con los más horribles peligros.

Después de la cena se fueron a la estación, donde las dos locomotoras calafateadas estaban ya dispuestas para el viaje. El viento hinchaba la vela sobre la cabina de Emma. La pequeña Molly estaba detrás de ella y una cuerda muy fuerte la mantenía atada a la locomotora madre. Lucas se metió en el ténder por el agujero de carga del carbón y llegó al interior de la cabina de Emma para guardar en su sitio la mochila de Jim, algunas mantas de lana, la caja de los juegos y otras muchas cosas. Esta vez también, por precaución, un remo que les podía ser útil en algún caso apurado. La señora Quéé les había preparado un gran paquete de panecillos, y una docena de huevos duros y otras provisiones de viaje que Lucas guardó también. Cuando hubo terminado, los dos amigos empujaron cuidadosamente a Emma hasta la playa y la metieron en el agua. Luego con un cabo ataron la locomotora grande a la orilla.

Entonces apareció, seguido por el señor Manga, el rey Alfonso Doce-menos-cuarto; les dio la mano a Lucas y a Jim, y dijo:

—¡Amados y respetados súbditos! Estoy profundamente emocionado. No puedo explicar hasta qué punto me embarga la emoción. Estoy tan emocionado que no puedo decir nada más. Perdonadme por ello, no puedo hablar. Como despedida, antes de vuestro viaje, sólo puedo decir una palabra: los Estados Unidos de Lummerland y de Nuevo Lummerland os contemplan con orgullo. ¡Demostraos dignos de ello!

Después de haber pronunciado esta alocución, se quitó las gafas y limpió con su pañuelo de seda los cristales, que se habían empañado.

La señora Quéé abrazó a Jim, le dio un beso de despedida y dijo:

—Jim, querido mío, por favor, sé muy prudente, ¿me oyes? Y cuídate mucho. ¡Prométemelo!

Entonces empezó a llorar; Li Si tampoco se pudo con tener, se agarró al cuello de

Jim y sollozó:

—¡Jim, querido Jim, vuelve pronto! ¡Por favor, volved pronto los dos! Tengo mucho miedo de que os suceda algo. Y, por último, se adelantó el señor Manga, diciendo:

—Me uno efusivamente a los deseos de nuestras muy respetadas señoras.

Sacó también su pañuelo y se sonó, para disimular la pena que sentía por aquella despedida.

Lucas sacó grandes nubes de humo de su pipa y gruñó:

—No os preocupéis, amigos, hemos salido sanos y salvos de muchas situaciones peligrosas. Ven Jim, muchacho, es hora de partir.

Y se metió en el agua para llegar hasta Emma. Jim le siguió y montó detrás de su amigo sobre el tejado de la cabina de la locomotora grande. Soltaron las amarras, la vela se hinchó con el viento, el mástil crujió débilmente y el extraño barco, con su pequeña locomotora a remolque, se puso en movimiento.

Los que quedaron en tierra agitaban sus pañuelos y decían una y otra vez:

—¡Adiós! ¡Buena suerte! ¡Que os vaya bien! ¡Buen viaje y feliz regreso!

También Lucas y Jim estuvieron saludando con la mano hasta que Lummerland con sus dos picos desiguales hubo desaparecido en el horizonte.

El sol poniente se reflejaba en el océano sin fin que se extendió frente a ellos y formaba con su luz un camino dorado y brillante que iba desde el este hasta el oeste y por su centro avanzaban las locomotoras flotantes.

Lucas había apoyado su brazo en los hombros de Jim y los dos contemplaban el camino brillante de luz que les había de llevar a lugares remotos, quizá de nuevo a países y partes del mundo desconocidas. Nadie podía saber a dónde.

Capítulo 4

EN EL QUE LOS VIAJEROS ENCUENTRAN UN SER MUY EXTRAÑO Y POR SU CAUSA SE DAN UNA VUELTA POR EL MAR DE LOS BÁRBAROS

Las estrellas estaban ya altas en el cielo y los dos amigos seguían el viaje en el tejado de su Emma flotante y charlaban.

—Me intriga pensar en lo que dirá el señor Tur Tur cuando nos vea llegar —dijo Jim—, ¿se alegrará?

—Apostaría que sí —respondió Lucas y sonrió—; sólo me pregunto cómo llegaremos hasta él.

—Ah, sí, es cierto —dijo Jim, que parecía muy asustado—, no podemos ir por el «Valle del Crepúsculo», porque la última Vez que pasamos por allí se derrumbó. No había pensado en ello.

—Claro —gruñó Lucas, fumando pensativo—, ése es el asunto. Pero ahora no podemos decidir nada. Opino que lo mejor será que lleguemos lo más lejos que podamos. Luego veremos lo que se puede hacer. De una forma o de otra llegaremos.

—Sí —asintió Jim—, estoy de acuerdo contigo.

En silencio contemplaron la luna que bañaba el mar con su luz plateada. El viento movía dulcemente las cortinas de niebla que se apoyaban sobre las olas y las iba transformando en extrañas figuras, siempre distintas.

—¡Buenos días! —dijo de pronto una voz débil que parecía el murmullo de una fuente—, mejor dicho, buenas noches, que es más exacto en estos momentos.

Lucas y Jim miraron asombrados alrededor, pero no pudieron ver a nadie. Por ello Lucas preguntó:

—¿Quién es? No vemos a nadie.

—¡Pero si estoy aquí! —exclamó la voz desde muy cerca—; ¡mirad, os estoy haciendo señas con la mano!

Los dos amigos pasearon la mirada por toda la superficie del agua. De pronto, Jim descubrió una pequeña mano entre las olas y se la indicó a Lucas. Entonces los dos vieron muy claramente a una muchachita muy graciosa del tamaño del brazo de Jim. Tenía una cara muy hermosa, pero sus ojos eran tal vez demasiado grandes, la boca tal vez demasiado ancha y la naricita tal vez demasiado respingona, y todo ello hacía que se pareciera demasiado a un pez. Su cabello plateado, semejante a unas algas, le colgaba de la cabeza, y la pequeña criatura, desde la cadera hacia abajo, terminaba en cola de pez. Lo más curioso era que esta sirena (los dos viajeros adivinaron en

seguida que se trataba de una de ellas) era casi completamente transparente. Su cuerpecito parecía hecho de ambrosía. Por esto era muy difícil distinguirla en el agua.

—Buenas noches —dijo Jim, amablemente—, tiene usted una cola preciosa, señorita.

—¿Les gusta? —preguntó la pequeña sirena, halagada.

—¡Y cómo! —respondió Lucas, muy cortés—, es ciertamente la cola más bonita que le haya visto jamás a una señorita.

La sirena estalló en una risa clara y chapoteante que sonaba como las olas que llegaban a las playas de Lummerland. Luego preguntó curiosa:

—¿Puedo preguntar hacia dónde os dirigís? ¿Sois quizá dos pobres náufragos?

—Oh, no señorita —respondió Lucas, sonriendo—; vamos de viaje hacia China y más lejos todavía.

—¡Ah, bueno! —dijo la sirena—, ¿pero puedo preguntar qué es ese barco tan extraño que tenéis?

—Este barco —respondió Lucas, sacando pequeñas nubes de humo—, se llama Emma y en realidad no es un barco.

—Lo siento mucho, pero no lo entiendo —respondió la pequeña sirena, algo confusa—, ¿qué clase de barcos son éstos que en realidad no son barcos? No había visto nunca ninguno igual.

—Estos barcos que en realidad no son barcos —aclaró Lucas guiñándole el ojo a Jim—, son locomotoras.

—¡Ah, sí! —dijo la sirena—, son colomo... son moloto... ¿cómo has dicho?

—Locomotoras —repitió Jim.

—Sí, pero por favor —preguntó la sirena y se acercó curiosa—, ¿puedo preguntar qué es una molocotora?

—Claro que lo puede preguntar, señorita —dijo Lucas alegremente, una locomotora es algo que tiene ruedas y anda por la tierra con humo y fuego además, ¿lo comprende?

—¡Oh, sí! —respondió la sirena, contenta—, entonces una motoco... quiero decir una relomocota es una especie de barco de vapor, pero para lugar seco.

—No está mal —dijo Lucas, divertido—, se puede decir que es algo así. Es usted extraordinariamente inteligente, señorita.

La muchacha del mar rió halagada y luego dijo:

—Entonces este barco que no es en realidad ningún barco, es una especie de barco.

Y se volvió a reír y palmoteo con las manos. Los habitantes del mar juzgan algo parcialmente las cosas del mundo, en cierto modo sólo desde el punto de vista acuático. Se preocupan mucho cuando encuentran algo que no entienden desde el punto de vista del agua. Pero cuando por fin llegan a comprender lo que para ellos era

incomprensible, se sienten muy contentos y aliviados. No hay que tomarlo a mal porque, por lo demás, son seres muy simpáticos. Además muchas personas hacen, a su manera, lo mismo.

—¿Quiénes sois vosotros dos? —siguió preguntando con curiosidad la sirena.

—Yo soy Lucas el maquinista —respondió Lucas— y este es mi amigo Jim Botón, que también es maquinista. La locomotora pequeña, la que va a remolque de la otra, le pertenece.

—Perdonadme por ser tan curiosa —dijo la sirena—, pero para nosotros los habitantes del mar es muy importante saber si entendéis algo de electricidad e imanes y cosas parecidas.

—Nosotros sólo somos maquinistas —respondió Lucas—, pero sabemos algo sobre electricidad.

—¡Esto es maravilloso! —chilló contenta la sirena—. Se lo tengo que decir ahora mismo a papá. ¡Esperad un momento, por favor! Vuelvo en seguida.

Y se fue.

Los dos amigos no tuvieron casi tiempo de asombrarse cuando la sirena volvió a aparecer en la superficie y exclamó:

—¡No os asustéis! ¡Es papá!

De pronto se oyó un formidable estruendo, un tremendo chapoteo y el mar, junto a ellos, se levantó alto como una montaña, de tal forma que Emma empezó a balancearse y a crujir peligrosamente. Entonces asomó una cara tan gigantesca que parecía la de una ballena. Era verde y transparente como la de la pequeña sirena. Sobre el cráneo sin pelo, pero lleno de algas y conchas, llevaba una corona enormemente grande. Los ojos sobresalían y parecían dos bolas, pero tenían un brillo tan dorado y misterioso como los de un sapo. Sobre el labio superior de aquella boca, inimaginablemente grande, colgaba un bigote parecido al de muchos peces. Resumiendo, era un espectáculo tan horrible que Jim, por el miedo, no sabía si llorar o reír. En cambio, Lucas, como de costumbre, no dejaba adivinar su asombro.

—¿Os puedo presentar? —preguntó la sirena—. Éstos, querido padre, son el señor Lucas, maquinista de colomotoras, y Jim Botón. Y éste —siguió diciendo, dirigiéndose a los amigos—, es mi padre, Lormoral, rey de estos mares.

Lucas, respetuoso, se quitó la gorra.

—Me alegro de conocerle, rey Lormoral.

—Papá —prosiguió la muchacha del mar—, estos dos extranjeros entienden en electricidad, en magnetos y en todas esas cosas, son maquinistas de rolomocotas.

—Bieeeen —el rey del mar dejó oír su voz profunda y resonante—, venid en seguida conmigo al fondo del mar y mirad a ver qué es lo que se ha estropeado.

—No será posible —respondió Lucas, pensativo—, lo sentimos mucho, rey Lormoral.

El rey de los mares frunció el entrecejo y como sus cejas tenían el tamaño del seto de un jardín, su aspecto era amenazador.

—¿Por qué no? —gruñó y sonó el eructo de una ballena.

—Porque nos ahogaríamos, Majestad —dijo Lucas, amistosamente—, y con ello no le seríamos de ninguna ayuda.

—Tenéis razón —roncó el rey de los mares.

—¿Qué pasa en realidad? —preguntó Lucas.

Entonces la pequeña sirena volvió a intervenir en la conversación:

—La luz del mar no funciona. Siempre había funcionado perfectamente, pero desde hace un año parece que algo se ha estropeado.

—Sííí —bramó el rey de los mares—, es un asunto desagradable. Para hoy tenemos previstas grandes iluminaciones en honor a mi bis-bis-bis-bisabuelo Gurumuch. Bajo su reinado se inauguró la instalación para la iluminación de los mares.

—Ante todo quiero hacerle algunas preguntas —dijo Lucas—. ¿De dónde venía antes la electricidad para la iluminación del mar?

—Nunca me he preocupado por esas pequeñeces —gruñó bruscamente el rey de los mares—. Había luz y ahora no la hay.

La pequeña sirena intervino de nuevo en la conversación.

—Mi tía bisabuela Gúrgula conoció al gran rey Gurumuch personalmente y me ha contado muchas veces que la electricidad llegaba al mar desde un gigantesco imán.

—¿Y dónde está este imán, señorita? —indagó Lucas.

—En el mar de los Bárbaros —respondió temerosa la princesa de los mares—. No nos gusta hablar de él y procuramos no acercarnos allí. Es un lugar muy tétrico.

—¿Está muy lejos? —inquirió Lucas—, tenemos cosas muy importantes que hacer y no podemos perder demasiado tiempo; pero si lo podemos hacer rápidamente, le echaremos una mirada al imán.

—Si queréis —exclamó la princesa de los mares, alegre—, os podría prestar mis seis morsas blancas favoritas. Son las mejores morsas de todo el océano, de pura sangre y hasta ahora han ganado todas las carreras de natación en que han tomado parte. Si las atamos delante de vuestro barco os llevarán a la velocidad del viento hasta el imán y os volverán a traer aquí, u os llevarán a donde vosotros queráis. No perderíais tiempo y, en cambio, llegaríais mucho más de prisa a vuestro destino.

—¡Estupendo! —dijo Lucas, sonriendo abiertamente—, si os podemos hacer un favor, no tendremos inconveniente en dar un paseíto por el mar de los Bárbaros.

—¡Bieeen! —gruñó el rey Lormoral con voz profunda, y desapareció en el mar, sin saludar, en medio de un tremendo remolino. También esta vez Emma se balanceó peligrosamente.

—Perdonad —murmuró la pequeña princesa de los mares, tapándose la cara con la mano—. A veces mi padre no es muy amable. Tiene ya seis mil años ¿sabéis?, y hace algún tiempo que padece ardor de estómago. Para los habitantes de mar todos los ardores son algo muy malo.

—Lo creo —dijo Lucas, con simpatía—, y seis mil años son muchos años.

—Antes —prosiguió la princesa—, cuando todavía no padecía esa enfermedad, era el mejor habitante del mar que os podéis imaginar.

—Ahora lo es usted, señorita —contestó Lucas, y la princesa al escucharlo dejó oír de nuevo su risa clara y chapoteante y se volvió un poco más verde. Entre las sirenas eso es lo mismo que para nosotros sonrojarse.

Capítulo 5

EN EL QUE JIM Y LUCAS OYEN HABLAR DEL «CRISTAL DE LA ETERNIDAD»

Entretanto, a lo lejos, había aparecido un hombre de mar, que tenía una expresión boba, unos ojos saltones y parecía una carpa. Llevaba las riendas de seis morsas blancas, las cuales al ver a la princesa de los mares empezaron a resoplar de alegría y a golpear el agua con sus aletas.

—¡Aquí estoy, princesa Sursulapitchi! —exclamó el hombre del mar con voz aguda y chillona—, aquí traigo a las seis morsas blancas.

—Muchas gracias, Wutchel —respondió la princesa del mar—, se amable y engánchalas delante de este barco tan extraño.

Y dirigiéndose a los dos amigos, prosiguió:

—Wutchel es el jefe de nuestras cuadradas, tiene a sus ordenes a todos los animales de tiro, desde el más pequeño caballito de mar hasta la morsa más grande.

Mientras el jefe de cuadradas Wutchel enganchaba las seis morsas pura sangre delante de la locomotora, Jim y Lucas, por consejo de la sirena, arriaron las velas y las guardaron con cuidado en la cámara.

Cuando todos los preparativos estuvieron terminados, Wutchel preguntó:

—¿Tengo que guiar yo, princesa Sursulapitchi?

—No —respondió la sirena—, yo misma lo haré. ¡Muchas gracias, querido Wutchel!

—De nada —chilló el hombre de mar y desapareció en las aguas. La princesa Sursulapitchi se sentó en lo alto de la locomotora y cogió las riendas.

—¡Ahora, agarraos fuerte! —exclamó, dirigiéndose a los dos amigos; luego chasqueó un par de veces, muy flojo, con la lengua, y las seis morsas de pura sangre empezaron a avanzar.

Emma empezó a deslizarse por encima del agua a una velocidad vertiginosa. La blanca espuma saltaba de izquierda a derecha de la locomotora formando un arco. La pequeña Molly, a remolque, bailaba solemnemente sobre las olas.

Al cabo de un rato la pequeña sirena se llegó junto a los dos amigos, que se hallaban en la cabina, y se sentó confiada a su lado. Las seis morsas eran animales tan obedientes y dóciles que mantenían, sin que nadie les guiara, el rumbo y la velocidad.

—Es posible que os extrañe —dijo la princesa de los mares— que en todo nuestro océano no exista nadie que pueda arreglar las luces del mar.

—Sí, ¿cómo es posible? —preguntó Lucas—. Antes habría algún técnico que se

ocupara de estas cosas.

—Sí, teníamos uno —la princesa Sursulapitchi suspiró—, pero pensad en la cantidad de cosas de las que hay que ocuparse: los peces luminosos, en lo más profundo del océano, las flores de luz, las rocas encendidas que tienen que iluminar el agua en los lugares donde nunca llega un rayo de sol. Pero, por desgracia, ahora el técnico no está aquí. Se llama Uchaurichuum. ¿Le conocéis, por casualidad?

—Por desgracia, no —dijo Lucas.

—Es un Nock con caparazón encantador —les informó la muchacha del mar, soñadora—, tiene más o menos mi edad, alrededor de los tres mil años.

—¿Qué dice, señorita? —exclamó Lucas—, ¿tan joven?

—Sí —respondió la princesa de los mares—, ya es increíblemente listo.

—Por favor —fue Jim el que habló—, ¿qué es un Nock con caparazón?

—¿No lo sabéis? —exclamó la sirena muy asombrada.

Un Nock con caparazón es un Nock con un caparazón en la espalda, así como una tortuga es una especie de sapo con un caparazón. Nock es como llamamos nosotros a los hombres del agua. Es muy parecido a mí, pero no tiene cola, sino un caparazón, ¿comprendéis?

—Esto es muy interesante —dijo Lucas, divertido.

—¿Verdad que sí? —murmuró la muchacha del mar, riendo feliz—. A mí también me lo parece. Tiene un aspecto muy elegante. Y el ser tan inteligente creo que le viene de sus parientes. Las tortugas también son animales muy sabios.

—¿Dónde se ha metido ahora? —quiso saber Lucas.

—Como veréis —suspiró la sirena, afligida—, esto es lo triste. En realidad, el que tiene la culpa es papá. Uchaurichuum es mí prometido y mi padre le ha encargado una misión que tiene que cumplir. Mi padre ha dicho que si Uchaurichuum consigue llevarla a cabo nos podremos casar. Pero la misión es tan terriblemente difícil que temo que en todo el mundo no haya nadie capaz de cumplirla. Mi prometido, al despedirse me dijo que tardaría como máximo dos o trescientos años en volver, pero hace ya cuatrocientos que se fue. No he recibido de él ni una carta y es posible que haga tiempo que esté muerto.

Entonces la princesa de los mares empezó a llorar, sollozando de tal forma que partía el corazón. Cuando una sirena llora no derrama sólo pequeñas lágrimas como una muchacha normal; esto lo podéis comprender. Es, por así decirlo, una criatura de agua, por ello de los ojos le salían a la pequeña Sursulapitchi verdaderos ríos. El agua manaba igual que cuando se estruja una esponja. Los dos amigos se sentían conmovidos ante tanto dolor, y Lucas dijo consolador:

—Volverá, señorita. Pero, ¿qué clase de misión tan difícil es ésa que le ha encargado el rey Lormoral?

—Mi prometido tiene que fabricar el «Cristal de la Eternidad» —aclaró la sirena,

e hipó.

—¿Fabricar qué? —preguntó Jim.

—El «Cristal de la Eternidad» —repitió Sursulapitchi—; un cristal especial que nunca se rompe. Se le puede forjar y darle martillazos como si fuera metal, pero no hay nada que lo destruya.

Por otra parte, es claro y transparente como el agua más pura. ¿Habéis visto la corona que llevaba mi padre? Está hecho con «Cristal de la Eternidad», y existe desde que hay habitantes en el mar. Fue hecha hace un tiempo inmemorial por un gran artista de los mares y se ha conservado hasta nuestros días hermosa y en perfecto estado.

—¡Ah! —dijo Jim, y sus ojos se abrieron por el asombro—, ¿con qué se hace ese cristal?

—El que conoce el secreto —contestó la sirena—, puede transformar cualquier metal, hierro, plomo, plata o el que sea en «Cristal de la Eternidad». Pero sólo existe un ser en el mundo que conozca el secreto. Y sólo cuando este ser se muere le revela al oído a su sucesor la manera de fabricar el cristal.

Lucas dijo pensativo:

—Entonces, Uchaurichuum puede tener que esperar mucho todavía si no encuentra al que le pueda revelar el secreto.

—No —contestó la sirena—, mi prometido es ahora el sucesor. Gracias a un viejo maestro de las profundidades ha adquirido conocimientos maravillosos.

Los dos amigos se miraron perplejos.

—Entonces todo está en regla —exclamó, súbitamente, Lucas.

—Ah —suspiró la sirena—, si sólo se tratara de eso, de descubrir el secreto, sería muy sencillo. Entre nosotros ha habido siempre hombres que han conocido el secreto, y a pesar de ello hace cien mil años que no se ha fabricado el «Cristal de la Eternidad». Tenéis que saber que ningún hombre del mar lo puede hacer sin la ayuda de otro. Pero este otro tiene que ser un hombre de fuego. Hubo un tiempo en que éramos amigos de los hombres de fuego, pero desde entonces han pasado muchos, muchos años. Nadie recuerda cuándo empezó la guerra entre los dos reinos, pero de todas formas lo importante es que somos enemigos. Desde entonces no se ha vuelto a fabricar el «Cristal de la Eternidad».

—Bien —gruñó Lucas, pensativo—, y ahora Uchaurichuum busca a un hombre de fuego que esté dispuesto a hacer las paces.

—Sí —asintió la princesa Sursulapitchi—, desde hace cuatrocientos años, y es posible que tenga que seguir buscándolo durante cien mil años más. Es muy difícil olvidar una enemistad tan grande y tan antigua.

—Es natural —dijo Lucas, y más cuando todos se han acostumbrado a ella.

Mientras hablaban, el mar y el cielo habían ido cambiando poco a poco de

aspecto. El agua se había vuelto más negra y más siniestra y el cielo se había llenado de nubes amenazadoras. Sólo de vez en cuando asomaban la luna o alguna estrella brillante. Las olas se hacían más altas y su estruendo sonaba amenazador y salvaje.

—Hemos llegado ya al mar de los Bárbaros —explicó la sirena, estremeciéndose—; pronto estaremos junto al gran imán.

—¿No será peligroso para Emma y Molly? —preguntó Jim, preocupado—. Lo digo porque las dos son de hierro y el gran imán las puede atraer.

La sirena sacudió la cabeza.

—Antes, cuando estaba entero, hubiera podido suceder. En otros tiempos llegaron barcos que habían perdido el rumbo. No había salvación ni escape para ellos. Eran atraídos por una fuerza tremenda y acababan estrellándose contra el imán. Si intentaban virar y huir, el imán arrancaba los clavos y las partes de hierro del barco, de forma que éste se rompía en pedazos y se hundía irremediabilmente. Hoy día todos los lobos de mar lo saben y toman sus precauciones para no entrar en el mar de los Bárbaros.

—Pero, a pesar de todo, podría suceder —opinó Jim— que algún barco se perdiera por aquí.

—Sí —contestó la sirena—, podría suceder. Pero ahora no importa, porque el imán está roto.

—Sí —insistió Jim, preocupado con su idea—, pero si lo arreglamos volverá a ocurrir.

—Sí —concedió la sirena—, entonces, sin duda, todos los barcos que vengan aquí estarán irremisiblemente perdidos. Esto es cierto.

—Entonces sería mucho mejor —exclamó Jim, asustado— dejarlo tal como está y marcharnos.

La princesa de los mares le contempló muy asustada y murmuró:

—En tal caso el mar no volverá a tener luz nunca más y en las profundidades reinará una oscuridad eterna.

Los tres callaron desconcertados y meditaron sobre ello. ¿Qué debían hacer? Se tenían que decidir por una de las dos posibilidades, pero hicieran lo que hicieran, significaría la desgracia para alguien. Por fin, Lucas dijo que tenían que estudiar el asunto más de cerca. Era posible que pudieran encontrar una solución que fuera buena para todos.

No había pasado mucho rato, cuando vieron brillar algo en medio de la oscuridad del horizonte. Cuando estuvieron cerca y por un momento la luna asomó entre las nubes, vieron dos enormes rocas agrietadas, de hierro brillante, que surgían del negro mar. Su silueta se recortaba siniestra sobre el cielo oscuro.

Dieron un par de vueltas alrededor de las rocas, hasta que encontraron un lugar llano donde pudieron atracar con las locomotoras.

Después de haber empujado a Emma y a Molly hasta un lugar seco, ayudaron a la princesa de los mares a desenganchar a las seis morsas blancas, para que los animales pudieran descansar en el mar después del gran esfuerzo que habían realizado y pudieran buscar algo para comer.

Lo primero que hizo Lucas, mientras la princesa de los mares reposaba en un lugar poco profundo de la orilla, fue encender su pipa y después de haber echado un par de bocanadas de humo, le dijo a Jim:

—Bien, muchacho, ahora examinaremos atentamente esta instalación de electricidad.

—¡A la orden, Lucas! —respondió Jim.

Sacaron de la locomotora la caja de las herramientas y la gran linterna que les había prestado tan buenos servicios en el viaje anterior, y cuando lo tuvieron todo a punto, Lucas se dirigió a la muchacha del mar y le gritó:

—No tema, señorita; pronto estaremos de vuelta.

Y se pusieron en marcha.

Capítulo 6

EN EL QUE LOS DOS AMIGOS DESCUBREN EL MISTERIO DE GURUMUCH, EL PRIMER REY DE LOS MARES

Lucas y Jim estuvieron mucho rato recorriendo las escarpadas rocas de hierro, buscando algo. Ni ellos mismos sabían exactamente lo que buscaban, pero tenían esperanzas de encontrar algo que les ayudara.

Jim trepó hasta el punto más alto de la roca llevando consigo la linterna encendida.

—Eh, Lucas —exclamó de pronto con voz apagada—, me parece que he encontrado algo.

Lucas se encaramó rápidamente hacia donde estaba Jim. A la luz de la linterna se veía un agujero pentagonal que parecía un canal y conducía hacia abajo por las rocas de hierro.

Lucas examinó con cuidado los bordes de la abertura.

—Aquí hay rasguños y señales —afirmó por fin—, pero están muy borrados y corroídos por la herrumbre.

Sacó una hoja de papel de lija de la caja de las herramientas y empezó a frotar las señales. Poco a poco éstas se hicieron más claras. Eran letras. Al principio aparecieron dos rayos a los dos lados de la inscripción.

—Parece que se trata de algo sobre alta tensión —gruñó Lucas—, y según parece, magnética.

—¿Es peligroso? —preguntó Jim.

—Me parece que lo sabremos en seguida —respondió Lucas, y siguió lijando con prudencia.

Por fin la inscripción se hizo descifrable:

**¡ALERTA!
¡ATENCIÓN! ¡ATENCIÓN!
¡EL GRAN IMAN DE GURUMUCH!
EL QUE QUIERA DESCUBRIR MI;
SECRETO Y BAJE A LAS PROFUNDIDADES,
QUE DEJE TODO EL HIERRO QUE LLEVE.
SI NO LO HACE ASÍ QUEDARA SUJETO A MI BASE
POR TODA LA ETERNIDAD.**

—¡Ah! —dijo Lucas, más tranquilo—, nos estamos acercando a nuestro objetivo.

Y le leyó la inscripción a Jim.

—¿Tú crees —preguntó Jim, preocupado— que es más prudente dejar aquí la caja de las herramientas?

—Me parece que sí —respondió Lucas—, esta clase de inscripciones nunca se ponen en broma.

—¿Pero cómo podremos arreglar el imán sin herramientas? —dijo Jim.

—Eso tendremos que investigarlo —respondió Lucas.

—¿Y la linterna?

—También la dejaremos. En la caja de las herramientas debe de haber un par de velas y nos las llevaremos.

Luego, Lucas puso su cortaplumas y Jim su cinturón, que tenía una hebilla de metal, junto a la caja de herramientas. Por último, Lucas se quitó las botas porque tenían las suelas con clavos. Jim llevaba botas de pescador y por eso no se las quitó.

—¿Será muy profundo? —preguntó Jim con voz apagada.

Lucas sacó un tornillo de la caja de las herramientas y lo echó en el pozo. Después de bastante rato llegó hasta ellos, muy débilmente, el ruido del choque.

—Una buena profundidad —gruñó Lucas con la pipa entre los dientes.

Encendió dos velas, le entregó una a Jim y los dos se apoyaron en los bordes del pozo e iluminaron sus paredes. En uno de los lados se veían unos escalones desgastados que parecían el principio de una escalera de caracol.

—Voy a bajar —dijo Lucas.

—Yo voy contigo —dijo Jim, decidido.

—Bien —respondió Lucas, y empezó a bajar por el pozo—, pero ándate con cuidado, Jim, no te vayas a caer. Los escalones son muy resbaladizos.

Con la vela encendida en una mano y palpando la pared con la otra, fueron bajando escalón por escalón, siempre en círculo.

El agujero parecía no tener fin.

El aire que llegaba de las profundidades era sofocante y olía a humedad. El calor aumentaba. La luz de las velas vacilaba.

Habían bajado un buen rato en silencio, cuando Lucas dijo:

—Debemos de estar ya mucho más abajo de la superficie del mar.

Más le hubiera valido no hacer esta observación, porque al oírla, Jim sintió un extraño malestar. Durante un momento pensó en volver a subir corriendo, en salir de allí al aire libre. Pero apretó fuertemente los dientes y no se movió. Se sentó en un escalón y se apoyó en la pared del pozo.

—¡Oye! —oyó que Lucas le decía de pronto desde bastante más abajo—, me parece que hemos llegado al fondo.

Jim se levantó rápidamente y siguió a su amigo que le esperaba en el suelo del

pozo e iluminaba las paredes a su alrededor para examinarlas. Descubrió una abertura que llevaba a una galería horizontal, encendió, en la llama de la vela, su pipa que se le había apagado, dio dos fuertes chupadas y dijo:

—¡Ven, Jim!

Se metieron por el hueco y durante un rato recorrieron sus curvas y sinuosidades. Entretanto, el calor había aumentado considerablemente.

—Me gustaría saber —dijo Jim—, por qué hace tanto calor aquí.

—Esto sucede siempre cuando uno llega debajo de la corteza terrestre —le explicó Lucas—, cuanto más abajo vas, más calor hace, porque se acerca uno al centro de la Tierra.

—¡Ah! —murmuró Jim—, entonces es que estamos ya debajo del fondo del mar.

—Eso parece —fue todo lo que Lucas contestó.

Siguieron avanzando en silencio y protegiendo con la mano la llama de sus velas.

De pronto se terminó la galería y los dos amigos salieron al aire libre por un agujero. Bueno, en el primer momento creyeron que era así, pero luego, al débil resplandor de las velas, vieron que se encontraban en una enorme cueva llena de estalactitas y estalagmitas. Las columnas y las paredes brillantes se perdían en todas direcciones en medio de una densa oscuridad. A lo lejos se levantaba una formidable torre de hierro que en lo alto desaparecía en el techo abovedado de la cueva, y que hacia abajo se ramificaba, como las raíces de los árboles, en venas y nervios retorcidos, con las que se mantenía fuertemente sujeta al suelo de roca.

Los dos amigos se quedaron inmóviles por el asombro y luego miraron a su alrededor.

—Eso que se ve allá —dijo Lucas con voz apagada—, es la base de la otra roca.

Lo inspeccionaron todo y descubrieron que habían salido de la base de otra torre de hierro tan grande como la primera. Una gran raíz de hierro llegaba hasta el centro de la estancia de roca. Desde la otra torre partía una raíz similar que parecía dirigirse hacia ella.

Cuando Lucas y Jim llegaron al centro, vieron que los dos extremos no se tocaban. De pronto dejaron de hablar, como si les hubieran interrumpido. Ante ellos, en el blanco suelo, descubrieron los dos a la vez un hoyo más pequeño que una bañera.

—Parece —dijo Lucas, pensativo— como si aquí tuviera que haber algo que alguien hubiera sacado.

Acercó su vela al extremo de las raíces de hierro y volvió a descubrir unos signos. Como los anteriores, tampoco eran fáciles de descifrar. Además, esta vez, se trataba de un tipo muy, muy antiguo de letras, llamadas jeroglíficos. Lucas tardó mucho rato en descubrir, aquí y allá, letras sueltas. Por fin sacudió la cabeza, le dio a Jim su vela, para que se la sujetara, sacó del bolsillo su agenda y un lápiz y copió las pocas letras

inteligibles. Jim le contemplaba asustado y en silencio.

Lucas fumó más de una pipa; la encendió varias veces antes de haber apuntado esto en su agenda:

(En un lado ponía:).

**A S T L C E N I A M I S T S A
E L P R I M E Y E M R E S U M U C H
L I S O S E R Q I E O D E S C A
Y Q I E L S E T E R A T O P D E R**

(En el otro ponía:).

**L G R N F E R Z D E N O R T Y S U
E R M E O C L T A O R A Q U Y A L L
I L S E P A R A S E G I R Á S S E Ñ
J Ú N A L S Y D E E R T A.**

Cuando Lucas le leyó estas extrañas palabras, Jim se sintió muy desilusionado.

—Me parece que no es una inscripción —exclamó—; deben de ser sólo rascaduras.

Lucas sacudió la cabeza.

—No, muchacho, no son rascaduras. Apostaría cualquier cosa a que son instrucciones.

—Sí, ¿pero qué dicen?

—Esta palabra del final de la primera línea podría significar **MISTERIOSA**, y la palabra anterior, **CIENCIA**. Al final de la segunda línea hay algo que puede ser **GURUMUCH**, y las letras anteriores las descifraría como **REY DE LOS MARES**. Tendríamos una frase que posiblemente es **CIENCIA MISTERIOSA DEL PRIMER REY DE LOS MARES GURUMUCH**.

—¡Oh! —susurró Jim, y abrió los ojos maravillados—, yo no lo hubiera adivinado nunca.

—Sigamos —dijo Lucas—; la tercera línea podría significar: **LISTO SERÁ QUIEN LO DESCUBRA**. Y la cuarta significa sencillamente: **QUIEN LO USE TENDRÁ TODO EL PODER**.

—¡Lucas! —exclamó Jim, muy admirado—, eres realmente tú...

—Despacio —le interrumpió Lucas—; ahora el dichoso asunto se pone más difícil. No tengo ni idea de lo que pueden significar las palabras del otro lado. Lo único que puedo ver claro es que la primera línea termina con las palabras **NORTE** y

SUR.

La pipa de Lucas se apagó de nuevo; la encendió y fumando se sumió en profundas meditaciones. Jim intentó ayudarle como mejor sabía sugiriéndole ideas. Lucas las aceptaba por si servían. Con trabajo y mucha paciencia los dos exploradores se acercaron a la solución del enigma. Las velas se habían consumido ya hasta la mitad, cuando Lucas, satisfecho, asintió y dijo:

—¡Ya lo tengo! ¡Ya sé qué significa! Y seguidamente le leyó a Jim el texto descifrado de la inscripción:

(En un lado ponía:).

**AQUÍ ESTA LA CIENCIA MISTERIOSA
DEL PRIMER REY DE LOS MARES, GURUMUCH.
LISTO SERA QUIEN LO DESCUBRA
Y QUIEN LO USE TENDRÁ TODO PODER.**

(En el otro ponía:).

**LA GRAN FUERZA DEL NORTE Y DEL SUR
DUERME OCULTA POR AQUÍ Y POR ALLÁ.
SI LAS SEPARAS SEGUIRÁ SU SUEÑO,
JÚNTALAS Y DESPERTARA.**

Capítulo 7

EN EL QUE JIM TROPIEZA PRECISAMENTE CON LA SOLUCIÓN DEL PROBLEMA Y LAS VELAS SE APAGAN

—¿Entiendes lo que significa? —preguntó Jim, desconcertado.

—Reflexionemos —dijo Lucas—. ¿Has visto alguna vez un imán corriente?

—Sí —respondió Jim, excitado—, claro que lo he visto. La señora Quée tiene uno en la tienda. Tiene la forma de una herradura.

—Exacto —afirmó Lucas—. Todos los imanes tienen un polo norte y otro sur y cuando están en un mismo pedazo atraen. Pero esto no es un imán normal.

Lucas fumó pensativo en su pipa y prosiguió:

—En el imán de Gurumuch, cuando las dos partes están separadas, la fuerza se oculta en cada una de las mitades. Cuando se unen las dos rocas entonces surge la **GRAN FUERZA**. Jim, muchacho, nos las tendremos que entender con un imán muy singular.

—¡Ah! —dijo Jim—, y lo más singular es que a este imán se le puede conectar y desconectar.

—Exactamente —respondió Lucas, y asintió con la cabeza—; alguien tiene que haber sacado la pieza de unión entre el final de las dos raíces. Lo tenemos que encontrar.

Se pusieron a buscar. Pero, naturalmente, la cosa no era fácil en aquella gigantesca gruta de estalactitas y estalagmitas, con sus incontables galerías y cuevas laterales, y además porque no sabían cómo era exactamente la pieza de unión. Para colmo, sus velas se consumían cada vez más.

—No podremos seguir mucho aquí —dijo Lucas, al cabo de un rato, preocupado—; nos exponemos a quedarnos a oscuras.

Al oír esto, y a pesar de que hacía tanto calor como en un horno, Jim sintió un escalofrío en la espalda. Se habían alejado bastante del agujero de la gran raíz de hierro. Se movían como dos pequeños gusanos de luz por la noche eterna de aquel fantástico reino subterráneo. Si las velas se consumían, les envolvería la oscuridad y no encontrarían nunca más el camino para salir.

—Sería mejor que nos volviéramos en seguida —se atrevió a decir Jim, y en aquel mismo instante tropezó en algo y se cayó. Su vela se apagó.

—¿Te has hecho daño? —le preguntó Lucas, acercándosele.

—No —respondió Jim, y se levantó en seguida.

Lucas le tendió su luz y con ella Jim encendió de nuevo su vela. Luego iluminaron el suelo para ver en qué había tropezado Jim. Descubrieron una cosa curiosísima, una especie de cilindro de cristal completamente claro y transparente de forma parecida a un rodillo de amasar, pero mucho más grande. En el interior del cilindro había un hierro que llegaba de un extremo a otro.

Los dos amigos se miraron unos segundos, perplejos.

—¡Caramba, muchacho! —gruñó por fin Lucas—. Si no hubieras tropezado con él no lo hubiéramos hallado nunca. ¡Es la pieza de unión!

Jim estaba orgulloso de haberlo encontrado, aunque en realidad el mérito no era suyo.

Lucas se inclinó sobre el cilindro de cristal y lo examinó detenidamente.

—Me parece que está en perfecto estado —dijo por fin.

—Me gustaría saber —exclamó Jim—, quién ha sido el que lo ha desmontado y lo ha traído hasta aquí.

Apoyaron con cuidado los dos cabos de vela sobre el saliente de una roca, levantaron entre los dos la pesada pieza de conexión y fueron avanzando, metro a metro, hacia el lugar entre las dos raíces. De vez en cuando tenían que descansar para respirar y secarse el sudor que, por el calor, les caía desde la frente a los ojos. Como puede comprenderse, para este transporte emplearon mucho tiempo y se olvidaron por completo de vigilar las dos velas que se estaban acabando.

Les faltaba sólo un metro para llegar al lugar de la conexión cuando dejaron su carga para descansar; se dieron cuenta entonces de que la luz, que les llegaba muy débil, empezaba a vacilar.

—¡Se apagan! —gritó Jim con los ojos muy abiertos por el terror y quiso correr hacia las velas pero Lucas le retuvo.

—¡Quédate aquí! Han ardido del todo y no se puede hacer nada. Si te vas, nos perderemos en medio de la oscuridad. Por encima de todo tenemos que seguir juntos.

Durante unos segundos las lucecitas siguieron bailando en una esquina de la gigantesca gruta de roca; luego se volvieron más pequeñas y se apagaron. Los dos amigos contuvieron el aliento, oyeron un ligero chisporroteo y les envolvió la eterna oscuridad de la cueva submarina.

—¡Rayos y truenos! —refunfuñó Lucas entre dientes y su voz volvió a resonar por las paredes y columnas de piedra.

—¿Qué haremos ahora? —preguntó Jim, que sentía que el corazón le latía muy aprisa.

—No te preocupes, muchacho —dijo Lucas—; llevo siempre un par de cerillas en el bolsillo para un caso de extrema necesidad. Volveremos a encontrar el camino hasta la escalera de caracol. Pero prefiero ser precavido y ahorrarlas todo lo que pueda. Ahora montaremos el cilindro de cristal y para ello no necesitamos luz.

Unieron sus fuerzas para levantarlo por última vez y lo metieron en la hendidura del suelo.

—Lo hemos conseguido —resonó la voz de Lucas en la oscuridad—, ¡ahora a toda velocidad al aire libre!

—Pss —susurró Jim—, escucha, Lucas, ¿qué es eso?

Escucharon. Llegó hasta ellos un sonido extraño, metálico, profundo y sordo como si saliera de las entrañas de la Tierra; el sonido fue aumentando lentamente e hizo temblar el suelo como las vibraciones y resonancias de una campana gigantesca.

—¡Lucas! —gritó Jim y palpaba vacilante en la oscuridad buscando a su amigo.

—¡Ven aquí, Jim! —exclamó Lucas en medio del estruendo.

Lo cogió y lo acercó a sí poniéndole el brazo encima de los hombros para protegerle. Permanecieron así y esperaron por si sucedía algo. De repente terminó el ruido insoportable. Sólo quedó en el aire un canto delicado, alto y cristalino que se volvía cada vez más agudo y delicioso. Al mismo tiempo empezó a salir del cilindro de cristal, situado entre las dos raíces de hierro, una maravillosa luz azulada que iluminó la enorme gruta.

Los dos amigos miraron asombrados a su alrededor. Todas las paredes y columnas de la cueva de estalagmitas y estalactitas relucían y brillaban como si fueran millones y millones de minúsculos espejos, de tal forma que parecía que se encontraran en el palacio de la reina de las nieves.

A los dos amigos les fue entonces muy fácil volver a encontrar la entrada que había en la gran raíz de hierro. Siguieron el pasadizo lleno de curvas que conducían al pozo de la escalera de caracol. Allí tampoco necesitó Lucas sus cerillas porque de las paredes de hierro y del techo salían ininterrumpidamente pequeñas llamas azules como si fueran olas que se cruzaban entre sí y desaparecían.

Al principio Jim sintió miedo de estas apariciones de luz porque temía que le produjeran una sacudida eléctrica, pero Lucas le tranquilizó.

—No hay peligro —explicó—, porque en realidad no se trata de electricidad sino de fuego magnético y eso a los hombres no les hace nada. Se le llama fuego de San Telmo.

Cuando llegaron al pozo de la escalera de caracol se encontraron con que también estaba iluminado por el misterioso fuego azulado. Animosos, emprendieron la larga subida. Lucas delante y Jim detrás.

Después de subir un rato en silencio, al ver que el fuego de San Telmo no disminuía sino más bien aumentaba, Lucas dijo:

—Este imán debe de tener una fuerza increíble.

—Sí —respondió Jim—. Me gustaría saber si ya funcionan las luces del mar.

—Espero que sí —dijo Lucas.

Siguieron subiendo, escalón tras escalón, siempre en círculo. A medida que

avanzaban el aire se volvía más fresco porque el calor del centro de la tierra no podía llegar hasta allí.

Por fin alcanzaron, sanos y salvos, aunque muy cansados, la boca del pozo y salieron al aire libre.

Miraron alrededor y el cuadro que se presentó ante sus ojos era de una belleza tan grande que durante largo rato no pudieron pronunciar palabra.

Todo el mar, antes tan oscuro y siniestro, resplandecía desde las profundidades con un brillo verdoso y suave que llegaba desde un horizonte hasta el otro y el color verde era tan hermoso que sólo se podía comparar con el del arco iris o de alguna piedra preciosa muy rara. Las olas, grandes y pequeñas, aparecían coronadas por incontables y pequeñas centellas de luz.

Lucas rodeó con su brazo los hombros de Jim.

—Contempla esto, Jim —dijo con voz apagada y le señaló con su pipa el horizonte alrededor de ellos—. ¡Esto es la iluminación del mar!

—¡Esto es la iluminación del mar! —repitió Jim lleno de admiración.

Y los dos se sintieron muy orgullosos de haber sido capaces de arreglar aquello.

Capítulo 8

EN EL QUE VARIAS COSAS SE QUEDAN FIJAS Y EMPIEZA PARA LOS DOS AMIGOS UNA NOCHE MUY DESAGRADABLE

Después de haber gozado durante un rato del maravilloso espectáculo del mar iluminado, los dos amigos decidieron volver a la orilla de la roca para saber qué le parecía a la sirena la reparación que habían llevado a cabo. Lucas se puso otra vez las botas, se las ató y se dispuso a andar. Pero, con asombro, se dio cuenta de que parecía que había echado raíces porque no podía separar los pies del suelo ni un centímetro. Entretanto, a Jim, que intentaba levantar la caja de las herramientas, le pareció que los instrumentos pesaban cien mil toneladas. Cuando quiso coger su cinturón, la hebilla estaba tan fuertemente pegada a las rocas de hierro como si estuviera clavada.

Durante un momento los dos amigos se miraron sorprendidos, luego Lucas soltó una carcajada.

—¡Caramba, Jim! —exclamó—. No habíamos pensado en esto. Hemos arreglado el imán y, por tanto, ahora vuelve a funcionar.

—¡Y de qué forma! —agregó Jim y empezó a tirar de su cinturón—, ¿qué haremos? ¡No podemos dejar aquí nuestras cosas!

—Pse —gruñó Lucas y se rascó detrás de la oreja—, en esto tienes razón. Yo tampoco tengo ganas de hacer el viaje sin botas.

Se interrumpió asustado y se dio un golpe en la frente.

—¡Rayos y centellas! ¡Nuestras locomotoras!

Se salió de las botas que estaban como clavadas en el suelo y bajó descalzo, tan de prisa como pudo, hacia el agua.

Jim le siguió.

Parecía que Emma y Molly formaran parte de las rocas y fue imposible hacerlas mover. Ni la más pequeña ruedecita cedía; todo estaba completamente fijo.

Jim y Lucas hablaron sobre lo que sucedería cuando la sirena apareciera de pronto junto a ellos en el mar.

—Lo habéis hecho muy bien —exclamó en aquel momento batiendo palmas por la alegría—. Os estoy muy agradecida, y en nombre de todos los habitantes del mar, os doy las más efusivas gracias. ¿Habéis contemplado ya la iluminación del mar? ¿No os parece un espectáculo soberbio? He nadado por todo el mar de los Bárbaros. ¡Cómo se alegrará mi padre! Podrá organizar esta noche las iluminaciones para honrar la memoria del primer rey de los mares, Gurumuch. ¿Deseáis algo? Mi padre

os concederá de mil amores lo que queráis.

—Sí —Lucas interrumpió el alegre parloteo de la pequeña muchacha del mar—, tenemos un deseo. Nos gustaría poder salir de aquí otra vez, señorita.

—Pero, claro —la sirena siguió charlando—, llamaré en seguida a mis morsas blancas y os llevaré a donde queráis aunque para ello tuviera que dar tres vueltas a la Tierra.

Quiso ir en seguida en busca de sus morsas, pero Lucas la volvió a llamar:

—Un momento, señorita, para eso hay un inconveniente. Nuestras locomotoras no se pueden mover de sitio porque ahora el gran imán las atrae. Y sin las locomotoras no nos podemos marchar.

—¡Mar profundo! —dijo la princesa de los mares—. ¡Estamos arreglados! ¿Qué haremos?

—Sí —refunfuñó Lucas—; es lo que nos hemos estado preguntando. Podremos alejarnos de las rocas de hierro solamente volviendo a cortar la fuerza del imán.

—¡Pero entonces se apagarán las luces del mar! —exclamó la princesa Sursulapitchi y su cara se volvió amarillenta.

—Si no nos queremos quedar aquí —respondió Lucas—, no tenemos otra solución.

—Y eso no nos gustaría —añadió Jim.

—Claro —dijo la sirena—; es natural. ¿Qué haremos?

—Podría haber una solución —dijo Lucas después de haber llenado su pipa y de haber fumado un rato.

—¿Cuál es? —preguntó Sursulapitchi, llena de esperanza.

—Habría que encontrar a alguien —aclaró Lucas, pensativo—, dispuesto a quedar aquí para volver a conectar el imán cuando estuviésemos lo bastante lejos de él.

—¿Podría hacerlo yo? —preguntó la sirena.

Los dos amigos sonrieron satisfechos.

—No, señorita —respondió Lucas—. Abajo, donde nosotros estuvimos, hace mucho calor. No creo que usted pudiera soportar una temperatura tan alta.

—Mi prometido Uchaurichuum —dijo la princesa, melancólica—, seguramente lo podría hacer. No es muy sensible porque está emparentado, aunque de lejos, con las tortugas.

—Es posible —gruñó Lucas—, pero ¿dónde está?

—Desgraciadamente no lo sé —musitó la princesa Sursulapitchi y sollozó.

—Pero —exclamó rápidamente Jim—, ¿es que no hay nadie en todo el océano que sea capaz de hacerlo si nosotros le enseñamos cómo?

—Es posible que lo haya —dijo la sirena titubeando—, lo podría preguntar.

—Bien —asintió Lucas—, ¿cuánto tardaría en saberlo?

—No mucho —aseguró Sursulapitchi, solícita—, máximo algo así como ochenta o cien años.

—Querida señorita —respondió Lucas, pensativo—, no disponemos de tanto tiempo, pero tengo otra idea; Jim y yo desconectaremos el imán y nos iremos. Entretanto, sus hombres del mar pueden buscar a alguien que sirva para eso. Cuando lo hayan encontrado, seguro que nosotros estaremos ya en casa. Nos podréis avisar allí y os ayudaremos.

—¿Queréis desconectar en seguida el imán? —preguntó la princesa de los mares, consternada—, ¿precisamente cuando para esta noche está prevista la gran iluminación? En el palacio de mi padre se celebra ahora un gran baile y me hubiera gustado muchísimo nadar hacia allí para tomar parte en él. ¿No podéis esperar al menos hasta mañana? ¡Oh, por favor, por favor!

Lucas le dio una mirada a Jim; luego, asintiendo con la cabeza, dijo:

—Bien, señorita, esperaremos hasta mañana. Estamos cansados y queremos dormir un rato. Pero sólo podemos esperar hasta mañana, luego nos tenemos que marchar. Explíqueselo, por favor, a su señor padre.

—Lo haré —respondió la muchacha del mar, tranquilizada—, y, como dije antes, si tenéis algún deseo, decídmelo, os lo recuerdo. Mi padre os lo concederá muy a gusto. Por lo pronto os doy las gracias. ¡Muchas gracias! ¡Hasta pronto!

—¡Hasta pronto! —exclamaron Jim y Lucas y la saludaron agitando la mano. La princesa de los mares llamó a las seis morsas blancas que acudieron en seguida. Las riendas estaban todavía sobre las rocas de hierro junto a la locomotora, donde, al llegar, las habían desenganchado.

—¡Dejo allí las bridas, volveré pronto! —exclamó Sursulapitchi.

Saltó sobre el lomo de uno de los animales, chasqueó la lengua y partió seguida por los otros cinco, rodeada de espuma.

—Bien —gruñó Lucas—, parece que la señorita tiene mucha prisa. Es de esperar que también la tenga para volver.

—Claro que sí —dijo Jim—, ha dejado aquí las riendas. —Y dejó resbalar admirado, por entre sus dedos, las cinchas de cuero incrustadas con perlas y escamas brillantes.

—Esperemos lo mejor —respondió Lucas subiéndose al tejado de Emma e intentando abrir la tapa del ténder—, no estoy muy seguro de que los habitantes del mar sepan calcular bien el tiempo. ¡Rayos y truenos!, no puedo levantar la tapa. No tenemos más remedio que dormir al aire libre. Podemos meternos debajo de Emma, así tendremos, al menos, un tejado sobre nuestras cabezas.

Se acomodaron lo mejor posible; Jim, echado junto a Lucas, empezaba a dormirse mientras pensaba: «¡Si lo supiera la señora Quéé...!».

Capítulo 9

EN EL QUE JIM HACE UN DESCUBRIMIENTO Y MUCHAS COSAS EMPIEZAN A VOLAR

Cuando a la mañana siguiente salieron temblando de frío de debajo de la locomotora, no habían pasado una noche muy agradable. El cielo estaba todavía cubierto de nubes, el viento soplabla sobre las olas que se rompían con estruendo contra las rocas de hierro. A la luz del día, el mar de los Bárbaros tenía un aspecto más desapacible que por la noche, aunque parecía menos espantoso.

Jim y Lucas decidieron poner manos a la obra e ir a desconectar el imán, porque sentían mucho apetito, estaban deseando desayunar y la bolsa con las provisiones de la señora Quéé con los panecillos, los huevos duros y el cacao estaba en la cabina de Emma que seguía cerrada por la fuerza del imán. A la luz del día ya no se veía la iluminación del mar. El agua tenía ahora un aspecto normal.

Los dos amigos treparon hasta el pico más alto de la roca de hierro donde, junto a la abertura pentagonal estaban todavía la caja de las herramientas, la linterna, el cinturón de Jim y las botas junto con el cortaplumas de Lucas y todo seguía tan pegado al suelo como en la noche anterior.

Por desgracia no les quedaba más que media vela de las que habían sacado del cajón de las herramientas. Pero Lucas dijo que les bastaría porque sólo la iban a necesitar para la vuelta. Mientras la pieza de unión siguiera en su sitio el fuego de San Telmo les daría luz.

Y así fue. Los dos amigos volvieron a bajar por el pozo interminable y las llamitas azules les iluminaron el camino.

—En realidad es una pena —dijo Jim—. Ahora tenemos que desconectar el imán después de lo que nos costó colocarlo en su sitio.

—A pesar de todo —contestó Lucas—, lo más importante es haber descubierto cómo funciona. Será muy interesante averiguar si ahora es posible desconectar el imán.

—¿Por qué? —preguntó Jim.

—Porque en tal caso sería posible poner un guarda en ese pico para que cortara la fuerza eléctrica del imán cuando fuese necesario, por ejemplo, si se acerca un barco. Entonces ya no habría peligro para nadie y a pesar de ello los habitantes del mar tendrían luz la mayor parte del tiempo.

—Sí —dijo Jim—, sería estupendo. ¿Pero habrá alguien que esté dispuesto a hacer de guarda en un lugar como éste?

—¿Por qué no? —respondió Lucas—. Hay que dar con uno apropiado para este trabajo. Pero temo que ningún habitante del mar sea apto para este oficio.

—A mí también me lo parece —dijo Jim— son demasiado acuosos.

Siguieron bajando en silencio hacia las profundidades. Por fin alcanzaron el suelo del pozo, siguieron la galería sinuosa que pasaba por el interior de la gran raíz y salieron a la brillante claridad de la gruta de estalactitas y estalagmitas que se hallaba debajo del fondo del mar. No había cambiado nada.

Cuando Lucas se inclinó sobre el cilindro de cristal, éste despedía una luz azulada que casi no se podía soportar sin llevar los ojos protegidos. Jim preguntó:

—¿No será esta pieza de unión de «Cristal de la Eternidad»?

—Es posible —contestó Lucas—, si fuera de cristal corriente no soportaría tanta fuerza eléctrica.

Tocó con cuidado el cilindro con la mano para ver si se había calentado mucho, debido al hierro incandescente que llevaba en su interior. Sólo estaba tibio.

—Es un material estupendo —gruñó aprobando—, es verdaderamente una lástima que no se fabrique.

Encendieron la media vela que llevaban, la dejaron en el suelo y levantaron el cilindro de cristal de su sitio. En el mismo instante se apagó la luz y todo quedó en silencio; no se oía ni el más pequeño ruido. La gruta estaba de nuevo envuelta en la oscuridad más completa. Sólo la llamita de la vela daba un débil resplandor.

—Bien —susurró Lucas—, ven Jim, volvamos.

—En seguida —respondió Jim y con la vela en la mano dio un par de pasos hacia la raíz de la otra roca. Lucas le siguió.

—¿Buscas algo?

—No —replicó Jim—, sólo quiero ver si el hierro es distinto en este lado porque aquí está el polo Norte.

Era exactamente igual que el otro.

Pero Jim no estaba convencido del todo. Tenía que haber alguna diferencia en un sitio u otro. ¡Si lo pudiera investigar mejor! Pero la luz era demasiado débil y además ya no disponían de tiempo.

—¿Tú crees, Lucas —preguntó—, que me puedo llevar un pedazo?

—No tengo nada en contra —respondió Lucas, sonriendo.

Jim levantó un pedazo que era casi tan grande como su cabeza. Era el trozo más pequeño que había por allí.

Lucas cogió la vela y emprendieron el camino de vuelta. Pasaron por la galería llena de curvas donde reinaba una oscuridad completa. Al poco rato llegaron al pozo con la escalera de caracol. Subieron en silencio los incontables escalones. Cuando Jim empezó a jadear bajo el peso que llevaba, Lucas cogió el trozo de hierro, se lo puso debajo del brazo y Jim llevó la luz.

Por fin salieron del agujero pentagonal a la luz del día y Lucas entregó a Jim el trozo de hierro para poder calzarse otra vez sus botas.

—Bien —dijo tranquilo cuando lo hubo hecho y dio unos pasos para probarlas—, ahora se mueve estupendamente.

Jim se había sentado en un lugar un poco apartado y examinaba el pedazo de hierro que tenía en el regazo. Lo golpeó con el martillo que sacó de la caja de las herramientas, pero sin descubrir nada de particular. Por último cogió otro trozo que encontró allí cerca y que era más o menos del mismo tamaño, para compararlo con el que había encontrado en la gruta. En aquel momento sucedió por casualidad, que la cabeza de hierro del martillo tocó el centro de los dos pedazos, de forma que los alcanzó a los dos ¡al mismo tiempo!

En ese instante, Lucas, que acababa de meter las herramientas y la linterna en la caja y la había vuelto a cerrar, sintió que una fuerza misteriosa le tiraba de los pies. También la caja de las herramientas, que aún tenía en las manos, tendía con fuerza hacia Jim, y el cinturón que Jim acababa de dejar en el suelo, silbó igual que una serpiente, con la hebilla por delante, dirigiéndose hacia su dueño. Lucas resbaló, sentado en el suelo, atraído por los clavos de sus botas y la caja de herramientas que tenía en las manos. Entre los dos amigos estaba la abertura pentagonal. Lucas resbaló sin remedio hacia allí, pero antes de haber podido decir una palabra había saltado por encima del agujero y chocado contra Jim.

—¡Ay! —dijo el joven explorador, asustado— ¿por qué saltas hacia mí?

Por suerte, a causa del choque, el martillo había resbalado de entre los dos pedazos, de tal forma que ya no tenían nada que los pusiera en contacto. La fuerza magnética cesó de pronto.

—Lo siento, muchacho —dijo Lucas algo sorprendido—. No era mi intención dar contigo. Algo ha arrancado mis pies de donde estaban.

Se levantó y se puso de pie frotándose las posaderas, que tenía doloridas.

—¿Qué has estado haciendo? —inquirió.

—He puesto el martillo entre los dos pedazos —explicó Jim—, ¡mira, así! —y como antes, mantuvo el martillo entre los dos pedazos de hierro.

Los pies de Lucas fueron atraídos en seguida hacia adelante, de forma que las suelas clavadas de sus botas se pegaron a los dos pedazos de hierro que Jim tenía en el regazo. Lo mismo sucedió con la caja de las herramientas y con el cinturón de Jim.

—¡Demonios! —gimió Lucas desde el suelo.

Cuando Jim se dio cuenta de la que había armado, sacó el martillo y tartamudeó:

—Oh, Lucas, por favor, perdóname, yo, yo... no sabía...

—Está bien —gruñó Lucas y se volvió a levantar—, no me he hecho nada. Pero ahí, en esos dos pedazos de imán hay una fuerza increíble.

De pronto, hizo castañetear sus dedos y exclamó:

—¡Rayos y truenos, muchacho! ¿Sabes lo que has descubierto? No es sólo el imán gigantesco lo que funciona, basta con utilizar un pedazo de cada parte.

—¡Ah! —dijo Jim, contento—, ¿lo he descubierto yo?

—Claro —contestó Lucas—, pero lo tenemos que comprobar en seguida.

Capítulo 10

EN EL QUE JIM Y LUCAS INVENTAN EL «PERPETUMÓVIL»

Antes de empezar su experimento, Lucas, precavido, se quitó las botas. Para que no volaran por los aires, las llevó rápidamente, junto con la caja de herramientas y las demás cosas, hacia Emma y las guardó en el interior de la cabina. Ahora era muy fácil abrir la tapadera del ténder.

Emma y Molly parecían haberse tranquilizado porque había desaparecido por fin la tremenda fuerza que las había mantenido completamente inmóviles. Lucas las examinó por si habían sufrido algún daño y se sintió aliviado: todo estaba en perfecto orden.

Luego, en lugar del martillo, cogió un atizador y volvió junto a Jim que se encontraba en el pico más alto de la roca.

—Bien —dijo—, ahora comprobaremos la fuerza de nuestro imán.

Jim cogió uno de los pedazos y Lucas el otro y pusieron el atizador en medio de los dos como pieza de unión.

La fuerza magnética se notó en seguida y los pocos pedazos de hierro que había por allí salieron despedidos y se pegaron a los trozos de imán. Pero eso no era muy importante y con ello no pudieron comprobar la fuerza real de ese imán.

—Necesitamos trozos de hierro más grandes —dijo Lucas—, para poder probar la fuerza de nuestro imán.

En aquel momento oyeron el ruido de unas ruedas en movimiento y un estrépito muy extraño. Los dos amigos se miraron sorprendidos y se acercaron al borde de la peña para ver lo que sucedía.

Lo que vieron cortó el aliento a los dos exploradores: Emma, la locomotora grande y gorda, estaba al pie de la roca manteniéndose apoyada sobre las ruedas traseras, con la parte delantera completamente levantada.

En cambio la pequeña Molly, que era mucho más ligera, se acercaba a los dos amigos, ya avanzando sobre sus ruedas, ya resbalando sobre su nariz o rodando por la empinada pared de piedra. Y a medida que se acercaba, más rápida se hacía su marcha involuntaria.

—¡Lucas! —gritó Jim, asustado— ¡desconecta el imán! A Molly le sucederá algo malo.

Pero Lucas había pensado a la velocidad de un rayo.

—No —rugió con la pipa entre los dientes—, no, porque se caería. Tenemos que

dejar que llegue hasta arriba.

El corazón les latía con violencia mientras contemplaban cómo la pequeña locomotora ascendía por la roca escarpada. Jim cerró fuertemente los ojos porque le daba miedo mirar.

—Ya llega —exclamó Lucas. Jim abrió los ojos y vio cómo Molly, dando una voltereta, saltaba sobre el borde de la roca y caía a la velocidad de un rayo sobre su techo quedando con las ruedas en el aire. En el mismo instante separó Lucas uno de los pedazos de imán del atizador y la fuerza magnética desapareció.

Jim se acercó rápidamente a su locomotora que estaba en el suelo, de espaldas como un escarabajo y miró si le había sucedido algo. Aparte de un par de pequeños rasguños, no tenía, por suerte, ningún otro desperfecto. La extraña ascensión sólo la había mareado un poco.

Entre los dos volvieron a colocar a Molly sobre sus ruedas y Lucas se secó el sudor de la frente con su enorme pañuelo rojo.

—Por esta vez la cosa ha ido bien —murmuró—, ¿quién podía imaginar que los condenados trozos tuvieran tanta fuerza? En toda mi vida había visto imanes tan potentes. ¡Pensar que atraen a tanta distancia! ¡Hasta ha conseguido levantar la parte delantera de Emma! Ahora ya tengo una idea aproximada de la fuerza magnética de las dos rocas.

Se rascó detrás de la oreja y murmuró un par de veces para sí: «¡Canastos! ¡Canastos!».

Jim seguía ocupado con su Molly y no se dio cuenta de que, de pronto, Lucas chasqueaba los dedos y susurraba:

—Se podría... a Emma la ha levantado por delante... si sólo... claro, se podría... ¡sin duda!

Y empezó a andar de arriba abajo con la frente llena de arrugas por la preocupación. Al cabo de un rato se detuvo de repente y exclamó:

—¡Ya lo tengo!

—¿Qué? —preguntó Jim.

—Lo sabrás en seguida, muchacho. Si mi plan funciona como es debido habremos hecho un descubrimiento sensacional. Ven conmigo, iremos hacia Emma. Tengo que probar algo.

Entre los dos transportaron a la pequeña locomotora desde el pico hasta abajo. Por fin llegaron junto a Emma, que naturalmente volvía a estar en su posición correcta sobre las cuatro ruedas y parecía estar algo ofendida. Para demostrar su indignación no se pudo desahogar silbando... ¡porque no tenía vapor!

—No te enfades, vieja gorda mía —dijo Lucas golpeándola cariñosamente en la caldera—, ahora veremos si el imán te atrae a ti también.

—Me parece que no —opinó Jim—, porque si no, hubiera subido como Molly.

—Para su peso —le explicó Lucas—, la distancia era demasiado grande. Ahora me interesa ver lo que sucede con ella poniendo el imán a dos metros. Según mis cálculos, tendría que atraer a la locomotora con una fuerza irresistible.

Lucas con el atizador volvió a establecer la conexión entre los dos pedazos. La grande y gorda Emma dio un salto formidable hacia Lucas y le dio sin querer un golpe en la espinilla con uno de los topes. Molly, que estaba detrás de Emma, también fue atraída y lanzada contra el ténder de Emma.

—¡Fantástico! —exclamó Lucas frotándose la espinilla—, la cosa ha funcionado mucho mejor de lo que esperaba.

—¿Es éste el descubrimiento importante que hemos hecho? —preguntó Jim.

—No —respondió Lucas, sonriendo—, pero casi.

Jim se quedó sorprendido.

Ante todo sacaron la caja de herramientas y desmontaron el mástil de Emma y Lucas empezó a reformar el dispositivo del freno. Golpeaba con el martillo, remachaba y atornillaba y colocó una especie de bisagra que había encontrado entre las piezas de recambio. Por fin el mástil estuvo montado de nuevo y esta vez salía de una especie de articulación que permitía que se le pudiera inclinar hacia adelante y hacia atrás y también hacia los lados. Se podía inclinar hacia donde se quisiera.

—¡Estupendo! —gruñó Lucas frotándose las manos encallecidas—, ahora necesitamos un travesaño. En el camarote, junto a las velas tiene que haber un palo de madera dura que es el que mantenía la tela tirante.

—¿Qué harás con esto? —preguntó Jim al entregárselo, Lucas sólo le contestó—: Esperar.

En lo más alto del mástil había un agujero por donde pasaba la soga para estirar las velas. Lucas metió por él el palo de madera. Cuando lo hubo hecho, el mástil parecía una gran T.

—Ya está —dijo Lucas, contento—, pero ahora falta lo más importante.

Cogió el primer pedazo de imán y lo ató con cuidado con un cordel en uno de los extremos del travesaño y en el otro ató el segundo trozo de hierro. Ahora, la gran T tenía dos líneas gruesas perpendiculares en los dos lados.

De pronto Jim se dio buena cuenta de lo que proyectaba Lucas.

—¡El imán arrastrará a Emma! —exclamó entusiasmado.

—Acertado —respondió Lucas—, y podremos maniobrar el timón desde el tejado, ¿comprendes? Cuando inclinemos hacia adelante el mástil con los imanes, éstos colgarán delante de la locomotora, la atraerán y Emma deberá seguirlos. En las curvas no tendremos que hacer más que inclinar el mástil hacia un lado.

—¡Oh! —dijo Jim con los ojos muy abiertos por el asombro. Al cabo de un rato exclamó—: ¡Rayos y truenos! —y por último—: Sí, realmente.

Pasó un rato antes de que se serenara del todo y pudiera seguir diciendo,

preocupado:

—Sí, pero el travesaño de madera no conducirá la fuerza magnética.

—Tienes razón —respondió Lucas—, para eso necesitaremos el atizador. Pero lo quiero sujetar de forma que podamos cortar la fuerza de los imanes cuando lo necesitemos. En caso contrario no podríamos parar ni volver a ponernos en marcha.

Es posible que muchos de mis queridos lectores recuerden que Lucas además de dotes artísticas poseía también el don de saber hacer un lazo con una barra de hierro. En otros tiempos, en una representación de circo en China, había causado sensación haciéndolo. Esta vez utilizaba su habilidad para un fin práctico. Dobló el atizador e hizo un lazo con tal destreza, que en su centro quedó una especie de ojal, por el que metió un clavo muy grande. Luego lo clavó en el mástil exactamente en el medio de los dos trozos de imán. Al hacerlo procuró que los dos extremos del atizador no tocaran los pedazos de hierro, porque, en ese caso, la locomotora hubiera empezado a avanzar en seguida. En cada lado de la barra de hierro ató un cordel lo suficientemente largo para que pudiera servir de rienda cuando estuvieran sentados en el tejado de la cabina.

Al estirar el cordel de la derecha, el atizador se ponía en posición horizontal y rozaba las dos partes del imán: ¡se establecía el contacto! Pero si se tiraba del de la izquierda, el atizador se atravesaba y la fuerza magnética cesaba en seguida.

Capítulo 11

EN EL QUE LA GORDA Y VIEJA EMMA VUELA POR LOS AIRES Y LOS EXPLORADORES CONSIGUEN POR FIN DESAYUNARSE

Cuando estuvieron terminados todos los preparativos, los dos exploradores hicieron rodar con cuidado a la locomotora calafateada hasta el agua. Luego se subieron al tejado de la cabina.

Emma se hundió dulcemente en las olas, meciéndose, virando despacio, de forma que su proa asomara sobre la superficie del agua. El mástil estaba en posición horizontal delante de la cabina. Su extremo, con los dos pedazos de imán, se elevaba unos dos metros por encima de la parte más saliente de la caldera.

—Tendremos que remar un rato —explicó Lucas—, para que Molly no sea atraída y vuele detrás de nosotros. Es una suerte que haya pensado en traer el remo.

Cuando la distancia le pareció suficiente, agarró los dos cordeles.

—¡Llega el momento decisivo, Jim!

Tiró del cabo de la derecha, el atizador se colocó en el centro de los dos trozos; en el mismo instante se estableció el contacto y la fuerza empezó a atraer a Emma con mucha potencia. La locomotora se abalanzó sobre el imán, pero como éste estaba colgado del mástil que había sujetado fuertemente a la cabina, era naturalmente imposible que pudiera alcanzarlo. Éste iba siempre delante y Emma, atraída por su terrible fuerza no tenía más remedio que seguirle.

—¡Eh! —chilló Jim, ilusionado—, ¡funciona!, ¡y qué bien funciona! ¡Viva!

La espuma saltaba por sobre la proa de Emma como en el viaje con las morsas, pero la velocidad iba siempre en aumento.

—¡Agárrate bien! —exclamó Lucas en medio del fragor—, ahora intentaré pilotar yo.

Cogió el mástil y movió sus goznes hacia la derecha. La locomotora describió en seguida una gran curva ancha y soberbia.

—¡Fantástico! —Jim dio gritos de júbilo—, ¿pero, la podrás detener?

Lucas tiró del cordel de la izquierda, el atizador se inclinó y los trozos de imán quedaron sin conexión. La velocidad disminuyó, pero la locomotora había adquirido tanto impulso que siguió avanzando. Lucas inclinó el mástil hacia atrás y al mismo tiempo tiró del cordón de la derecha: la fuerza de atracción volvió a sentirse, pero esta vez hacia atrás y ello hizo que la locomotora se detuviera tan de repente que Jim se cayó al agua.

Lucas soltó el imán y ayudó a su amigo a volver al tejado de la cabina.

—Funciona estupendamente —dijo Jim y escupió algo de agua—, sobre todo el freno.

—Sí, es cierto —respondió Lucas—, no podemos desear nada mejor.

—¿Cómo llamaremos a nuestro invento? —preguntó Jim—. Me parece que le tendríamos que dar un nombre.

—En eso tienes razón —dijo Lucas—, forzosamente tiene que tener un nombre.

Encendió su pipa y fumó un rato.

—¿Cómo te gusta más. Jimoneta o Jimóvil?

—No —opinó Jim con modestia—, porque parecería que el invento es mío.

—Tú también has intervenido —dijo Lucas—, en todo caso en los principios.

—¡Pero lo más importante lo has inventado tú! —insistió Jim. Por eso Lucomóvil o Lucomotora me parecería mucho mejor.

—No —dijo Lucas—, porque parece la palabra locomotora mal pronunciada. Tenemos que encontrar un nombre más razonable. Otros inventores han bautizado sus obras por algo particular que ofrecían sus inventos. ¡Ya lo tengo! El nuestro se llamará «Perpetumóvil».

—¿Qué significa eso? —preguntó Jim poniéndose muy nervioso.

—Significa —le explicó Lucas—, que funciona siempre por sí solo y no necesita nunca carbón ni bencina ni nada parecido. Muchos inventores se han roto la cabeza pensando en la forma de fabricar un Perpetumóvil de éstos. Pero no han conseguido dar con ella. Si llamamos Perpetumóvil a nuestro invento, todo el mundo sabrá que hemos solucionado este problema. ¿Qué opinas?

—Si es así —dijo Jim muy serio—, estoy de acuerdo contigo, lo mejor será llamarlo Perpetumóvil.

—Bien —asintió Lucas, sonriendo—, este asunto está solucionado. Pero ahora tengo que hacer otra prueba muy especial con nuestro Perpetumóvil. En realidad la más importante. ¡Agárrate, Jim! ¡Empiezo!

Al pronunciar estas palabras, Lucas enderezó el mástil de forma que quedó en posición vertical. Los trozos de hierro colgaban del travesaño directamente sobre la locomotora. Lucas tiró de la cuerda de la derecha.

¡Sucedió algo asombroso!

Al principio lentamente, luego cada vez con mayor rapidez, la pesada Emma se levantó por encima del agua y quedó suspendida levantándose sobre las olas, un metro, dos, tres... Subía como un ascensor. Jim, por el susto se agarró fuertemente a su amigo que era muy grande y con los ojos muy abiertos por el asombro miró hacia abajo, hacia el mar.

Lucas también estaba sorprendido. Al comenzar esta prueba, él mismo había tenido dudas acerca del resultado. Pero ahora ya no se podía dudar. El Perpetumóvil

era capaz, no sólo de avanzar por sí mismo sino de levantarse en el aire.

—Éste es un momento memorable —murmuró Lucas solemnemente.

—Sí —respondió Jim—, yo también lo creo así.

Cuando habían volado ya unos veinte metros sobre la superficie del mar, un fuerte golpe de viento dio en el Perpetumóvil y lo arrastró porque como la locomotora ya no tenía un suelo firme bajo sus ruedas y flotaba en el aire, se hallaba a merced de los vientos igual que un barco lo está de las corrientes marinas.

Lucas intentó pilotar. Incluyó un poco el mástil hacia la derecha y el Perpetumóvil sintió en seguida la fuerza de atracción y volvió a su sitio. Pero Emma subía siempre más alto. Estaban ya a unos cincuenta metros de altura. Jim no se atrevía a mirar hacia abajo porque hubiera tenido vértigo.

Lucas, después de su feliz experimento de pilotaje se había vuelto más atrevido y empezó a describir grandes círculos y curvas en el aire con el Perpetumóvil, moviendo el mástil una vez hacia aquí, otra hacia allá. Cuando ya le había zarandeado bastante, la velocidad aumentó extraordinariamente y Emma siguió la dirección fijada. Pero la locomotora dejó de remontarse. A ratos Lucas la hacía bajar como si fuera un planeador. Debido a esos movimientos frenéticos Jim empezó a sentir una sensación muy rara en el estómago y la pobre Emma estaba medio atontada. Se había acostumbrado ya bastante bien a nadar, pero que ahora tuviera que volar como un pájaro, no parecía compatible con la dignidad de una locomotora honorable.

Por fin, Lucas dirigió el Perpetumóvil hacia la superficie del mar. Mediante unas maniobras muy hábiles pudo frenar la velocidad vertiginosa que llevaba y hacerlo posar sobre el agua. La espuma cubrió la proa de Emma como cuando la nieve cubre a una máquina quitanieves.

Entonces desconectó el imán y remó hacia las rocas de hierro, de las que se habían alejado bastante.

—La pequeña princesa de los mares no ha vuelto todavía —dijo Jim cuando hubieron llegado al punto de partida—, las riendas de las morsas están en el mismo sitio en que las dejamos.

—Lo había imaginado —gruñó Lucas—, los habitantes del mar tienen una noción muy especial del tiempo.

—Pero nosotros no podemos estar aquí cien años esperando —exclamó Jim, preocupado—, tenemos que ir a buscar al señor Tur Tur.

—¡Claro! —afirmó Lucas—, y no esperaremos mucho tiempo; hoy mismo saldremos en su busca. Iremos por el aire, en nuestro Perpetumóvil.

—¡Oh, sí! —exclamó Jim, ilusionado—; ahora podremos volar tranquilamente por encima de la montaña «La Corona del Mundo».

—¡Exacto! —dijo Lucas y fumó con aire resuelto—; además, de esa forma el

viaje será muy rápido.

—En realidad, con el rodeo que hemos dado y la reparación no hemos perdido mucho tiempo —afirmó Jim.

—Al contrario —contestó Lucas—, no hubiéramos podido hacer nada mejor para llegar más aprisa a nuestra meta.

—Pero —añadió Jim—, ¿qué dirá la princesa de los mares si ha encontrado un guarda para el gran imán y vuelve aquí con él y nosotros no estamos?

—Sí —murmuró Lucas, pensativo—, tienes razón. Le tendríamos que dejar un aviso.

—¿Y qué haremos con Molly? —preguntó Jim—, ¿tendremos que hacer con ella otro Perpetumóvil?

—No es posible —dijo Lucas—, en el aire se atraerían entre sí y chocarían. Sería demasiado peligroso.

—Es verdad —opinó Jim después de haberlo pensado un rato—; quizá sea mejor dejar a Molly aquí y recogerla a la vuelta. ¿No te parece?

Lucas asintió.

—Me parece que realmente eso es lo mejor. Buscaremos para ella un lugar protegido del viento y para que no le suceda nada malo la ataremos. Para ello utilizaremos las riendas de las morsas. Si durante nuestra ausencia la pequeña sirena vuelve, buscará las riendas, encontrará a Molly y pensará que volveremos pronto a recogerla.

—Bien —dijo Jim—, yo también creo que no le puede suceder nada si la dejamos aquí.

Empujaron, pues, a la pequeña locomotora hacia un lugar resguardado del viento. Había por allí una cueva pequeña en la que cabía perfectamente. Jim le hizo un collar con las riendas de las morsas y lo aseguró con siete nudos a un clavo de hierro que clavó en la cueva.

—Bien, muchacho —dijo Lucas—, ahora ni siquiera un terremoto podría sacar a Molly de su escondrijo. Pero me ha entrado un hambre feroz. Antes de ponernos en marcha tenemos que comer para almacenar fuerzas. Ya empiezo a pensar en la verdura tan buena que comeremos esta noche en casa del señor Tur Tur.

—¿Pero tú crees —preguntó Jim—, que esta noche estaremos allí?

—Es posible —respondió Lucas—, además, con nuestro Perpetumóvil, la cosa no es difícil.

Fueron a buscar la bolsa con las provisiones de la señora Quéé y se las comieron todas, hasta la última miga.

Es universalmente sabido que el apetito aumenta desmesuradamente cuando se hacen inventos importantes. Si alguien no lo cree así, lo puede probar.

Capítulo 12

EN EL QUE EL PERPETUMÓVIL ESTÁ A PUNTO DE ESTRELLARSE CONTRA «LA CORONA DEL MUNDO»

Jim se despidió de Molly y luego los dos amigos se subieron al tejado de Emma y remaron un buen rato mar adentro, antes de que Lucas izara el mástil y colocara los imanes. El Perpetumóvil se separó ligera y silenciosamente de las olas y empezó a flotar hacia lo alto. Cuando hubieron alcanzado los cien metros, Lucas colocó el mástil en diagonal hacia adelante, la locomotora dejó de subir y empezó a volar avanzando. Pronto las rocas magnéticas no fueron más que un punto en el horizonte. Luego desaparecieron de la vista de los dos amigos.

El cielo seguía cubierto de nubes.

—Lo más importante —dijo Lucas al cabo de un rato—, es averiguar en qué dirección tenemos que volar.

—Sí —contestó Jim—, ¿cómo lo haremos? El mar es completamente igual por todos lados.

—Lo podremos saber al levantarse el sol —aclaró Lucas.

Jim contempló el cielo, pero a través de las nubes sólo se filtraba una luz mortecina y era completamente imposible saber dónde estaba el sol.

—Tendremos que volar por encima de las nubes —dijo Lucas—. Pero podremos estar muy poco rato allá arriba, porque a tanta altura el aire está tan enrarecido que casi no se puede respirar. ¡Agárrate, Jim!

Al decir estas palabras, Lucas volvió a levantar el mástil de forma que quedó casi en posición vertical. Emma saltó hacia arriba. Las enormes masas de nubes se acercaron más y más. Jim las miraba con cierto miedo porque el cielo parecía una inmensa cordillera con picos nevados, que estuviera colocada al revés.

—¿Tú crees —preguntó preocupado—, que no nos pasará nada, cuando choquemos con eso?

—Nada absolutamente —le tranquilizó Lucas—, todo lo más que cuando volemos a través de las nubes de lluvia, las encontraremos un poco húmedas. ¡Atención, ya estamos!

Habían alcanzado la parte inferior de las nubes y cuando se remontaron un poco más se encontraron de pronto metidos en una niebla impenetrable. Parecía que estuvieran en un enorme lavadero a vapor, pero no caliente, sino fresco y húmedo.

Volaron así largo rato sin que pudieran saber en realidad si avanzaban o no. De

pronto la niebla se despejó y el Perpetumóvil se encontró volando sobre un paisaje de nubes blancas y deslumbrantes, en un brillante cielo azul en el que el sol lucía con una limpidez y magnificencia indescriptibles.

Sin poder pronunciar palabra, Jim paseó la mirada sobre el maravilloso panorama de nubes que tenía a sus pies. En mares que parecían de leche había montañas nevadas; sobre éstas se erguían castillos y torres que parecían de azúcar en polvo. Les rodeaban jardines y bosques en los que todos los árboles y arbustos parecían de plumas de las más finas y blancas. Todo se movía continuamente y con lentitud y las formas iban cambiando. Lo que un momento antes parecía el almohadón de un gigante, se transformaba en un gran tulipán blanco; lo que semejaba a un puente de alabastro entre dos picos de una montaña, se convertía en una lancha que se deslizaba por un mar cubierto de espuma; donde se veía una cueva misteriosa se levantaba, un momento más tarde, un gigantesco surtidor que parecía de hielo y nieve.

Lucas encontró el rumbo estudiando la situación del sol. Entonces hizo descender de nuevo a Emma, porque arriba el aire estaba tan enrarecido que no era posible soportarlo mucho rato.

Cuando hubieron volado durante un rato por encima de la superficie del mar, descubrieron delante de ellos en el horizonte, un claro. Allí terminaba, por fin, la espesa cortina de nubes y el sol brillaba sobre el mar. Pero, en el límite entre el buen y el mal tiempo, allí donde se encontraba la última nube, aparecía sobre las olas un brillante arco iris.

En silencio y majestuosamente se acercó el Perpetumóvil con sus dos pasajeros a este maravilloso arco de colores y de luz y lo cruzó tan cerca de sus paredes, que Jim pudo hundir su mano en el resplandor y la luminosidad. Pero, naturalmente, no sintió nada, porque ni la luz ni el color se pueden coger, a menos que uno sea también de luz y de color.

Dejaron el arco iris detrás y entraron en el buen tiempo. El sol descendía lentamente hacia el horizonte y le envolvía una delicada faja de cielo rojizo. Jim descubrió un pedazo de costa. Poco tiempo después volaban por encima de ella y Lucas hizo que Emma bajara un poco para estudiar de qué tierra se trataba.

Jim se echó sobre el tejado de la cabina para ver mejor. Lo que vio le pareció familiar: pequeños riachuelos corrían por los campos y los cruzaban graciosos puentes con extraños tejados en punta. Había árboles de las especies más variadas y todos ellos tenían algo en común; eran transparentes como si fuesen de cristal de colores. A lo lejos, sobre el horizonte, se levantaba una montaña enorme con incontables picos, todos ellos con estrías rojas y blancas. No había ninguna duda acerca del país sobre el cual volaban.

Jim se levantó y dijo:

—¡Es China!

Lucas asintió satisfecho.

—Lo había imaginado. Estamos en el buen camino para llegar a casa del señor Tur Tur.

—¡Mira! —exclamó Jim, señalando hacia abajo un lugar en la tierra donde todo brillaba y relucía—, allí están los tejados de oro de Ping. ¡Oh, Lucas, bajemos para darles los buenos días al emperador y a Ping Pong!

Pero Lucas sacudió muy serio la cabeza.

—Es mejor que no, Jim. Imagínate por un momento que nos acercáramos a la ciudad con nuestros imanes. Todo lo que es de hierro sería atraído y vendría hacia nosotros. No; por esta vez tenemos que renunciar a la visita. Me parece que lo mejor será que nos remontemos algo más por precaución para que no suceda nada. Lucas levantó hacia lo alto el mástil con los imanes. La locomotora empezó a subir siempre más alto. Ping, la capital de China, al pasar ellos por encima parecía una ciudad de juguete.

Entretanto, el sol se había puesto y la oscuridad empezaba a envolver la tierra cuando los viajeros alcanzaron el enorme monte «La Corona del Mundo».

—Me pregunto —dijo Lucas mientras se acercaba a él y parecían una mosca junto a las murallas de una ciudad—, si es mejor que nos arriesguemos a cruzar hoy la montaña o si es mejor que aterricemos y sigamos el vuelo mañana a la luz del día. Se está haciendo de noche.

—Sí —opinó Jim—, pero ya falta muy poco y en seguida estaremos al otro lado.

—Bueno —dijo Lucas, y levantó el mástil hacia arriba. La locomotora empezó en seguida a subir, siempre más alto. La pared de la montaña estaba muy cerca de ellos, envuelta en la oscuridad. La luna no había salido todavía.

Lucas se echó la gorra hacia atrás y miró hacia las cumbres. Por encima de ellas se veía el cielo negro en el que brillaban las estrellas.

—¡Rayos! —murmuró muy bajo—, esperemos que todo vaya bien. Según mis cálculos, hemos alcanzado ya la altura de las nubes.

La locomotora subió y subió. A cada momento se notaba cómo el aire se iba enrareciendo más. Jim tenía que tragar para que desapareciera la presión en sus oídos. Los dos amigos ya no podían distinguir a qué distancia estaba la Tierra.

Por fin alcanzaron la altura de la primera hilera de picos. Lucas inclinó el mástil hacia adelante. La locomotora dejó de subir y empezó a avanzar. Volaba en medio de un silencio total por encima de las majestuosas cumbres que se perdían en la oscuridad.

—¡Atención! —gritó de pronto Jim, porque delante de ellos apareció súbitamente una segunda cadena de montañas cuyas cumbres eran bastante más altas que las primeras. Pero Lucas también había advertido el peligro de un choque y había levantado el mástil. Emma subió como una flecha, pocos metros antes de llegar a la

pared de piedra. ¡Pocos segundos más tarde se hubiesen estrellado contra la montaña!

Jim sintió que poco a poco le invadía una gran debilidad. Sus piernas y sus brazos le temblaban y empezó a jadear como si acabara de correr una carrera de resistencia.

Pero habían cruzado la segunda cadena de montañas y ya se distinguía fácilmente a la clara luz de las estrellas, la tercera. Los picos sobrepasaban en altura a los anteriores.

Lucas también tenía que respirar siempre más aprisa. El aire estaba tan enrarecido que casi no bastaba.

—¿No podríamos... —jadeó Jim—, meternos en la cámara y... tapar todas las rendijas...?

—No —respondió Lucas, tristemente—, no serviría de nada. Ahora hay que hacer otra maniobra para no chocar contra la montaña. Pero tú, si quieres, puedes meterte dentro. Yo ya me las arreglaré solo Jim.

—No —dijo Jim; me quedo contigo...

Habían sobrevolado la tercera cadena de montañas y se acercaban a la cuarta, cuya altura debía de ser como el doble de la primera. Por suerte las estrellas eran muy grandes y brillantes de forma que se distinguían muy bien los picos. Lucas —gimió Jim—, volvamos atrás. No la podremos cruzar.

—Lo mismo da ir hacia adelante que volver atrás. Estamos ya a mitad de camino —afirmó Lucas.

Brillantes anillos rojos y puntos de fuego bailaban delante de los ojos de Jim. Le silbaban los oídos y la sangre le golpeaba las sienes. Lucas también empezó a sentir que le fallaban las fuerzas. Sus brazos se volvieron débiles como los de un niño de pecho. El mástil se le escapó de las manos y se dobló hacia adelante...

En el mismo momento el Perpetumóvil saltó por encima de la cadena de montañas más alta.

En conjunto había siete cadenas de montañas, una después de otra, pero la cuarta, la que estaba en el centro, era la más alta. La quinta volvía a ser más baja, la sexta todavía más y la séptima volvía a tener la altura de la primera.

Esto fue lo que salvó a los dos amigos, porque pudieron hacer bajar lentamente a la locomotora hacia zonas donde había más aire y poco a poco respiraron mejor.

Detrás de la última cadena, esto lo sabían por su viaje anterior, comenzaba el desierto «El Fin del Mundo», tan llano como una tabla. No tenía que ser difícil aterrizar en él. Por otra parte, Lucas había llevado tanto tiempo el Perpetumóvil que consiguió hacerlo posar tranquilamente y sin peligro en la arena del desierto. La locomotora rodó unos metros y se detuvo.

—Bien, muchacho —dijo Lucas—, ya estamos.

—¡Estupendo! —respondió Jim, y suspiró aliviado.

—Y con esto —añadió Lucas, y se estiró de forma que le crujieron las

articulaciones—, me parece que ya hemos hecho bastante por hoy.

—A mí también me lo parece —dijo Jim.

Se metieron, pues, en la cabina, se envolvieron en las mantas, bostezaron pero a la mitad del bostezo estaban ya completamente dormidos. Estaban cansadísimos. Y es comprensible.

Capítulo 13

EN EL QUE ALGUIEN CONFUNDE A LOS DOS AMIGOS CON UN ESPEJISMO

Al día siguiente, Lucas y Jim se levantaron muy temprano. Querían llegar al oasis del señor Tur Tur antes de la salida del sol. Temían que cuando empezara a hacer calor volvieran a aparecer los extraños espejismos. Jim recordó, con cierto malestar, que en el viaje anterior por el desierto estos fenómenos de la naturaleza les habían confundido tanto, que después de muchas horas de viaje se volvieron a encontrar sobre sus mismas huellas. No, sería mucho mejor llegar antes de la hora de los grandes calores a la segura casita del gigante-aparente.

Además, los estómagos de los dos amigos empezaban a hacer ruidos extraños. La noche anterior también se habían acostado sin cenar.

—Hace ya mucho tiempo —dijo Lucas, mientras se sentaban en el tejado de la locomotora y él cogía las cuerdas que colgaban del travesaño de los imanes—, hace ya mucho tiempo que no hemos comido nada. Tengo tanto apetito que sería capaz de comerme la visera de mi gorra.

Jim, soñoliento, asintió:

—Sí, pero yo preferiría un panecillo —murmuró.

—Yo también —respondió Lucas, divertido—, apuesto a que dentro de media hora tendremos un montón de ellos delante de nosotros sobre la mesa del señor Tur Tur.

Tiró de la cuerda de la derecha, el Perpetumóvil se elevó dulcemente en el aire y voló a poca altura, pero a velocidad creciente, hacia el interior del desierto.

La tierra aparecía desnuda y uniforme ante los ojos de los viajeros, pero en el cielo brillaba el amanecer con los colores más hermosos, que de minuto en minuto se multiplicaban y se volvían más maravillosos. Pero en esta ocasión los dos amigos no sentían ningún interés especial por las bellezas del cielo del desierto; sólo vigilaban con gran atención para descubrir el oasis y la casita del señor Tur Tur. Necesitaban encontrarlo, antes de que el sol estuviera muy alto y el calor hiciera centellear y reflejar el aire como un espejo.

Como Lucas no sabía exactamente en qué lugar estaba el oasis (la vez anterior fue el mismo gigante-aparente el que les indicó el camino), hizo volar el Perpetumóvil en un gran zigzag por encima del desierto. Había creído que la cosa era mucho más sencilla de lo que era en realidad, porque ni una vez asomó en el horizonte la rama de una palmera y mucho menos el tejado de una casa, ni un estanque con un surtidor.

—Si el señor Tur Tur está paseando por algún sitio —dijo Lucas para tranquilizar a Jim—, seguro que lo veremos, porque al fin y al cabo es un gigante-aparente.

En aquel momento el sol se levantó sobre el horizonte e inundó el desierto con sus rayos brillantes y abrasadores. Los dos amigos tuvieron que proteger sus ojos con las manos, porque aquella luz centelleante les cegaba.

—Ahora ya no nos queda mucho tiempo —dijo Lucas—; pronto empezarán los espejismos y entonces no tendrá objeto seguir buscando. Pero mientras el paisaje esté libre haré que el Perpetumóvil suba más alto. Desde arriba dominaremos mejor el desierto.

Volvió a poner el mástil en posición vertical, la locomotora dejó de avanzar en zigzag y se elevó. Los dos amigos miraron con toda atención por todo el horizonte.

—¡Allá! —exclamó de pronto Jim—. ¡Ya lo tengo! Es el señor Tur Tur.

A lo lejos, borrosa y poco clara, se veía una figura humana increíblemente grande. Parecía estar sentada en el suelo de espaldas a los dos amigos. Lucas volvió a poner el mástil magnético hacia delante y el Perpetumóvil, con velocidad creciente, se lanzó sobre su presa. Al acercarse, la gigantesca figura se fue haciendo más pequeña pero más clara. Entonces pudieron ver que el señor Tur Tur había apoyado los brazos sobre sus rodillas y escondía la cara entre las manos, como lo hacen las personas cuando están muy tristes.

—¿Crees que está llorando? —preguntó Jim, asustado.

—Jim —gruñó Lucas—, no lo sé.

Emma se acercó a una velocidad increíble al gigante-aparente que estaba sentado en el suelo, y a medida que se acercaba, más pequeño parecía. Por fin pareció del tamaño de la torre de una iglesia, luego de una casa, de un árbol y por última pareció un hombre normal.

Lucas hizo posar dulcemente a Emma sobre la arena, detrás del gigante-aparente. Cuando las ruedas se hundieron en la arena se oyó un crujido.

En aquel momento, el señor Tur Tur dio un salto como si le hubiera picado una avispa. Estaba pálido como un muerto y tenía la cara descompuesta, y sin mirar siquiera a quién o a qué cosa tenía delante, cayó de rodillas y, con su voz trémula y fina, exclamó:

—Oh, ¿por qué me persigues? ¿Qué es lo que te he hecho para que no sólo me desposeas de mi casa y de mi fuente, monstruo cruel, sino para que me persigas hasta aquí?

Se tapó la cara con las manos y todo su cuerpo empezó a temblar de miedo.

Lucas y Jim se miraron.

—Hola —gritó Lucas, bajando del tejado de la locomotora—, ¿qué le pasa, señor Tur Tur? Nosotros no somos ningún monstruo y tampoco pensamos devorarlo.

Riendo añadió:

—Damos por descontado que nos ofrecerá usted un magnífico desayuno.

—Señor Tur Tur —dijo Jim—, ¿no nos reconoce? Somos Lucas y Jim Botón.

Lentamente el gigante-aparente bajó las manos y se fijó en los dos amigos, como hipnotizado.

Al cabo de un momento, sacudió la cabeza y murmuró:

—No, no, no es posible. No sois más que un espejismo. No me dejaré engañar.

Lucas le tendió su negra mano y dijo:

—Deme la mano, señor Tur Tur y entonces se dará cuenta de que somos realmente nosotros. Un espejismo no puede darle la mano a nadie.

—Imposible —exclamó el gigante-aparente—, los únicos amigos verdaderos que tengo, Jim Botón y Lucas el maquinista, están lejos, muy lejos de aquí y no podrán volver nunca más porque el «Valle del Crepúsculo» se ha derrumbado y por tanto no existe otro camino para llegar a este desierto.

—Para nosotros, sí —exclamó entonces Jim—, por el aire.

—Claro —asintió el gigante-aparente, apenado—, por el aire porque sois un espejismo.

—¡Rayos y truenos! —gritó Lucas, sonriendo—, si usted no me quiere dar la mano para que le pueda demostrar que somos nosotros mismos, se lo tendré que probar de otra forma. ¡Perdóneme, señor Tur Tur!

Cogió al gigante-aparente, lo levantó y lo puso en pie sobre sus dos delgadas piernas.

—Bien —dijo después—, ¿lo cree usted ahora?

Durante un buen rato el gigante-aparente no pudo articular palabra; luego su cara preocupada se empezó a aclarar.

—¡Es cierto! —susurró—. ¡Es cierto, sois vosotros!

Y abrazó a Lucas y a Jim.

—¿Sabe usted qué haremos? —dijo por fin Lucas—; ante todo iremos a su casa, señor Tur Tur, para desayunar. Tenemos lo que se dice un hambre de maquinista. No sé si comprenderá usted lo que es eso.

La cara del gigante-aparente se ensombreció.

Suspiró profundamente.

—No os podéis imaginar la alegría con que os llevaría a mi casa en el oasis, amigos, y con cuanto placer os prepararía el desayuno más apetitoso que hayáis probado jamás. Pero es imposible.

—¿Es que ya no existe la casa? —preguntó Jim, confuso.

—Sí —le aseguró el señor Tur Tur—, por lo que he podido comprobar desde lejos, la casa se conserva intacta. Pero, claro está, no me he atrevido a acercarme a ella desde hace unos días. Sólo una vez, por la noche, para llenar mi botella de agua, porque si no, me hubiese muerto de sed. Pero entonces él dormía.

—¿Quién? —preguntó Jim, asombrado.

—El ogro, que ha ocupado mi casa. He huido al desierto para escapar de él.

—¿Qué clase de ogro es? —exclamó Lucas.

—Es un monstruo grisáceo, de aspecto horrible, con una boca gigantesca y con una cola muy larga. De su boca sale humo y fuego, hace un ruido espantoso y tiene una voz asquerosa.

Jim y Lucas se dieron una mirada de asombro.

—Así lo creo —asintió Jim.

—Es posible —siguió diciendo el gigante-aparente—, que a esa clase de monstruos se les llame dragones. Vosotros lo sabéis mejor que yo porque habéis tenido tratos con esos seres, ¿no es cierto?

—Sí —dijo Lucas—, y tenemos práctica con esas bestias. Venga, querido señor Tur Tur, nos dirigiremos a su oasis y veremos cómo es su visitante.

—Ni pensarlo —exclamó el gigante-aparente, aterrorizado—; jamás me acercaré a un monstruo tan peligroso.

Los dos amigos tardaron un buen rato en convencer al gigante-aparente de que sin su guía y su conocimiento del lugar no podrían encontrar el oasis y la casita y porque además habían, entretanto, empezado algunos espejismos. No eran muy importantes, sólo se veía a un camello deslizándose con esquí sobre la arena del desierto y, a lo lejos, dos chimeneas de fábrica que se movían vacilantes de aquí para allá, suspendidas en el aire, como si estuvieran esperando la base que les faltaba. Este trajín de los extraños espejismos en el aire se volvía cada vez más intenso y entonces no habría posibilidad de orientarse.

El señor Tur Tur venció su miedo cuando los dos amigos le prometieron que le protegerían.

Subieron los tres al tejado de Emma y se pusieron en marcha. Lucas renunció a su idea de hacer volar la locomotora para no asustar ya más al gigante-aparente. La condujo por medio de los imanes, de tal forma que rodó, como todas las locomotoras normales lo hacen, sobre sus ruedas. El señor Tur Tur estaba demasiado excitado para darse cuenta de que esta vez una fuerza muy distinta de la del vapor y del fuego era la que hacía que Emma avanzara.

Capítulo 14

EN EL QUE JIM Y LUCAS SALVAN A DOS AMIGOS DE DOS MONSTRUOS

Cuando por fin apareció a lo lejos el oasis con su pequeño de palmeras y la casita, Lucas detuvo el Perpetumóvil y preguntó:

—¿Hay en su casa algo que sea de hierro, señor Tur Tur?

El gigante-aparente meditó.

—Sí —respondió—, hay un par de cosas que son de hierro, aunque la mayor parte de los objetos los he hecho yo mismo con madera o piedra. Pero el puchero, por ejemplo, y el cuchillo de cocina...

—Bien —le interrumpió Lucas—, entonces por precaución no nos acercaremos más, si no, organizaríamos un buen lío.

—¿Por qué? —preguntó el gigante-aparente.

—Se lo explicaremos luego —dijo Lucas—. Lo mejor será que se quede usted ahora aquí con Emma. Jim y yo nos dirigiremos a pie hacia la casa y estudiaremos el lugar.

—¡Oh! —exclamó el gigante-aparente, aterrorizado—, ¿me quedará completamente solo? ¿Y si viene el monstruo? Me habéis prometido que me protegeríais.

—Se puede usted esconder en el ténder del carbón —dijo Lucas, amistosamente.

Así fue cómo el gigante-aparente se metió en el ténder de Emma, encogiéndose todo lo que pudo. Los dos amigos se dirigieron hacia la casita blanca con persianas azules, situada a la sombra de las palmeras y de los árboles frutales, y que parecía invitarles a entrar.

Primero se deslizaron hasta una de las ventanas y espionaron con cuidado el interior. No se veía nada que se pudiera parecer, ni remotamente, a un dragón o a un monstruo. De puntillas dieron la vuelta a la casa y miraron por la otra ventana en la pequeña cocina. Allí tampoco descubrieron nada sospechoso. Es decir, no lo descubrieron la primera vez que miraron. Pero cuando Jim volvió a mirar...

—Lucas —cuchicheó—, ¿qué es aquello?

—¿Qué?

—Por debajo del sofá asoma algo. Me parece la punta de una cola.

—Exactamente —gruñó Lucas—; tienes razón.

—¿Qué hacemos? —preguntó Jim.

Lucas meditó.

—Seguramente el monstruo debe de estar durmiendo. Le sorprenderemos antes de que se despierte.

—A la orden —musitó Jim, y en su interior deseó que el monstruo estuviera profundamente dormido y que de ningún modo despertara antes de que le pudieran atar fuertemente todos los miembros.

Los dos amigos rodearon la esquina de la casa y llegaron a la puerta, que estaba un poco abierta. Rápidamente, y en silencio, cruzaron la primera habitación y llegaron a la cocina. A sus pies estaba la punta de la cola que salía debajo del sofá.

—¡A la una, a las dos, a las tres! —le susurró Lucas a su amigo. Los dos se inclinaron preparados para coger lo que saliera.

—¡Atención! —murmuró Lucas—, ¡uno-dos-tres!

Los dos agarraron al mismo tiempo la cola y estiraron con todas sus fuerzas.

—¡Ríndete! —gritó Lucas, lo más fuerte que pudo—, ríndete o estás perdido, quienquiera que seas.

—¡Auxilio! —Desde debajo del sofá se oyó una voz extraña que parecía el gruñido de un cerdo—. ¡Piedad! ¡Soy un miserable gusano, un miserable gusano!

¿Por qué me persiguen todos? ¡Por favor, horrible gigante, por favor, no me hagas nada!

Jim y Lucas dejaron de tirar de la cola y se miraron pasmados. ¡La voz les era conocida! Era la misma que en otra ocasión habían oído en el pequeño volcán apagado —era la voz del medio dragón Nepomuk.

—Hola —exclamó Jim, y se inclinó para mirar debajo del sofá—. ¿Quién hay? ¿Quién es el que acaba de decir «pobre gusano»?

—¡Rayos! —añadió Lucas, riendo—, ¿no será ese pobre gusano nuestro amigo Nepomuk?

—Oh —la asustada voz de cochinillo salió de debajo del sofá—, ¿cómo es que tú, horrible gigante, conoces mi nombre? ¿Y por qué hablas con dos voces distintas?

—Porque no somos gigantes —respondió Lucas—; somos tus amigos, Jim Botón y Lucas el maquinista.

—¿Es posible? —preguntó la voz de cochinillo, desconfiada—, ¿no será sólo una treta del gigante para hacerme salir de mi escondrijo? Sabed, que si es una trampa, no pienso caer en ella. Me tenéis que decir la verdad, si sois vosotros y no me engañáis.

—Lo somos realmente —exclamó Jim—, ¡sal de ahí, Nepomuk!

Entonces, por debajo del sofá apareció primero una gran cabeza que recordaba vagamente a un hipopótamo, pero con motas verdes y azules, una cabeza con dos ojos redondos como dos bolas que miraban inquisitivos a Lucas y a Jim. Cuando Nepomuk se hubo convencido de que los que estaban delante de él eran verdaderamente los dos maquinistas, abrió su gran boca en una sonrisa sorprendida y alegre. Salió arrastrándose de debajo del sofá, se plantó con las piernas abiertas

delante de los dos amigos, apoyó los bracitos en su costado y con débil vocecilla pió:

—¡Viva! ¡Estoy salvado! ¿Dónde está ese miserable gigante? Entre todos le vamos a hacer papilla.

—Despacio, despacio —dijo Lucas—, el gigante está cerca.

—¡Auxilio! —gritó Nepomuk, y se volvió a meter debajo del sofá. Pero Lucas le agarró y preguntó:

—¿Qué quieres hacer debajo del sofá, Nepomuk?

—Esconderme. El gigante es tan gigantesco que no cabe aquí debajo. No pasa por la puerta y mucho menos por debajo del sofá. ¡Suéltame!

—Pero —dijo Jim—, esta casa le pertenece. Vive aquí.

—¿A quién pertenece? —preguntó Nepomuk, asustado.

—Al señor Tur Tur, el gigante-aparente —le explicó Jim.

Nepomuk palideció todo lo que le fue posible. Sus motitas azules y amarillas se volvieron azul cielo y amarillo claro.

—¡Ay, pobre de mí! —gritó, completamente fuera de sí—; pero ¿por qué... por qué no me ha... cómo es que no me ha cogido?

—Porque te tenía miedo —respondió Lucas.

Los ojos de Nepomuk se volvieron redondos por el asombro y centellearon.

—¿Miedo de mí? —preguntó sin poderlo creer—. ¿Es cierto? ¿El gran gigante horroroso tenía miedo de mí? ¿Ha creído que yo era un dragón peligroso y malvado?

—Sí —respondió Jim—; lo ha creído.

—Me parece —dijo Nepomuk—, que este gigante es un hombre muy simpático. Le podríais saludar cariñosamente de mi parte y decirle que me gustaría mucho ver cómo se asusta de mí. Hasta ahora eso no me ha ocurrido nunca y para un pequeño dragón es una cosa muy seria.

—Un pequeño dragón, no; un medio dragón —le corrigió Jim.

—Sí, sí —concedió Nepomuk—, pero eso no se lo digáis ahora al gigante.

—Bien —opinó Lucas—, pero si no le decimos al señor Tur Tur que tú no eres en realidad un dragón peligroso y malvado sino un medio dragón simpático y dispuesto siempre a ayudar, saldrá corriendo y no te lo podremos presentar.

Nepomuk se rascó pensativo la cabeza.

—¡Qué lástima! —murmuró decepcionado—, me hubiera gustado mucho encontrarme aunque sólo una vez con alguien que hubiera temblado de terror al verme. Hubiese sido un encuentro muy curioso. Pero si vosotros creéis que no es posible... decidle al gigante la verdad. Pero entonces no me dará importancia.

—Al contrario —le aseguró Lucas—, se alegrará mucho, pues no es un gigante verdadero sino un gigante-aparente.

—¿Lo dices en serio? —preguntó Nepomuk esperanzado—. ¿Y, qué es un gigante-aparente?

Y se pusieron en camino hacia la locomotora mientras los dos amigos explicaban al medio dragón la curiosa naturaleza del señor Tur Tur. Cuando llegaron junto a Emma, Lucas exclamó:

—Salga tranquilamente del ténder, señor Tur Tur. Ya no hay motivo para que tenga miedo.

—¿De verdad? —se oyó la débil voz del gigante-aparente—. ¿Habéis podido vencer tan rápidamente al horrible y peligroso monstruo?

—¿Estáis oyendo? —susurró Nepomuk—, ¡está hablando de mí!

—No le hemos derrotado —le contestó Lucas—, porque no ha sido necesario. El monstruo es en realidad un buen amigo nuestro. Se llama Nepomuk y es un medio dragón y ya en una ocasión nos prestó grandes servicios.

—Sí —añadió Jim—, y es muy simpático.

Nepomuk bajó los ojos avergonzado y se balanceó sobre las patas. No se trataba sólo de modestia porque para un dragón es una verdadera deshonra no tener ninguna cualidad mala.

—Pero si es tan simpático —se volvió a oír desde el interior del ténder la voz gigante-aparente—, ¿por qué ha ocupado mi casa y me ha echado de ella?

—Sólo tenía miedo de usted, señor Tur Tur —respondió Lucas—. Quería esconderse para que usted no le encontrara.

Entonces asomó por encima del ténder la cara del gigante-aparente.

—¿Lo dice en serio? —preguntó mirándole muy apenado—, ¿tenía miedo de mí? ¡Oh, lo siento muchísimo! ¿Dónde está el pobre Nepomuk? Quisiera excusarme con él.

—Soy yo —dijo Nepomuk.

El señor Tur Tur salió del ténder y estrechó cordialmente la garra al medio dragón.

—¡Perdóneme, querido amigo —exclamó—, por haberle asustado! Estoy desolado.

—No tiene importancia —respondió Nepomuk sonriendo con su boca gigantesca—, y le agradezco muchísimo, señor gigante-aparente, que se haya asustado al verme. ¡Me ha dado una alegría enorme!

—Ahora —dijo Lucas—, le tenemos que explicar, señor Tur Tur, porque hemos venido. Pero antes de empezar...

—Antes de empezar —le interrumpió el gigante-aparente—, desayunaremos todos juntos. Ruego a mis queridos y respetados huéspedes que me sigan hasta la casa.

—¡Con mucho gusto! —dijeron a la vez Jim y Lucas. Pusieron a Nepomuk en medio y, los tres del brazo, caminaron detrás del gigante-aparente. Desgraciadamente la buena y vieja Emma se tuvo que quedar donde estaba. Pero se armó de paciencia y

se dispuso a pasar el rato dormitando.

Capítulo 15

EN EL QUE LUCAS Y JIM ENCUENTRAN UN GUARDA PARA LAS ROCAS DEL GRAN IMAN DE GURUMUCH

Cuando los cuatro estuvieron sentados alrededor de la mesa en casa del señor Tur Tur y estaban a punto de empezar el apetitoso desayuno que el gigante-aparente había preparado a toda prisa, Nepomuk preguntó de pronto:

—¿Qué comeré yo?

Sobre la mesa humeaba una gran cafetera llena de café de higos chumbos y había leche de coco y azúcar de uva y una fuente muy grande llena de pan de mono y de algarrobas y miel de cactus y mermelada de granada. Más allá había tortitas de dátiles, pastelillos fritos de plátano, rosquillas de piña, pastel de adormideras, castañas asadas y mantequilla de nueces. Con esta lista, mis lectores volverán a recordar que el señor Tur Tur sólo se alimentaba de plantas porque era un gran amigo de los animales. A las personas como él se las llama vegetarianas.

Todos estarán de acuerdo en que con semejante desayuno se les hacía la boca agua. Pero el pobre Nepomuk contemplaba apenado la mesa y estaba a punto de llorar. Prefería un gran recipiente de lava incandescente o por lo menos un cubo de alquitrán hirviendo. Pero en el oasis del señor Tur Tur no había alimentos de esta clase.

Jim y Lucas le explicaron al gigante-aparente lo que sucedía con la comida del medio dragón.

—¿Qué hacemos? —preguntó el señor Tur Tur muy apenado. No quería de ninguna forma parecer poco hospitalario, ¿pero dónde podía encontrar rápidamente una comida pasable para Nepomuk?

Por fin el medio dragón se tuvo que conformar con un gran caldero de arena del desierto frita. No era en realidad su manjar predilecto, pero era mejor que nada. Y su apetito era bastante considerable.

Después de haber comido y de que Nepomuk eructara varias veces de manera muy perceptible al tiempo que le salían dos nubes de humo rosadas por las orejas, el señor Tur Tur dijo:

—Y ahora, mis queridos amigos, decidme por favor a qué debo la alegría de vuestra visita.

—No —exclamó Nepomuk impertinente—, antes quiero contar mi historia.

Lucas y Jim se miraron divertidos. El pequeño medio dragón no había cambiado.

Se esforzaba, como antes, por comportarse de un modo grosero y descortés como un dragón de pura raza.

—Yo estaba... —empezó Nepomuk, pero el señor Tur Tur le interrumpió con cara muy seria:

—Ya que está usted con nosotros, querido Nepomuk, y no con sus semejantes, le ruego que se amolde a nuestras costumbres.

—¡Ya! —exclamó Nepomuk a media voz. Puso cara de ofendido, hizo el gesto de volver a hablar pero al fin mantuvo cerrada su boca desproporcionadamente grande.

—Bien —empezó Lucas después de haber encendido con calma su pipa y haber lanzado unas nubes de humo hacia el techo—, el asunto es el siguiente: en Lummerland necesitamos urgentemente un faro. Mi amigo Jim Botón tuvo la idea maravillosa de rogarle a usted que se prestase a desempeñar ese cargo tan importante en nuestro país. En todo el mundo no hay nadie capacitado para ello como usted, señor Tur Tur.

—¿Por qué? —preguntó el señor Tur Tur, sorprendido.

Lucas y Jim le explicaron cómo creían poder arreglar el asunto. La cara del gigante-aparente se iluminó y cuando los dos amigos le aseguraron que en la isla nadie le tendría miedo porque era imposible verle desde la distancia suficiente para que pareciera gigantesco, el simpático viejo saltó de su silla impulsado por la alegría y exclamó:

—¡Cuánto os lo agradezco, amigos míos! Mi mayor deseo se ha cumplido. No sólo voy a vivir en un país donde nadie me temerá, sino que además podré utilizar mi extraña característica para ser útil a los demás. ¡Oh, habéis hecho indeciblemente feliz a este viejo!

En los ojos del gigante-aparente brillaron unas lágrimas de alegría.

Lucas, como hacía siempre cuando estaba emocionado, sacó grandes nubes de humo de su pipa y gruñó:

—Me alegro mucho, señor Tur Tur, de que esté usted conforme. Nos será muy útil. Además se encontrará muy bien en Lummerland.

—Estoy de acuerdo —aseguró Jim. Estaba muy satisfecho porque la idea de hacer servir de faro al gigante-aparente había sido suya.

—¿Y qué pasa conmigo? —preguntó Nepomuk entrometiéndose. Durante todo el rato había puesto una cara muy ofendida pero como nadie le hacía caso, por fin se decidió a hablar.

—¿Por qué lo preguntas? —inquirió Jim—, ¿qué tenemos que hacer contigo?

—¿No podría ir yo también a Lummerland? —preguntó ansioso—. ¿No tenéis un pequeño volcán donde yo pueda vivir? Cada día haría temblar un poco la tierra y haría salir la cantidad de lava que quisierais. Ya veréis, será maravilloso. ¿Hecho?

Lucas y Jim se volvieron a mirar pero esta vez estaban más preocupados que

alegres. Recordaban que en una ocasión el medio dragón les había prestado un gran servicio y ahora hablaba sin mala intención.

—Querido Nepomuk —dijo Lucas, pensativo—, no creo que te gustará vivir con nosotros.

—¡Bah! —contestó el medio dragón y agitó su garra—, no os preocupéis, yo sabré componérmelas para estar cómodo.

—No tenemos ningún volcán —añadió rápidamente Jim—, ni siquiera uno muy pequeño.

—Y además —añadió Lucas—, disponemos de muy poco sitio. Lo tenemos muy justo para el señor Tur Tur y eso porque hemos añadido Nuevo Lummerland. Te tengo que decir honradamente, querido Nepomuk, que nos gustaría llevarte y que te estamos muy agradecidos, pero en Lummerland no encajarías.

—A mí también me lo parece —afirmó Jim muy serio. Nepomuk miró desconsolado durante un momento a los dos amigos, luego su gorda cara se torció en una mueca de profundo dolor. Hizo una inspiración profunda, abrió de tal forma su enorme boca que fue imposible ver nada más de su cuerpo y empezó a dar unos berridos tan fuertes que la misma Emma, la locomotora, hubiera sido incapaz de imitar. En medio de esos rugidos que partían el corazón, se podían adivinar algunas palabras que más o menos decían:

—Huuhuhu - pero yoo quieeroo - huhuhu - ir - convosootroos alummerhuhulanhuhu - no -puedoovoolveer - huhuhu - draagoooneesmeha - nhanechadoo - huhuhu - meecomeeran sivueeel -voo - ohahuhuhuh.

Los dos amigos y el señor Tur Tur tardaron mucho rato en calmar al medio dragón, que berreaba sin parar y en averiguar lo que significaban sus aullidos de dolor. En pocas palabras se trataba de lo siguiente:

Los habitantes de Kummerland, la Ciudad de los dragones, descubrieron un buen día que no sólo habían desaparecido los niños que tenían prisioneros, sino también la señora Maldiente, el dragón. Habían decidido sagazmente que alguien debía de haber entrado en la ciudad y raptado al dragón. Se llevaron a cabo largas investigaciones y se interrogó repetidamente a los dragones guardianes. Por fin las pesquisas habían sacado a la luz el asunto de la locomotora disfrazada. Con ello se aclaró que alguien que estaba muy enterado, había ayudado a los intrusos. Esto llevó a investigar la vida del medio dragón del «País de los Mil Volcanes». Pronto se encontró una pista que condujo hasta Nepomuk. La desdicha llegó al pequeño volcán, en el límite de la meseta, bajo la forma de cuarenta y dos gigantescos dragones guardianes con la orden de apresar y devorar al traidor causante de la desgracia.

Por suerte Nepomuk se dio cuenta a tiempo del peligro y pudo escapar. Había podido sobrevivir al frío de hielo y a la noche eterna de la «Región de las Rocas Negras» gracias a que antes de huir había bebido un enorme cubo de lava

incandescente. Esta le mantenía el calor interior. A pesar de ello estaba ya casi helado cuando llegó por fin al desierto «El Fin del Mundo». Durante dos o tres días los espejismos le habían desorientado y se había alimentado miserablemente de arena y pedazos de roca cuando un anochecer descubrió a lo lejos al señor Tur Tur. Entonces huyó a toda velocidad y no hubiera parado de correr si no hubiera divisado de pronto la pequeña casa blanca con las persianas verdes y se hubiera escondido en ella.

Cuando Nepomuk terminó su relato, volvió a sollozar y dos gruesas lágrimas resbalaron por sus mejillas moteadas de amarillo y azul.

—Si no me queréis con vosotros —balbuceó—, no sé a dónde ir. No me puedo quedar, solo y sin nada para comer, en este desierto.

—Tiene razón —se dijo Lucas.

Todos callaron y bajaron la vista. Al cabo de un rato, Jim, consolador, dijo:

—No tiene que temer nada, Nepomuk. Tú nos ayudaste y ahora te ayudaremos nosotros. Seguro que se nos ocurrirá alguna solución.

Lucas se quitó la pipa de la boca, entornó los ojos y miró atentamente al medio dragón.

—Me parece que tengo una idea —dijo pensativo—, sólo me pregunto si Nepomuk será apto para un oficio de tanta responsabilidad.

—¿Tú crees —preguntó Jim, ansioso—; que en las rocas magnéticas...?

—Lo podríamos probar —contestó Lucas—, ¿por qué no ha de poder? Creo que Nepomuk, con las experiencias tan tristes que ha vivido, ha cambiado mucho y se ha vuelto más despabilado.

—Claro que ahora soy más listo —dijo Nepomuk con ansiedad—. ¿De qué se trata?

—De un trabajo muy serio, querido Nepomuk —respondió Lucas—, de un trabajo que sólo podemos confiar a una persona que merezca toda nuestra confianza. —Y luego le explicó lo que había de las rocas magnéticas y por qué era necesario un guardián que conectara o desconectara, según lucra necesario, la gigantesca fuerza.

—Ya ves —terminó diciendo Lucas echando grandes nubes de humo—, que se trata de un oficio de gran responsabilidad. No podrás cometer nunca ninguna descortesía o maldad dragonil. Nos tienes que dar tu solemne palabra de honor de que así lo harás; depositamos en ti toda nuestra confianza.

Mientras escuchaba estas palabras, el medio dragón permaneció en silencio y muy serio, pero sus ojos redondos empezaron a brillar. Les tendió, primero a Lucas y luego a Jim, su garra y dijo:

—Os doy mi palabra de honor de amigo de que podéis confiar en mí. Ya no cometeré impertinencias de dragón porque ahora los dragones son mis enemigos. Ya no quiero parecerme a ellos. En cambio vosotros sois mis amigos y por ello quieroirme pareciendo poco a poco a vosotros.

—Bien —dijo Lucas—, probaremos contigo. Pero me pregunto de qué te alimentarás. Necesitas tener algo para comer.

—¡Indispensable! —exclamó Nepomuk—, pero habéis dicho que allá abajo hace mucho calor porque el centro volcánico incandescente de la Tierra está muy cerca. Haré un pozo y con dos cubos tendré tanta lava como quiera y será la más succulenta que existe.

Pensando en ello, Nepomuk se relamió.

Lucas miró divertido a Jim y luego gruñó:

—¡Estupendo! Me parece que Nepomuk es en realidad el más apropiado para este trabajo. ¿Qué opinas, Jim?

—Me parece que sí —dijo Jim.

—¡Gracias! —suspiró Nepomuk desde lo más profundo de su alma y debido a las preocupaciones que había sufrido y a la nerviosidad pasada, le entró hipo y al mismo tiempo lanzó un par de veces anillos de humo verdes y violeta por la nariz y por las orejas.

—Queridos amigos —dijo Lucas, levantándose—, con esto hemos terminado. Me parece que lo mejor será que no nos entretengamos mucho y que volvamos lo más rápidamente posible con nuestro Perpetumóvil a las rocas magnéticas. Allá nos espera nuestra pequeña Molly y no la queremos dejar mucho tiempo sola.

Jim meditó preocupado sobre el viaje de vuelta por encima de las montañas. ¿Cómo soportaría el gigante-aparente el vuelo por el aire enrarecido? ¿Y qué pasaría si no lo podía soportar? Estaba a punto de exteriorizar sus preocupaciones cuando el señor Tur Tur, con semblante asustado, preguntó:

—¿Ha hablado usted, mi respetado amigo, de un vuelo?

—Sí, señor Tur Tur —respondió Lucas, solemne—, y no tendremos que esperar mucho tiempo. De otro modo no podríamos salir de este desierto porque el «Valle del Crepúsculo» está obstruido por los derrumbamientos.

Se interrumpió de pronto y chasqueó los dedos.

—El «Valle del Crepúsculo» —exclamó Lucas—, ¿por qué no hemos pensado en ello?

—¿En qué? —preguntó Jim, que no entendía nada.

—¡Podemos volar por el «Valle del Crepúsculo»! —explicó Lucas—, o mejor dicho, por el lugar donde estaba antes. Allí los picos de las montañas se han derrumbado y no será necesario que nos remontemos a tanta altura. Esto simplifica considerablemente el asunto.

Jim asintió aliviado, mirando a su amigo.

—Es una buena idea, Lucas.

Se notaba a la legua que al gigante-aparente, cualquier clase de vuelo, alto o menos alto, le llenaba de un tremendo malestar. Si no le hubiese gustado tanto la

perspectiva de convertirse en faro de Lummerland es seguro que hubiera vacilado en tomar esa resolución. Con la cara muy pálida se dispuso a llenar una gran bolsa de provisiones con bocadillos y una calabaza con té. Cuando hubo terminado, con voz entrecortada, dijo:

—Amigos, estoy preparado.

Salieron de la casita y se dirigieron uno tras otro en silencio hacia el desierto, donde les esperaba Emma. Como era casi mediodía y el aire centelleaba por el calor del sol, el extraño juego de los espejismos había alcanzado su apogeo. Los cuatro caminantes vieron a la derecha, junto a ellos, mientras se dirigían hacia la locomotora, una enorme estatua ecuestre sobre la que crecía un roble en cuyas ramas había muchos hombres con paraguas abiertos. A la izquierda, cerca de Emma, flotaban tres bañeras pasadas de moda, una detrás de la otra, en círculo y parecían estar jugando a la gallina ciega. En el centro había un policía de tráfico, vestido de blanco, de pie sobre una plataforma. De repente los espejismos se desvanecieron.

Lucas sonrió:

—Bien muchachos, ya estamos. —Montó en Emma y le acarició el gordo vientre.

El señor Tur Tur se volvió y contempló emocionado su oasis y su pequeña casa blanca con las persianas verdes.

—¡Adiós, pequeña casa querida! —dijo en voz baja y agitó ligeramente una mano —, fuiste para mí, durante muchos años, el único refugio. No te volveré a ver nunca más. ¿Qué será de ti?

En aquel momento apareció en el cielo, sobre el oasis, un enorme barco con velas de color rojo como de sangre, sobre las que, en negro, había un gran 13. Se dirigió hacia el horizonte a una velocidad vertiginosa y desapareció.

Lucas siguió la aparición con mirada interesada y Jim también la contempló mientras le fue posible verla.

—¿Tú crees —prosiguió—, que era el barco de los Trece Salvajes?

—Es posible —gruñó Lucas—, es decir, es sumamente probable. Si supiéramos de dónde ha venido el espejismo, sabríamos ya mucho. Pero desgraciadamente lo ignoramos.

Y se dirigió hacia los dos invitados al viaje y exclamó alegre:

—¡Suban, por favor, señores!

El señor Tur Tur se tuvo que meter en la cabina y echarse en el suelo, para que se le viera lo menos posible. Porque Lucas, previsor como siempre, pensó en la terrible impresión que les causaría a los habitantes de China si vieran volar de pronto por el cielo un gigante tan enorme o aunque fuera sólo un pedazo de él, por ejemplo su cabeza si se le ocurría asomarse a la ventanilla. El gigante-aparente estuvo completamente de acuerdo con esta medida de precaución. Además prefería ver lo menos posible durante el viaje por el aire.

Nepomuk se metió también en la cabina. Se colocó en seguida, lleno de expectación, junto a una ventana. Podía curiosear todo lo que quisiera. Y quería verlo todo porque era terriblemente curioso.

Luego los dos amigos subieron al tejado de Emma, Lucas levantó el mástil hacia arriba y tiró del cordel de la derecha. Lentamente y sin ruido el Perpetumóvil se elevó del suelo, fue ganando velocidad y subió hacia el cielo.

Capítulo 16

EN EL QUE POR VEZ PRIMERA DESDE HACE CIEN MIL AÑOS, TRABAN AMISTAD UNA CRIATURA DEL FUEGO Y UNA DEL AGUA

Al cabo de poco tiempo llegaron a la «Corona del Mundo». Lucas dirigió la locomotora volante a lo largo del macizo montañoso hasta alcanzar el lugar donde, en otros tiempos, había estado «El Valle del Crepúsculo». Las montañas, al caer, habían llenado el desfiladero hasta la altura poco más o menos de la mitad de la cordillera. La vista era impresionante; aquí y allá se veían bloques de piedra de tamaño increíble. Lucas y Jim miraban hacia abajo en silencio mientras hacían volar el Perpetumóvil hacia allí.

Al derrumbarse las paredes de roca, la parte superior del desfiladero se había ensanchado considerablemente. A pesar de ello, Lucas tenía que estar muy atento y emplear toda su habilidad para que Emma, debido a la gran velocidad con que había entrado, no diera con algún saliente de roca, a la derecha o a la izquierda. Varias veces tuvo que hacer girar el mástil a toda velocidad para evitar un choque que parecía casi inevitable. Pero a pesar de estos peligros y dificultades, el vuelo de vuelta fue, sin comparación, mucho más fácil que el de ida por encima de las cumbres en medio del aire enrarecido de las alturas.

Alcanzaron la salida del desfiladero. Debajo de los viajeros apareció el «Bosque de las Mil Maravillas» en toda su grandeza maravillosa y su espléndido colorido. Más tarde divisaron las murallas de China que, como una cinta roja, serpenteaban sobre las colinas. Más lejos empezaba el país chino con sus campos, sus caminos, sus ríos y sus puentes graciosos. Aquí y allá había pequeños lagos que brillaban como si fueran espejos.

Lucas, precavido, hizo que el Perpetumóvil se elevara un poco más porque ya se distinguían los tejados de oro de Ping. Al poco rato, el Perpetumóvil volaba ya, a la velocidad del rayo, por encima del océano. Los dos amigos observaron que las olas se iban haciendo cada vez más altas y más peligrosas y el agua iba adquiriendo un color más oscuro y un aspecto más siniestro.

—¡Hemos llegado al mar de los Bárbaros! —le dijo Lucas a su amigo—. Seguimos el rumbo exacto.

No había pasado media hora, cuando Jim descubrió muy lejos, dos pequeños puntos negros en el mar. Se dirigieron hacia ellos y los puntos aumentaron de tamaño rápidamente. ¡Eran las rocas magnéticas! Lucas hizo que Emma describiera un gran

círculo por encima de las peñas y con rápidas y hábiles maniobras en el dispositivo de los imanes logró que la locomotora fuera perdiendo altura hasta que por fin se posó en medio de una lluvia de espuma sobre las rugientes olas, a unos quinientos metros de las rocas.

—¡Lo hemos conseguido, muchacho! —dijo Lucas y le guiñó satisfecho un ojo a Jim.

—¡Hola, por fin habéis llegado! —exclamó de pronto desde las olas una vocecilla aguda. Era Sursulapitchi, que apareció cerca de la locomotora—. ¿Dónde habéis estado tanto tiempo? Os he estado esperando todo el día.

—Lo mismo podríamos preguntarle nosotros, señorita —respondió Lucas, alegre—, ayer la estuvimos esperando mucho rato, pero no volvió. Entonces Jim y yo hicimos en un momento un invento y con él nos fuimos a buscar a dos amigos nuestros.

—Ah, bien —dijo la princesa de los mares—, eso es distinto. ¿Sabéis por qué no volví a su debido tiempo?

—Quizá porque se le olvidó —dijo Lucas.

—¡No! —exclamó Sursulapitchi, divertida.

—A lo mejor —añadió Jim—, porque se entretuvo bailando en la fiesta.

—¡Tampoco! —respondió la princesa de los mares y se rió chapoteando.

—No lo podemos adivinar —dijo Lucas.

—Pensad —exclamó Sursulapitchi—, que en el baile me encontré con alguien que había visto a mi prometido Uchaurichuum. Lo encontró en el fondo del mar en el Océano de Zafiro. Nadé en seguida hacia allá, busqué por todos los rincones y exactamente hacia el sur, a tres millas marinas del bosque azul de los corales, le encontré.

—Ah —murmuró Lucas—, ¡qué contento se habrá puesto!

—Y entonces —siguió explicando la pequeña princesa de los mares, feliz—, entonces até sencillamente mi caballo de mar a su caparazón y hemos venido a toda velocidad. ¡Aquí estamos!

—Pero yo no le veo —dijo Jim.

—¿Dónde está? —preguntó Lucas—, quisiéramos estrecharle la mano.

—Saldrá en seguida —les aseguró Sursulapitchi—, es un Nock con caparazón y se mueve algo lentamente. Cuando vimos aparecer vuestra locomotora volando por encima de nuestras cabezas, nos sumergimos los dos y ahora... ¡ah, ya llega! Miradle, ¿no os parece maravilloso y elegantísimo?

En la superficie apareció un ser de aspecto curiosísimo. A primera vista podía parecer una gran tortuga de agua. Su caparazón era de color turquesa, cubierto de dibujos dorados. La piel de sus extremidades y de su cabeza era lila y entre los dedos de las manos y los pies tenía membranas.

Su cara tenía aspecto humano y era bastante hermosa. El Nock con coraza no tenía pelo, pero de su labio superior le colgaba un bigote largo y fino. Pero lo más bonito eran sus ojos, que miraban a través de unas grandes gafas de oro. Eran unos ojos de un maravilloso color violeta y su expresión era tranquila y seria, más bien un poco triste.

—¡Os saludo! —dijo el Nock con caparazón, lentamente, con una curiosa entonación—, he oído hablar mucho de vosotros y me siento muy honrado de conoceros.

—Por nuestra parte —respondió Lucas—, nos alegramos de que esté usted aquí por fin, señor Uchaurichuum.

—Por favor —preguntó Jim—, ¿ha conseguido solucionar el asunto que le había encargado el rey de los mares, Lormoral? ¿Puede casarse ahora ya con la princesa Sursulapitchi?

El Nock con caparazón sonrió con tristeza.

—Sois muy amables al preguntarlo —respondió con su voz musical—, pero por desgracia, no lo he logrado. No he encontrado a ningún ser de fuego que no nos mire con enemistad. Ya casi he perdido la esperanza de poder llegar a fabricar el «Cristal de la Eternidad».

La pequeña princesa de los mares empezó a sollozar, el Nock con caparazón le rodeó los hombros con su brazo y dijo:

—No llores, querida. Seguiré buscando hasta el fin de mis días.

—¿Qué ha pasado, señorita —preguntó Lucas—, ha encontrado usted un guardián para las rocas magnéticas?

El Nock con caparazón contestó con voz armoniosa, mientras acariciaba el pelo de la princesa de los mares, que seguía llorando.

—Mi amada me ha hablado de las dificultades que habéis encontrado en las rocas, magnéticas. Conozco la instalación porque una vez, hace ya mil años, estuve allí. Entonces todo estaba en perfectas condiciones. De todos modos pude estar muy poco rato a aquella profundidad, porque la temperatura es insuportable para los de nuestra especie. Pero volveré abajar con mucho gusto para volver a conectar los imanes en cuanto os hayáis alejado lo suficiente con vuestros extraños vehículos. Mas no me puedo quedar como guardián debido al calor, que me mataría en seguida y también debido a la misión que me ha encomendado el rey de los mares y que me obliga a recorrer, buscando, todos los mares de la tierra.

—Bien —murmuró Lucas—, hemos tenido la suerte de poder traer a nuestro amigo Nepomuk.

—¿Nepomuk? —preguntó la princesita de los mares dejando de llorar—, ¿quién es Nepomuk?

—Llámale, Jim —dijo Lucas.

El muchacho abrió la tapa del ténder y llamó por el agujero por donde se echa el carbón:

—¡Nepomuk! ¡Eh, Nepomuk, sube en seguida!

—¡Ahora mismo! —se oyó responder con su vocecilla al medio dragón, que trepó gimiendo y resoplando por el agujero y se asomó por encima del ténder. Cuando vio a los dos habitantes del mar soltó una carcajada que parecía un gruñido.

—¡Jo, jo, jo, jo!, ¿qué clase de seres tan cósmicos son esos? ¡Seres completamente blandos!

Nepomuk seguía siendo el de siempre y diciendo groserías.

Los dos habitantes del mar contemplaron al medio dragón con ojos llenos de terror. Sursulapitchi se había puesto completamente amarilla por el espanto.

—¿Qu... qu... qué es eso? —tartamudeó.

—Soy un dragón, ¡puff! —chilló el medio dragón, y lanzó dos llamitas de un amarillo de azufre por los agujeros de su nariz.

En el mismo momento el mar se agitó y los dos habitantes del mar desaparecieron.

—¿Habéis visto? —gruñó Nepomuk, divertido—. Les he causado tanto miedo que han huido. Lástima que se hayan ahogado. En realidad eran personas simpáticas, puesto que les he inspirado tanto respeto.

—Nepomuk —dijo Lucas, lentamente—, así no podemos seguir. Tú nos diste tu palabra de honor de que no volverías a decir impertinencias dragoniles.

El medio dragón, avergonzado, se puso la garra delante de la boca. Con ojos muy tristes dijo:

—Perdonadme, por favor; lo había olvidado completamente. Pero no lo volveré a hacer, podéis estar seguros.

—Bien —dijo Lucas muy serio—, si vuelves a olvidarlo no podrás ser guardián de las rocas magnéticas. Estás avisado.

Nepomuk, consciente de su culpa, inclinó la cabeza.

Lucas llamó a los dos habitantes del mar. Tuvo que llamarlos varias veces antes de que aparecieran a alguna distancia sobre la superficie del mar.

—Acercaos tranquilamente —les gritó—, no tenéis nada que temer.

—Claro que no —les aseguró Jim—; Nepomuk es un ser de fuego muy valioso. Quiere ser amigo vuestro.

—Amigo vuestro —exclamó también Nepomuk con la voz más encantadora que le fue posible—. Soy un horrible y valioso ser de fuego, ¡claro que lo soy!

—¿Un ser de fuego? —preguntó el Nock con caparazón, con mucho interés—; ¿no tienes malas intenciones? ¿Es cierto?

—Estoy cargado de buenas intenciones —le aseguró Nepomuk, e inclinó solemnemente la cabeza—; les he dado a Lucas y a Jim mi palabra de honor.

Los dos habitantes del mar se acercaron vacilando. Lucas hizo las presentaciones y luego dijo:

—Bien, ahora nos dirigiremos rápidamente hacia las rocas y atracaremos allí. Molly debe de estar preocupada por nosotros. —Los dos habitantes del mar nadaron junto a ellos mientras Lucas remaba con precaución y habilidad, llevando a la locomotora hacia tierra. Cuando por fin atracaron, Nepomuk y Uchaurichuum charlaban entre sí como dos viejos amigos. Esto se debía seguramente a que el medio dragón, por su parentesco con los hipopótamos, sentía cierta atracción por el agua y Uchaurichuum por su parentesco con las tortugas la sentía por la tierra firme. Así, en cierto modo, los dos estaban equilibrados. El Nock con caparazón se sentía contento de haber encontrado por fin a un ser de fuego con el que podría cumplir la misión que le había encargado el rey de los mares Lormoral. Y Nepomuk estaba tremendamente satisfecho de poder desempeñar un papel tan importante y tener un compañero.

—¿Cómo estará el señor Tur Tur? —preguntó Jim. En el torbellino de los acontecimientos habían olvidado por completo al simpático viejo.

—¡Ah! —dijo Nepomuk—, ha estado todo el tiempo sentado en el suelo con ojos asustados y palidísimo; en las curvas exclamaba: «¡Cielos!» o «¡Socorro!». Debe de seguir sentado allí.

Jim abrió en seguida la tapadera del tender y por la cámara llamó:

—¡Señor Tur Tur, estamos aquí! Ya puede subir.

—¿Ya? —se oyó como respondía el gigante-aparente con voz desmayada—. ¡Alabado sea Dios! Creí que no llegaríamos con vida.

Salió y miró alrededor.

—¿Es ésta la deliciosa isleta de Lummerland donde tengo que desempeñar la función de faro? —preguntó desilusionado.

—No —exclamó Lucas, riendo—; éstas son las rocas magnéticas donde Nepomuk tiene que actuar. Lummerland será nuestra próxima parada. Bien, muchachos, no perdamos más tiempo. Bajaré con Nepomuk y con Uchaurichuum hacia las raíces para que lo vean todo. Esta vez me llevaré la linterna. No será necesario que hagamos en seguida la conexión. Eso lo hará Nepomuk cuando estemos lo bastante lejos de aquí. Jim, tú, entretanto, debes ir en busca de Molly, para desatarla y traerla junto a Emma.

—¡A la orden, Lucas! —dijo Jim.

—Los demás, esperadnos aquí —añadió Lucas, y se dirigió con Nepomuk y el Nock con caparazón, que en la tierra andaba casi tan tieso como un hombre aunque con paso más lento, hacia la parte superior de la roca. La pequeña princesa de los mares se metió en el agua para estar más cómoda y el señor Tur Tur se sentó en un saliente de hierro.

—Vuelvo en seguida —dijo Jim y se fue a buscar a su Molly. No podía suponer que en los minutos siguientes haría un descubrimiento que tendría, para él y para su amigo Lucas, las más insospechadas consecuencias.

Capítulo 17

EN EL QUE JIM DESCUBRE ALGO MUY DOLOROSO Y LUCAS CONCEIBE UN PLAN ARRIESGADO

Cuando Jim llegó al lugar donde habían dejado a Molly, pensó que se había equivocado y que no era aquél su sitio. Allí estaba la pequeña gruta, pero a Molly no se la veía por ninguna parte.

A Jim le dio un vuelco el corazón y luego le empezó a latir con fuerza.

—Debe de haber sido en otro sitio —murmuró—; seguro que era otro sitio. Aquí es fácil equivocarse porque todo está lleno de picos y grutas.

Siguió adelante y buscó; trepó un poco por la roca hacia arriba y bajó un poco hacia abajo. Desalentado no tuvo más remedio que reconocer que el primer sitio era el que buscaba.

—A lo mejor, Molly se ha metido más adentro —pensó—. No se puede haber marchado. Estaba muy bien atada. Lo que pasa es que no he mirado bien.

Volvió atrás y se metió en la gruta hasta que no pudo avanzar más porque había terminado.

¡Ni rastro de Molly! ¡No se veía ni el más pequeño pedazo de ella!

—Molly —llamó Jim en voz baja, y sus labios empezaron a temblar. Salió corriendo de la cueva y gritó el nombre de la pequeña locomotora, lo volvió a gritar y se mordió la mano para no ponerse a llorar.

Empezó a pensar, se hizo un lío con las ideas y tardó un buen rato en tomar una decisión.

—Lucas —pensó de pronto—, ¡tengo que ir a buscar a Lucas en seguida!

Jadeando por la prisa y la nerviosidad subió hasta la punta más alta de la roca y se echó al suelo junto al borde del pozo. Muy abajo distinguió el haz de luz de la linterna de Lucas. Se puso las dos manos junto a la boca y gritó lo más fuerte que pudo:

—¡Lucas, Lucas! ¡Sube! ¡Rápido! ¡Molly no está! ¡Por favor, Lucas!

Pero desde abajo no llegó ninguna contestación. Seguramente el silbido del viento que entraba gimiendo por la boca del pozo y el rugido de las olas que chocaban contra las rocas apagaban cualquier otro ruido.

—Tengo que ir a buscarle —pensó Jim, y empezó a bajar por la escalera de caracol. Pero al cabo de pocos metros desistió de su idea, porque se dio cuenta de que no llevaba linterna y en la oscuridad el descenso por los escalones resbaladizos hubiese durado horas, y para entonces Lucas estaría ya de nuevo de regreso. No tenía

más remedio que esperar. Y es fácil suponer que eso le resultaba casi insoportable.

Jim volvió al lugar donde había estado Molly y se puso a buscar por los alrededores. Lo único que encontró, por fin, fue un pequeño trozo de las riendas cubiertas de perlas de las morsas, que habían servido para atarla.

Volvió, con ese triste recuerdo en la mano, junto a Emma, al señor Tur Tur y a la pequeña sirena, y se sentó en silencio a su lado. Su cara, a pesar del color negro de su piel, se había vuelto gris.

—¿Puedo preguntarle, querido amigo —dijo el señor Tur Tur—, qué le ha sucedido? ¿Es que su pequeña locomotora...?

El gigante-aparente no pudo terminar, porque Jim le miró con tanta tristeza y desaliento que no se atrevió a terminar su pregunta. La pequeña princesa de los mares también permaneció callada y llena de pena.

Jim fijó un momento en el mar sus ojos sin expresión, y se mordió el labio inferior para que no le temblara. Luego, con voz monótona, dijo:

—Sí... Molly... está... yo no sé... me parece que se ha ido. Se volvieron a quedar silenciosos durante un rato. El viento silbaba y las olas se rompían tronando sobre las rocas de hierro.

—A lo mejor alguien la ha raptado —murmuró Jim.

La pequeña sirena sacudió la cabeza.

—Aquí no viene nadie, ni siquiera los hombres del mar. Y éstos, seguro que no hubieran hecho una cosa así.

—Vamos a meditar —dijo el gigante-aparente—, ¿no podría ser que se le hubiesen soltado las cuerdas, se hubiera caído en el agua y se hubiera hundido?

Jim levantó la vista. En sus ojos brillaba una lucecita de esperanza.

—Es posible —dijo—, aunque la habíamos atado muy bien y además estaba calafateada.

—Voy a ver en seguida —se apresuró a decir la princesa de los mares—, me meteré en el agua y daré la vuelta a las rocas buceando.

—¡Oh, sí, por favor! —dijo Jim, y la sirena desapareció.

—Siento mucho su pena, mi querido amigo —le aseguró el señor Tur Tur, y empezó a contarle los ejemplos más consoladores de personas que habían perdido algo y lo habían Vuelto a encontrar milagrosamente. Estaba cargado de buenas intenciones, pero Jim casi no le oía.

Por fin volvió la pequeña princesa de los mares.

—¿Has visto algo? —preguntó Jim, lleno de terror.

La sirena sacudió la cabeza.

—Las rocas magnéticas están cortadas a pico hasta el fondo del mar —respondió—, y allí todo es tan oscuro que no le distingue nada. Tendremos que esperar hasta que vuelvan a funcionar las luces del mar.

—¡Pero entonces se quedará pegada allí abajo! —exclamó Jim, en el colmo de la desesperación—. Entonces ya no la podremos sacar nunca más.

—Pero, por lo menos, veríamos dónde está —respondió la princesa de los mares—, y más tarde la podríamos ir a buscar.

Volvió a reinar el silencio; sólo se oía el silbido del viento y el rugir de las olas. Empezó a anochecer.

La vieja y gorda Emma, que estaba a cierta distancia en un lugar llano entre las rocas que caían hacia el mar, había oído algo de la conversación. Había oído muy poco, pero se había enterado de lo que había sucedido. No podía silbar porque no tenía vapor. Pero aunque su caldera estaba vacía tenía la sensación de que estaba a punto de estallar. Se trataba, además, de una verdadera preocupación de locomotora madre.

Pasó mucho tiempo, un tiempo interminable, hasta que Lucas volvió. A Jim le pareció una eternidad. Seguramente el retraso fue debido a que Uchaurichuum se movía con la lentitud de una tortuga. Pero por fin la voz alegre de Lucas resonó en los oídos de los tres que esperaban.

—Bien, muchachos, aquí estamos. Hemos tardado, pero ahora todo está en orden. Nepomuk nos ha acompañado por la escalera de caracol, yo le he regalado la linterna para que tenga luz cuando le sea necesario. Ha vuelto abajo para empezar en seguida su trabajo. Le ha gustado muchísimo su nuevo hogar. Le he enseñado lo que tiene que hacer y a medianoche encenderá las luces del mar. Ahora está excavando un pozo para conseguir lava. El Nock con caparazón llegará en seguida, tarda más que yo porque es un poco lento.

Lucas contuvo el aliento y les miró asombrado.

—¡Vaya! —gruñó—, ¿qué os sucede y dónde está Molly?

Y Jim ya no pudo contenerse. Hasta aquel momento había conseguido dominarse con valentía, pero ahora cayó en brazos de Lucas y empezó a sollozar desconsoladamente.

Lucas adivinó lo que había sucedido.

—Molly se ha ido —dijo, y Jim pudo afirmar con la cabeza.

—¡Rayos y truenos! —murmuró Lucas—, ¡estamos arreglados!

Abrazó con cariño a su pequeño amigo y le acarició con la mano el encrespado cabello.

—¡Muchacho! —exclamó—, ¡querido muchacho! —Le apretó contra su pecho y le estuvo consolando hasta que Jim se serenó algo.

—Escúchame, Jim —dijo Lucas—, Molly no puede haber desaparecido sin dejar huellas. Tiene que estar en algún sitio. Conseguiremos saber dónde y la iremos a buscar. Si te digo esto, puedes tener confianza en mí. Eso lo sabes ya...

—A la orden, Lucas —balbuceó Jim, intentando sonreír en medio de las lágrimas.

—Hemos pensado —el señor Tur Tur les interrumpió—, que a lo mejor la pequeña locomotora se ha soltado y se ha caído al agua.

—Sí —añadió la pequeña sirena—, yo la he buscado, pero el fondo del mar está tan oscuro que no es posible ver nada. Tendremos que esperar a que se vuelvan a encender las luces del mar.

—Pero Molly puede encontrarse en una situación muy difícil —exclamó Jim.

Lucas fumó y meditó.

—Nos sumergiremos en seguida —dijo decidido—, y además con Emma. Las puertas y ventanas son impermeables, la tapa del ténder cierra bien y además la presión del agua la cerrará mejor. Podremos buscar por el fondo con los faros de Emma.

Jim miró a Lucas con los ojos muy abiertos.

—Sí, pero... pero Emma no se puede hundir —tartamudeó—; está calafateada.

—Haremos una prueba —explicó Lucas y fumó pensativo—, abriremos la válvula de la caldera y el grifo del agua. Al llenarse de agua la caldera, la locomotora se hundirá. ¡Rápido, Jim, no perdamos más tiempo!

—Pero, ¿cómo avanzaremos por el fondo del mar? —preguntó Jim, muy nervioso—. Sólo se puede maniobrar la instalación de los imanes desde fuera, desde el tejado. Nosotros estaremos en el interior de la cabina y no podremos salir.

—¡Exacto! —gruñó Lucas, y se rascó detrás de la oreja—; ¿qué hacemos? Señorita, ¿no podría ocuparse usted de dirigir los imanes?

Se acercaron a Emma y la empujaron hasta el agua. La sirena intentó mover el mástil, pero en vano. En realidad era una persona muy pequeña y no estaba preparada para hacer cosas que requirieran tanta fuerza.

Por fin llegó Uchaurichuum. Al enterarse de lo que había sucedido, intentó mover los imanes. No es que le faltaran fuerzas, pero había otra dificultad: debido a su coraza sólo podía mover las manos hacia los lados y no hacia adelante y con una sola mano, naturalmente, no podía sostener el mástil.

—¿No podemos volver a enganchar a tus morsas? —le preguntó Jim a la pequeña sirena, y miró hacia el mar, donde de vez en cuando uno de los animales asomaba, jugando, por encima de las olas.

—No es posible —respondió Sursulapitchi—, porque no pueden aguantar demasiado rato debajo del agua y tienen que estar siempre cerca de la superficie. Pero se me ocurre otra cosa: muy cerca de aquí he visto pacer algunos caballos de mar de las cuadras de mi padre. Los podría ir a buscar y engancharlos delante de la locomotora.

—Un par de caballos de mar no tendrán mucha fuerza —murmuró Lucas, furioso.

—¡Pero no hay sólo un par! —exclamó la sirena—, ¡hay más de mil, una verdadera legión!

Rápidamente, mientras Lucas y Jim desmontaban la instalación de los imanes que sólo hubiese sido un estorbo en aquella expedición, la pequeña princesa de los mares se dispuso a ir a buscar a la manada de caballos de mar. Apenas habían terminado los dos amigos su trabajo, cuando ya estaba de vuelta. Detrás de ella brillaban más de mil graciosos cuerpos de pequeños caballos con colas en forma de caracol. Si se prestaba atención, se podía oír cómo relinchaban en un tono claro, argentino, aunque muy bajo. Cada uno de ellos tenía unas minúsculas bridas de oro. Era un espectáculo encantador y en otras circunstancias Jim se hubiese sentido entusiasmado. Pero sólo pensaba con preocupación y miedo en su pequeña locomotora. Y esto es algo que no se le puede echar en cara.

Capítulo 18

EN EL QUE LOS VIAJEROS DESCUBREN EN EL FONDO DEL MAR UNA CIUDAD MUY EXTRAÑA

Entretanto, el Nock con caparazón, que era muy previsor, había estado recogiendo en el mar una gran brazada de algas sedosas: son plantas fibrosas, delgadas como un hilo y muy resistentes, crecen principalmente en el mar de los Bárbaros, como todos los que tienen conocimientos de botánica de los océanos lo pueden confirmar. Todos estos hilos estaban unidos formando en un extremo una especie de cuerda muy gruesa y si Lucas y Jim la ataban en los topes delanteros de Emma, Sursulapitchi podría enganchar con mucha habilidad dos o tres caballitos de mar en cada hilo. Esto exigió algún tiempo y los dos amigos aprovecharon la pausa para tomar un bocadillo. En realidad, ninguno de los dos tenía apetito, pero el señor Tur Tur insistió amablemente que fueran razonables y que los aceptaran para que no les fallaran las fuerzas. Desde la hora del desayuno no habían tomado nada.

Cuando el sol se escondió en el horizonte, los caballitos de mar estaban enganchados. El viaje de inmersión podía empezar. Lucas y Jim se disponían a abrir la tapa del ténder para meterse en la cabina, cuando el señor Tur Tur les detuvo, exclamando:

—Respetados amigos, les ruego que me dejen ir con ustedes.

—¿Quiere venir con nosotros? —preguntó Lucas, asombrado—. Querido señor Tur Tur, esta empresa será bastante peligrosa.

—Ya lo sé —dijo el señor Tur, Tur, pálido, pero decidido—; precisamente por eso no me quiero quedar aquí, sino que deseo compartir el peligro con ustedes. Opino que eso es lo que hay que hacer entre amigos.

—Tiene usted razón —respondió Lucas—; bien, venga con nosotros.

Los tres entraron en la cabina por el agujero por donde se echaba el carbón. Desde el interior, Lucas cerró concienzudamente la tapa para que cerrara herméticamente como la tapa de una lata. Luego puso una plancha de hierro debajo del agujero del carbón y todo quedó listo. Lucas le hizo una seña con la mano al Nock con caparazón que miraba hacia adentro por la ventana. Uchaurichuum nadó hacia la válvula de la caldera y el grifo del agua (Lucas le había enseñado lo que tenía que hacer), y las abrió.

Los tres que estaban en la cabina contuvieron el aliento y escucharon.

Desde el interior de la caldera se oía algo como un chapoteo. Luego, de pronto, el agua empezó a subir por las ventanillas hacia arriba; por lo menos así parecía. En

realidad, la locomotora empezaba a hundirse, al principio lentamente, y luego siempre más de prisa. Cuando estuvo completamente sumergida bajo la superficie del mar, reinó un silencio completo, porque ya no se oía el ruido de las olas. La luz crepuscular verdosa inundó la cabina. Poco a poco la locomotora dejó de mecerse y se hundió con la suavidad de un ascensor, con lo que la luz verde se fue debilitando cada vez más. Los tres pasajeros vieron a la princesa de los mares que delante de ellos, con los caballitos de mar, nadaban hacia abajo y junto a la cabina a Uchaurichuum, que se hundía también con ellos.

Lucas examinó las rendijas de las puertas y la plancha de hierro del agujero del carbón. Hasta aquel momento todo parecía estar en orden. No entraba ni una gota de agua. Bajó la cabeza satisfecho.

Poco a poco se hizo completamente oscuro. Debían de estar ya a gran profundidad. A Jim el corazón le latía con fuerza, y el gigante-aparente se estrujaba convulsivamente las manos. Lucas estaba muy ocupado junto al cuadro de mandos y encendió los faros de Emma. Dos crudos haces de luz penetraron la oscuridad negro-verdosa. Por delante de ellos pasaron peces muy raros y miraron asombrados, con sus ojos saltones, aquella claridad tan poco corriente. Algunos eran delgados y largos como espadas, otros tan cortos y parecían cofres cubiertos de púas. Luego pasaron peces planos y gigantescos, semejantes a grandes alfombras voladoras. Muchos de ellos estaban cubiertos de lunares y dibujos brillantes, otros tenían pequeñas linternas que colgaban de sus largos morros. El mundo que aparecía ante los ojos de los viajeros era al mismo tiempo siniestro y maravilloso.

La locomotora seguía hundiéndose como si el descenso no tuviera fin. Por fin, sintieron una sacudida. Estaban en el fondo. Pero lo que pudieron ver a la luz de los faros de Emma era horrible.

Miraran a donde miraran, sólo veían barcos hundidos que yacían los unos junto o encima de los otros. La mayor parte estaban medio destruidos, la madera casi no se distinguía porque estaba cubierta de algas, moluscos y corales. Los cascos tenían agujeros enormes por los que se divisaba el interior. Jim pudo ver, asustado, un esqueleto sentado encima de un cofre ruinoso, cubierto de algas, en el que brillaban incrustaciones de oro.

A la pequeña sirena no le fue muy fácil encontrar entre los restos de los naufragios un camino para la locomotora. Muchas veces tuvieron que pasar por dentro de un barco medio deshecho, como si fuera un túnel. Era realmente extraordinario ver a la locomotora, que tirada por una gran nube de caballos de mar se deslizaba por aquel inmenso cementerio de buques.

—Todo esto —dijo Lucas con voz apagada—, son barcos que chocaron contra las rocas magnéticas hace muchos siglos. —Al cabo de un rato añadió—: Me alegra pensar que esto, en el futuro, no volverá a suceder.

—Sí —dijo Jim, muy bajito—; yo me alegro de que ahora esté allí Nepomuk.

La locomotora ya había dado la vuelta al pie de las rocas magnéticas. Sursulapitchi dirigió a sus caballitos de mar para dar un segundo rodeo a las peñas de hierro. Luego un tercero y un cuarto, siempre en círculos mayores. Los viajeros miraban atentamente en todas las direcciones por las ventanillas y escudriñaban con la mirada todos los oscuros rincones. Pero a Molly no se la veía por ninguna parte. Sólo había miles y miles de buques hundidos.

Habían transcurrido varias horas en esta búsqueda infructuosa cuando Jim bostezó y murmuró para sí:

—Me parece que Molly no está aquí.

—Sí —dijo el señor Tur Tur y empezó a bostezar también, poniéndose educadamente la mano delante de la boca—. A lo mejor ni siquiera ha caído al agua.

—Se ha caído al agua —dijo Jim medio dormido—, pero no se ha hundido. Estaba calafateada. A lo mejor las olas se la han llevado.

—Es posible —gruñó Lucas—; eso sería una cosa muy desagradable, porque el océano es muy grande. Nos pasaríamos la vida buscando.

—Los hombres del mar nos podrán ayudar —dijo Jim, y volvió a bostezar.

—¿Os sucede lo mismo que a mí? —preguntó el señor Tur Tur, al cabo de un rato—. De repente he empezado a sentir una fatiga irresistible.

—Sí —respondió Jim, que no conseguía dejar de bostezar—; ¿qué será?

También Lucas había empezado a bostezar. De pronto se interrumpió y miró fijamente a Jim y al señor Tur Tur.

—¡El oxígeno! —exclamó—. No se trata de un cansancio normal. ¡Nos falta oxígeno! ¿Sabéis lo que eso significa?

—Que lo mejor sería —respondió el señor Tur Tur, asustado—, volver lo más rápidamente posible a la superficie.

—Exacto —gruñó Lucas. Golpeó en la ventanilla y el Nock con caparazón, que se había sentado junto a su prometida, en la parte anterior de la locomotora, se acercó con movimientos muy lentos y miró por el cristal. Lucas le explicó con gestos que tenían que volver en seguida a la superficie.

Uchaurichuum asintió con la cabeza y se fue nadando lentamente hacia Sursulapitchi para explicarle el deseo de los viajeros. La princesa de los mares dirigió sin pérdida de tiempo a los animales hacia arriba. La locomotora empezó a subir.

El Nock con caparazón volvió a acercarse a la ventanilla, sacudió la cabeza y se encogió de hombros. Por el semblante de los tres hombres del interior adivinó que la cosa empezaba a ponerse seria. Les hizo un ademán tranquilizador con la mano y volvió junto a la sirena para aconsejarle lo que debía hacer.

—Si hiciéramos salir el agua de la caldera —murmuró Jim, al que, a pesar del peligro, casi se le cerraban los ojos—, Emma subiría por sí sola.

—Debajo del agua no se puede hacer salir el agua —le explico Lucas—. Muchacho, hemos cometido una tontería.

—¿Y si saliéramos y nadáramos hacia arriba? —dijo Jim. Pero Lucas sacudió la cabeza.

—Desde aquí a la superficie hay demasiada distancia. Nos ahogaríamos antes de llegar.

—Pero, ¿qué haremos? —preguntó el señor Tur Tur con voz temblorosa.

—Esperar —respondió Lucas—. Esperemos que a los de afuera se les ocurra algo.

Entonces se puso a trabajar en la plancha de seguridad del agujero del carbón. La corrió lentamente y con cuidado hacia un lado para ver si había entrado algo de agua en el tender. Por las rendijas de la caldera se había filtrado como medio cubo de ella y corría por el suelo de la cámara, pero al abrir la plancha de seguridad entró en la cabina el aire no utilizado que estaba antes en el tender.

—Con esto tendremos para un rato —dijo Lucas.

—¿Cuánto? —preguntó el señor Tur Tur.

—No tengo ni idea —respondió Lucas—, de todos modos por ahora nos será útil. Tendremos que dejar de hablar para no gastar tanto oxígeno. Parece que los de ahí afuera han tomado ya una decisión.

Así era. El Nock con caparazón había recordado que a medianoche Nepomuk encendería las luces del mar. No podía faltar mucho para esa hora. Había que sacar, por lo tanto, lo más rápidamente posible a la locomotora del radio de atracción de las rocas de hierro. La única manera de volver a llevar a Emma a la superficie era conducirla hacia una isla cuya playa subiera suavemente desde el fondo del mar y por donde los caballitos de mar pudiesen arrastrarla. Sursulapitchi conocía una isla así. Estaba bastante lejos, pero si se daban prisa podrían llegar a tiempo. Como no podían perder ni un minuto, incitó a la legión de caballitos de mar a que corrieran todo lo posible y los animalitos galoparon.

Con gran atención y en silencio los viajeros vieron desde la cabina cómo la locomotora se alejaba de pronto de las rocas de hierro a una velocidad asombrosa.

—Van muy decididos —dijo Jim en voz baja y en un tono lleno de esperanza—; tengo curiosidad por saber adónde nos llevan.

—No habléis —respondió Lucas—, no sabemos lo que durará esto.

Volvieron a callar y miraron por los cristales el fondo del mar que pasaba ante ellos como un paisaje, cada vez a mayor velocidad.

Al principio, durante un buen rato, sólo vieron montañas de arena a medida que las cruzaban. Por allí no parecía haber vida; sólo vieron algunos cangrejos semejantes a pedazos de roca.

Al cabo de un rato llegaron a una grieta profunda que cruzaba todo el fondo del

mar. Sursulapitchi y Uchaurichuuum hicieron que los caballitos de mar avanzaran todavía a mayor velocidad y saltaron con la locomotora por encima del abismo. Llegaron sanos y salvos al otro lado de la sima y el viaje continuó con la misma rapidez. El pelo plateado de la sirena flotaba detrás de ella serpenteando de una forma muy rara.

Ninguno de los viajeros hubiera podido decir cuánto tiempo llevaban viajando. Debía de ser casi medianoche. Pero ya se encontraban fuera del radio de atracción del gran imán. Los tres que estaban en la cabina luchaban contra la gran somnolencia que les embargaba irresistiblemente. ¿Llegarían, antes de que fuera tarde, a la desconocida meta salvadora?

De pronto se dieron cuenta de que empezaban a remontarse. Durante un rato les pareció incluso que habían llegado a una isla. Pero luego el suelo volvió a ser horizontal y dejaron de subir.

Jim casi no podía tener los ojos abiertos. Lucas no estaba mucho mejor que él y el gigante-aparente estaba ya dormido y respiraba muy débilmente.

Los dos amigos vieron por último, como en un sueño, pasar por delante de las ventanillas una tierra maravillosa. Bosques de corales que se alternaban con prados enormes llenos de flores de burbujas. Y allí, esas montañas, ¿no eran de piedras preciosas transparentes y multicolores? Ahora pasaban por un enorme puente que se balanceaba. ¿Había puentes en las profundidades? Luego... ¿qué era aquello? Una antiquísima ciudad hundida, con palacios y templos maravillosos, contruidos con piedras preciosas de muchos colores.

Nepomuk debía de haber conectado en aquel instante el gran imán, porque alrededor de ellos, el fondo del mar se iluminó de pronto con una luz suave y verdosa. Los palacios caídos empezaron a brillar y relucir con los más maravillosos colores del arco iris.

Este cuadro formidable fue lo último que Jim vio medio en sueños. Luego ya no pudo resistir al cansancio y se durmió. Por último también a Lucas se le cerraron los ojos.

Los caballitos de mar siguieron adelante arrastrando la locomotora, por entre las calles de una ciudad sumergida, hacia su meta desconocida.

Capítulo 19

EN EL QUE UNA CARTA MAL ESCRITA LLEVA A LOS AMIGOS A LA BUENA PISTA

Cuando Jim se despertó, se puso de espaldas y miró el cielo. Las últimas estrellas palidecían y empezaba a amanecer.

Notó que se encontraba sobre una arena muy blanda. Oyó un ligero chapoteo como de pequeñas olas. Levantó un poco la cabeza y vio a su izquierda y a su derecha a Lucas y al señor Tur Tur que, como él, empezaban a despabilarse.

Jim se levantó. Todavía estaba atontado. A sus pies, sobre la húmeda orilla, vio a la pequeña princesa de los mares que había apoyado la mejilla en la mano y parecía estar esperando. Un poco algo más lejos, en el agua, estaba la buena y vieja Emma, con las puertas de la cabina abiertas de par en par.

—¡Hola! —dijo Sursulapitchi—, estoy contenta de que por fin os hayáis despertado.

—¿Dónde estamos? —preguntó Jim, ya más despejado.

—Os hemos traído a una pequeña isla cuya playa sube suavemente desde el fondo del mar y los caballitos de mar os han arrastrado por ella. Ha sido un viaje muy largo, pero era la única posibilidad que teníamos de salvaros.

Jim miró alrededor. Luego se frotó los ojos y volvió a mirar. ¡No era posible! ¡Pero era cierto!

¡Estaban en Lummerland!

—¡Lucas! —gritó Jim, sacudiendo a su amigo—. ¡Lucas, despierta! ¡Estamos otra vez en casa, en Lummerland!

—¿Es cierto? —preguntó Sursulapitchi, batiendo palmas—, ¿esta es vuestra tierra? Cuando os trajimos, no lo sabíamos.

Lucas se levantó con dificultad y miró desconcertado alrededor. Pero al ver su pequeña estación de ferrocarril y la casa del señor Manga y la tienda de la señora Quéé y la montaña con los dos picos desiguales, entre los cuales se erguía el castillo del rey Alfonso Doce-menos-cuarto, echó su gorra hacia atrás y miró a Jim con una mirada muy significativa.

—¡Rayos, muchacho! —gruñó—, tengo la ligera impresión de que somos dos tipos con suerte.

—Yo también lo creo —aseguró Jim con un suspiro que le salió de lo más profundo del alma.

—No lo puedo creer. —Y Lucas se dirigió a la sirena—: No hubiéramos podido

soportar un viaje tan largo en nuestra cabina.

—Claro que no hubieseis podido —respondió Sursulapitchi con orgullo—; si Uchaurichuum no hubiese estado con vosotros. Conoce muchos misterios y es además un gran médico. Cuando llegamos y abrió las puertas de vuestra locomotora, estabais como muertos. Os sacó y os acostó en la arena. Vio que os quedaba un soplo de vida y entonces se sacó del bolsillo una botella que lleva siempre consigo y os hizo beber una misteriosa medicina. Al momento, empezasteis a respirar de nuevo.

—¿Dónde está este maravilloso Nock con caparazón? —exclamó Lucas—, quiero estrechar su mano salvadora.

—Se fue nadando —explicó la sirena—, en cuanto vio que estabais salvados. Marchó en busca de Nepomuk para tratar entre los dos el llevar a cabo la misión que le ha encargado mi padre. Me dijo que os saludase y os diese las gracias por vuestra ayuda. Sin vosotros, jamás hubiera conocido a un ser de fuego.

—Sí —gruñó Lucas—, pero todo se ha arreglado por sí solo. Dígle por favor, a su prometido que no olvidaremos nunca lo que ha hecho por nosotros. Cuando se casen, vengan a visitarnos.

—Claro que iremos —respondió la princesa de los mares y por la alegría se puso de un color verde muy oscuro—. Ah, se me olvidaba deciros una cosa; mi padre, el rey de los mares, Lormoral, me ha encargado os diga que le pidáis lo que queráis.

—Molly —dijo Jim rápidamente—, a lo mejor la puede hacer buscar y devolvérmela.

—Se lo diré —contestó Sursulapitchi—, y ahora adiós, me voy a reunir con Uchaurichuum. Espero que os hagáis cargo, hace tanto tiempo que no nos vemos...

—Es natural —dijo Lucas y la saludó tocándose la visera de la gorra con dos dedos—, salude a todos de nuestra parte y adiós.

—¡Adiós! —repitió Jim.

Y la pequeña princesa de los mares desapareció.

Por fin el señor Tur Tur se despertó también y miró a su alrededor con sus grandes ojos llenos de asombro. Los dos amigos le explicaron dónde estaba y el gigante-aparente casi no podía contener su entusiasmo al contemplar la hermosa y pequeña isla que tenía ante sí, envuelta en la luz rosada del amanecer y en la que desde ahora tenía el oficio de faro.

Lucas y Jim empujaron a la gorda Emma hasta tierra y la dejaron debajo del tejado de la estación de ferrocarril sobre sus viejos rieles. Luego Jim marchó corriendo a la casa con la pequeña tienda, se acercó a la cama de la señora Quéé y la abrazó. También despertó a Li Si y pronto en la casa se armó un jaleo tremendo por los gritos alegres de saludo y bienvenida que se daban.

Entretanto, Lucas había despertado al señor Manga y le había presentado al gigante-aparente; ahora se hallaban los tres delante del castillo del rey tratando de

conseguir que éste se levantara de su colchón de plumas.

Cuando, por fin, el rey Alfonso Doce-menos-cuarto apareció en la puerta, Lucas exclamó:

—Aquí, Majestad, le presento al señor Tur Tur, nuestro futuro faro.

El rey Alfonso tardó un buen rato en darse cuenta de que el señor Tur Tur era realmente un gigante-aparente, porque visto de cerca era, como ya sabemos, incluso media cabeza más bajo que Lucas el maquinista. Por desgracia era imposible demostrárselo porque en Lummerland no había manera de alejarse lo suficiente del señor Tur Tur. No tuvo más remedio que fiarse de la palabra de su súbdito.

Cuando hubieron terminado, los oyentes permanecieron en silencio, emocionados, porque todos sentían una gran pena por la pérdida de la pequeña locomotora; Li Si dijo de pronto muy bajo:

—Me parece que yo sé quién tiene a Molly.

Jim la miró sorprendido. Li Si le preguntó:

—¿Cómo eran exactamente las rocas magnéticas?

Lucas se las describió con todo detalle e incluso se las dibujó en un papel.

—¡Esas son! —exclamó Li Si—, las reconozco. Son las rocas de hierro donde los piratas del mar me entregaron al dragón Maldiente. ¡Los Trece han raptado a Molly! Lucas miró consternado a Jim, luego golpeó la mesa con el puño y todas las tazas y cubiertos saltaron.

—¡Rayos y truenos, Jim! —tronó—, ¿cómo no lo hemos adivinado al ver los topes de hierro? Al fin y al cabo no los hay a montones en el mar. Ahora sé también quién rompió el imán: ¡naturalmente, el dragón! En aquella ocasión, cuando recibió a Li Si. Porque de no ser así, el barco de los piratas no hubiese podido llegar ni remotamente hasta las rocas sin destrozarse.

Fumó con los ojos medio cerrados y siguió diciendo:

—Bien, tenemos algunos asuntos que arreglar con los Trece Salvajes. En primer lugar, raptaron a Jim en algún sitio y lo metieron en el paquete para mandárselo a la señora Maldiente y ahora han robado su locomotora. Esos miserables no se imaginan lo que les espera cuando les encontremos. Sólo me pregunto cómo nos arreglaremos para dar con ellos. El océano es muy grande y pueden estar navegando por cualquier sitio entre el Polo Norte y el Polo Sur.

Los dos amigos todavía no podían hacer nada para salvar a la pequeña locomotora. No tenían más remedio que esperar que surgiera alguna pista para conocer dónde podían encontrar a los Trece Salvajes.

Así pasaron los días.

El señor Tur Tur vivía provisionalmente en casa del señor Manga mientras Lucas y Jim le construían en Nuevo Lummerland, una hermosa y pequeña casa blanca con postigos verdes. Él mismo les ayudaba muy diligente y el trabajo adelantaba con

rapidez.

Tal como habían acordado, por las noches el señor Tur Tur se colocaba en el pico de una montaña con una linterna en la mano. Por el momento no pasaban por allí muchos barcos, pero el gigante-aparente quería practicar su nuevo oficio. Además, pensaba, nunca se puede saber cuándo pierde el rumbo un barco.

Desde hacía un tiempo el carácter de Jim había cambiado, Se había vuelto más serio. En algunas ocasiones, cuando el muchacho trabajaba sumergido en sus pensamientos y en silencio, Li Si le miraba de reojo un poco asustada.

—He sufrido tanto por ti, Jim —le confesó una vez—, durante todo el tiempo que habéis estado lejos. Por Lucas también, pero por ti mucho más.

—Estando con Lucas —contestó Jim, sonriente—, es imposible que le suceda nada a nadie.

Había transcurrido más o menos una semana desde que llegaron cuando de improviso atracó en la playa de Lummerland el barco correo.

Lucas, que en aquel momento estaba en la estación junto a Emma, saludó al cartero.

—Hola —dijo éste—, tenéis un faro muy curioso. Se le distingue desde cincuenta millas de distancia. ¿Se trata del gigante-aparente a quien queríais ir a buscar? En la oscuridad sólo se ve la linterna.

Lucas condujo al cartero hasta el pico de la montaña y le presentó al señor Tur Tur. El gigante-aparente se alegró de conocerle y sintió un poco de orgullo porque aquélla era la primera vez que trataba a alguien en su papel de faro. Luego los tres fueron a casa de la señora Quéé.

—Tengo aquí una carta —dijo el cartero—, con una dirección tan incomprensible como la que había la otra vez en el paquete que contenía a Jim Botón. He pensado que ahora también lo mejor era traerle la carta a la señora Quéé.

Entraron en la pequeña cocina. Jim y Li Si estaban jugando a «Hombre no te enfades» y la señora Quéé hacía punto. Cuando vio la carta se asustó.

—Por favor, lo mejor será que se la vuelva a llevar —exclamó en seguida—. Prefiero no saber lo que pone. Seguramente no será nada bueno.

—Esta carta es de los Trece Salvajes y está dirigida al dragón Maldiente —gruñó Lucas.

—A lo mejor nos aclara algo sobre el paradero de Molly.

Y abrió el sobre, desdobló el papel y leyó:

Mui aPresiaDa SeñoRa MALDieNte

¿PORKE nos a dEjado eZTA peQueña i TonTA MaKina dE BApor En las rOCAs MAjneTiKas? ¿Ke Kiere ke ajamos con Hella? Un VarriL De roN nos uViera Sido MuchO mas Hutil PORKE el Biejo esTA Kasi Bazio. ADemas esta

usTez EN DEUDa con NosoTros. No PermittiMos Ke naide Se vurLE de NosoTros. Le Debolbemos esTA Tonta maKina de BaPoR PoRKe a Nosotros solo nos OCasioNaria mOLEsTIas. Si La pROsima BeZ Tan PoCO laHENcontraMos a HUSTez ToDo Avra TerminaDo HEntRE noZotros PORKE es HuNa frEscURa.

Tiemble Hustez anTe NuestrO furoR.

LoS 13 SALBajEs

Lucas dejó caer el papel.

—Aquí está la prueba —dijo—, tienen a Molly. Creen que es una máquina de vapor y esperan que el dragón se la cambie por ron.

—Todavía no se han dado cuenta —les hizo notar Jim—, de que la señora Maldiente ya no puede acudir a la cita.

—No parecen demasiado listos —dijo Lucas—, al menos a juzgar por esta carta.

—Y que usted lo diga —y el cartero, suspirando, sentenció—: Esto es una ignominia.

—De todos modos —aclaró Lucas—, todavía retienen a Molly y quieren llevársela al dragón en el próximo viaje. Hemos de encontrarla antes de que eso suceda porque nadie sabe lo que harán con la pequeña locomotora cuando vean que el dragón no está allí.

—¿Pero cuándo será ese «próximo viaje»? —preguntó Jim, asustado.

—Ah —gruñó Lucas—, si supiéramos eso y algo más... Mañana por la mañana pensaremos un plan. Pero para ello necesitamos tener la cabeza despejada.

Luego acompañaron todos al cartero hasta su barco, le dieron las gracias por la valiosa ayuda y se quedaron mirando como se alejaba.

Algo más tarde dormían todos en sus camas. Sólo el señor Tur Tur velaba sobre el más alto de los dos picos con su linterna en la mano.

Capítulo 20

EN EL QUE SE DESPIERTA EL «DRAGÓN DORADO DE LA SABIDURÍA»

La mañana siguiente, después del desayuno, Lucas fue a buscar a Jim y los dos se sentaron en el lugar de costumbre, junto a la orilla, contemplando el mar y estuvieron discutiendo sobre lo que tenían que hacer para encontrar la pista de los Trece Salvajes.

Pero no se les ocurría nada.

Cuando llevaban ya una hora sentados y se habían roto la cabeza pensando, se les acercó a grandes pasos el señor Manga, se quitó el sombrero hongo y exclamó:

—Su Majestad, nuestro muy respetado rey, os ruega que os dirijáis al castillo. Según dice, se trata de un asunto diplomático de la mayor urgencia. El emperador de China acaba de llamar por teléfono y os quiere hablar.

Los tres se fueron corriendo hacia el castillo. El rey Alfonso Doce-menos-cuarto les saludó muy amablemente y tendió el auricular del teléfono a Lucas.

—Sí, ¿diga? —dijo Lucas—. Habla Lucas el maquinista.

—Buenos días, mi querido y respetado amigo y salvador de mi hija —oyó que decía la voz sonora del emperador de China—, tengo una noticia muy importante y agradable para usted y para su pequeño amigo Jim. Según los cálculos de nuestros «Flores de la Sabiduría» sólo faltan muy pocos días para que el dragón despierte. ¡Oiga, oiga!, ¿me oye?

—Sí —respondió Lucas—, le oigo muy bien.

—Bien, le decía a usted que el dragón despertará dentro de pocos días y su sueño de un año y su metamorfosis han transcurrido con toda normalidad. Ayer, por vez primera, movió bruscamente la punta de la cola. El zoólogo mayor de la corte opina que esta es una señal segura de su próximo despertar. Yo creo que ustedes tendrán interés en estar aquí en ese momento.

—¡Claro que sí! —exclamó Lucas—, ¡ya es hora!, tenemos que preguntarle varias cosas muy importantes.

—Me lo imaginaba —respondió el emperador—, y por eso he mandado ya mi barco imperial. Dentro de pocos días llegará ahí y les traerá lo más rápidamente posible a China.

—Gracias —dijo Lucas—, es usted muy amable, Majestad.

—¿Cómo está mi hijita? —preguntó el emperador—, ¿se ha repuesto en su encantadora isleta?

—Me parece que sí —le tranquilizó Lucas—. Ayuda a la señora Quéé en su tienda. Le divierte mucho.

—Me alegro —dijo el emperador, satisfecho—, así ha sido útil. Dígale, por favor, que vuelva a casa con usted y con Jim. Pronto terminarán sus vacaciones y durante un par de días tendrá que preparar sus cosas para el colegio y además cumplir con sus obligaciones de princesa.

—Se lo diré sin falta —le aseguró Lucas.

Se despidieron y así terminó la conversación telefónica.

Lucas, Jim y Li Si se ocuparon en los días que siguieron de los preparativos para el viaje a China. Li Si llenó su baúl que era de la mejor piel china de colibrí (sólo las cerraduras eran, naturalmente, de plata). Lucas hizo un paquete con las cosas que otras veces guardaba en la cabina. Esta vez la buena y vieja Emma se quedaba en casa. Primero, porque todavía no se había repuesto del todo de las fatigas del último viaje y en segundo lugar porque no era imprescindible llevarla. Le sentaría muy bien una temporada de descanso. Además no pensaban estar mucho tiempo ausentes. La señora Quéé preparó la pequeña mochila de Jim y puso en ella el uniforme azul de maquinista, recién planchado, la gorra de visera y la pipa.

Por fin llegó el majestuoso barco imperial del emperador Pung Ging. El señor Tur Tur se quedó encerrado aquellos días en casa del señor Manga para no asustar a los barcos que se acercaran. Los dos amigos saludaron al capitán que conocían ya desde la captura de la isla flotante, dijeron adiós a todos los habitantes de Lummerland y subieron a bordo con la pequeña princesa. Como no podían perder tiempo, el barco levó anclas en seguida y se dirigió a toda vela en dirección a China.

Unos días más tarde, en una mañana luminosa, el barco imperial atracó, en medio de una multitud jubilosa y muchas bandas de música, en el mismo muelle desde el cual, un año antes, había partido con los mismos viajeros, en dirección a Lummerland. Hacía exactamente un año y por lo tanto el dragón durmiente tenía que despertar aquel mismo día.

Cuando Lucas y detrás de él Jim y Li Si del brazo, bajaban por la pasarela del barco, vieron a lo lejos a cuatro portadores de sillas de manos que se acercaban corriendo llevando sobre dos varas doradas un gigantesco asiento que parecía estar vacío.

—¡Dejadme bajar! ¡Dejadme bajar! —exclamó una vocecilla nerviosa y los viajeros descubrieron entre los almohadones del asiento a un muchachito minúsculo que vestía un batín de oro.

—¡Ping Pong! —exclamó Lucas, contento—, me alegro mucho de volverte a ver.

Los portadores dejaron el asiento en el suelo y los dos amigos y Li Si le estrecharon con mucho cuidado la mano al superbonzo. Durante el tiempo transcurrido el muchachito había crecido y ahora medía ya como el doble de una

mano normal. Ping Pong se inclinó hasta el suelo y pió:

—Siento una gran alegría, mis respetados maquinistas de una locomotora condecorada. Estoy fuera de mí, estoy hechizado al volver a ver a nuestra princesa Li Si, parecida a un pétalo de rosa. Es tan grande la alegría que siento, que soy incapaz de cumplimentaros debidamente deseándoos salud y felicidad.

Ping Pong tardó un buen rato en serenarse y entonces se le ocurrió pensar que no podía hacer esperar mucho al muy poderoso señor el emperador, que seguramente estaría deseando estrechar entre sus brazos a su hijita y a los dos ilustres héroes maquinistas.

Los viajeros, acompañados por el superbonzo, montaron en una carroza china de muchos colores tirada por seis caballos que les esperaba y se dirigieron hacia Ping donde todas las calles estaban engalanadas con guirnaldas de flores. Una inmensa multitud con niños y niños de los niños recibió también a los recién llegados con exclamaciones y gritos ensordecedores.

El muy poderoso emperador en persona les esperaba en la escalinata de noventa y nueve escalones que conducía a la puerta del palacio.

—¡Nobles amigos! —gritó desde lejos y bajó corriendo con los brazos abiertos—. Por fin os vuelvo a ver. ¡Sed bienvenidos!

Luego estrechó sobre su corazón a la pequeña princesa contento de volverla a ver y de que tuviera tan buen semblante.

—Bueno —dijo cuando hubieron terminado los saludos—, no nos entretengamos, vayamos sin pérdida de tiempo a ver al dragón, si no, llegará el momento del despertar sin que estemos nosotros presentes. Seguidme, por favor, que yo os guiaré.

Mientras cruzaban la gran puerta de ébano, la pequeña princesa les susurró a Lucas y a Jim:

Os asombrará ver el aspecto de la casa del elefante donde metieron al dragón hace un año. Antes estaba medio derruida, pero mi padre la ha mandado reconstruir y adornar magníficamente.

Así era. Ya desde lejos, mientras se acercaban a la casa del elefante cruzando el parque de palacio, lo vieron brillar y resplandecer por entre los árboles. Los dos amigos se detuvieron embobados ante el suntuoso edificio y casi olvidaron que tenían que entrar en él. El emperador había hecho transformar la cuadra con su gran cúpula en una pagoda con muchos pisos y cientos y cientos de torrecillas en punta que rodeaban una enorme torre principal. Todo estaba lleno de hermosas figuras, adornos y pequeñas campanas.

Por fin los dos amigos salieron de su ensimismamiento y siguiendo al emperador entraron por un portal de oro en el edificio. Un silencio profundo les envolvió. Duró sólo hasta que sus ojos se acostumbraron a la luz crepuscular multicolor que provenía de incontables bombillas de colores. En el interior del edificio las paredes también

estaban recubiertas hasta el techo de soberbios adornos, que en la penumbra brillaban llenos de misterio. Por la enorme cúpula, en cuyo centro uña gran plancha de ámbar servía de ventana, penetraba un único rayo de luz de un color amarillo dorado que iluminaba en el fondo de la sala la figura del dragón que se iba a transformar.

En el primer momento, Lucas y Jim no podían creer que aquel dragón fuese el que habían vencido en Kummerland. Fijándose mucho encontraron en él algún ligero parecido.

Su morro ya no era tan largo y afilado y el horrible colmillo prominente había desaparecido. Su cabeza recordaba, aunque mucho, la de un león. El cuerpo se había vuelto más esbelto y más largo lo mismo que la cola, que descansaba junto a él enroscada como la de un gato. Y lo que antes era una horrible piel llena de escamas, estaba ahora recubierta de misteriosos dibujos y signos. Yacía allí, como una gigantesca estatua, con la cabeza apoyada sobre las patas delanteras y la luz centelleaba y refulgía sobre su cuerpo dorado.

Jim había cogido la mano de Lucas y los dos se detuvieron en silencio, algo asustados. Casi no podían creer que ellos dos fueran, por su victoria sobre el dragón y además por no haberle matado, los artífices de aquella maravillosa metamorfosis. Pero no había duda.

Detrás de los amigos estaban el emperador con Li Si y Ping Pong. La princesa tenía en sus brazos al minúsculo dignatario y se había cogido de la mano de su padre.

De pronto el brillo y el centelleo de la piel del dragón aumentó en intensidad porque se había convertido en un «Dragón Dorado de la Sabiduría». Por un instante se oyó claramente un extraño sonido. Lentamente, con una lentitud tremenda, el dragón levantó el tronco hasta quedar sentado apoyándose sobre las patas delanteras. Abrió los ojos, que relucían con un fuego verdoso, como dos esmeraldas y posó su mirada sobre los dos amigos.

Involuntariamente Jim apretó la mano de Lucas.

Pasó otro rato y entonces de repente salió del pecho del «Dragón Dorado de la Sabiduría» un sonido sordo, parecido al de un gran gong de bronce:

—¿Estáis todos aquí, vosotros a quienes yo llamo mis señores?

—Sí —contestó Lucas—, aquí estamos.

—Me alegro de que hayáis venido —dijo el dragón—, porque ha llegado el momento de que hagáis lo que se os ha encargado. Hay que resolver el enigma.

—¿Sabe usted...? —Lucas iba a decir «Señora Maldiente» pero de pronto tuvo la sensación de que no se le podía llamar de aquella manera. Preguntó:

—¿Sabe usted, «Dragón Dorado de la Sabiduría», lo que nos proponemos hacer?

—Lo sé —respondió el dragón y por un momento pareció que iba a asomar en sus labios una sonrisa—. Sé todo lo que me queréis preguntar.

—¿Y nos contestarás a todo? —se atrevió a decir Jim—, ¿a todo lo que queramos

saber?

—A todo —contestó el dragón—, lo que ahora necesitéis conocer. Si contestara a todas las preguntas que me hicierais sólo por curiosidad no sería yo un «Dragón Dorado de la Sabiduría», sino un dragón de barro de la charlatanería. Por lo tanto, escúchame, pequeño señor y amo: no me preguntes ahora nada sobre tu porvenir. Pronto lo sabrás todo por tus propios medios y tu sabiduría. Pero no ha llegado el momento todavía, debes tener paciencia.

Jim, desconcertado, no se atrevió a seguir preguntando y enmudeció. Lucas iba a preguntar dónde podrían encontrar a los Trece Salvajes, cuando el dragón empezó a hablar:

—Aprestad un barco con toda clase de armamento, pesado y ligero. Que su quilla y sus velas sean azules como el agua del mar. Pintaréis olas en él, desde la quilla hasta la punta más alta. Así será muy difícil verle. Dejad que os arrastre la corriente y os empuje el viento. Os conducirán al lugar exacto, no lo dudéis. Pero si intentáis, por impaciencia o terquedad coger una sola vez el timón, no encontraréis el lugar.

El dragón calló un momento, luego continuó:

—Por fin veréis acercarse un barco con las velas de color rojo de sangre. Llegará por el sur, al amanecer.

—¡Los Trece Salvajes! —murmuró Jim y se estremeció—. Así se hacen llamar —exclamó el dragón—, pero tú, mi querido dueño, después de vencerles por su propia fuerza y flaqueza, les liberarás de su error.

—¿Qué querrá decir con eso? —le susurró Jim a Lucas, pero antes de que éste pudiera contestar, el dragón agregó—: Vienen de su inexpugnable Fortaleza de la Obstinación que ningún ojo humano ha conseguido ver jamás y a la que ningún barco extraño se ha acercado nunca. Está lejos, en aquel horrible «País que no puede existir», a pesar de que hace más de mil años apareció bajo la capa del cielo cuando el tremendo caos de los elementos.

—¿Y hacia dónde se dirigen? —Lucas interrogó impaciente.

—Están en camino hacia las rocas magnéticas, para encontrarse allí con el dragón que era yo, y cambiar el botín que llevan por alguna otra cosa. Se cruzarán en ruta con vuestro barco. Os descubrirán en el último momento. Entonces tendréis que proceder contra ellos con osadía y rápidamente. Pero habéis de saber que son los guerreros más valientes, fuertes y despiadados que existen y que no han sido vencidos jamás.

Lucas inclinó la cabeza pensativo. Jim tenía una pregunta sobre su locomotora en los labios, pero el dragón dijo:

—Recuperarás lo que has perdido. Lo que recuperes lo perderás. Y, sin embargo, lo tuyo se te dará por fin para siempre, pero entonces tu mirada lo atravesará.

Jim se esforzó inútilmente por comprender el sentido de aquellas palabras

enigmáticas. Pero pensaba que lo más importante era saber que por último recuperaría a Molly. Esto el dragón lo había dicho claramente, ¿o quizá no? Desconcertado, preguntó:

—¿Por favor, saldremos victoriosos en la lucha contra los Trece Salvajes?

—Vencerás —exclamó el dragón cada vez más enigmático—, pero no en la lucha. Porque el vencedor será vencido y el vencido vencerá. Por lo tanto escúchame, pequeño señor y dueño mío: **EN EL OJO DE LA TEMPESTAD DESCUBRIRÁS UNA ESTRELLA; ROJA COMO LA SANGRE Y CON CINCO PUNTAS. COGE LA ESTRELLA Y HAZTE DUEÑO DE ELLA. DE ESTA MANERA DESCUBRIRÁS EL MISTERIO DE TU ORIGEN.**

El dragón calló y pareció como si no quisiera ya hablar más. Sus ojos de esmeralda miraban, fijos e inmóviles, por encima de los presentes, hacia lo lejos.

Los dos amigos esperaron un rato, pero no sucedió nada más.

—Parece que nos lo ha dicho ya todo —gruñó Lucas—. Y luego, dirigiéndose al dragón, agregó:

—Muchas gracias, «Dragón Dorado de la Sabiduría». Aunque no hayamos entendido todo lo que nos has dicho, sabemos por lo menos dónde encontrar a los Trece Salvajes.

—Sí, gracias —añadió Jim y sin darse cuenta hizo una reverencia. El dragón no contestó, pero de nuevo pareció que iba a asomar una sonrisa en sus labios.

Los dos amigos salieron pensativos de la gran sala, seguidos por el emperador, Li Si y Ping Pong.

—Ha sido muy extraño —dijo la princesa.

—¿Qué hacemos ahora? —pió el pequeño superbonzo.

—Yo propongo —dijo el emperador—, que nos reunamos en mi salón del trono y deliberemos.

Y en silencio se pusieron en camino.

Capítulo 21

EN EL QUE SE HABLA DE UN BARCO DE COLOR AZUL COMO EL CIELO, CON UN POLIZÓN A BORDO

Bien; tengo que reconocer —explicó Lucas cuando estuvieron acomodados en el salón del trono para deliberar—, que de todo lo que nos ha dicho el «Dragón Dorado de la Sabiduría», he comprendido menos de la mitad.

—Yo sólo un cuarto —dijo Jim.

Los demás asintieron porque les sucedía lo mismo.

Bien —dijo Lucas y encendió su pipa—. Por lo tanto no podemos hablar mucho; no nos queda sino confiar en que las palabras del dragón sean exactas.

—¿Qué puede ser ese «Ojo de la Tempestad» —preguntó el emperador, sumido en sus pensamientos—, en el que Jim ha de descubrir una estrella?

—¿Y qué puede ser un país que se llame «País que no puede existir»? —añadió Li Si y escondió la cara entre las manos.

—¿Y qué debe significar eso del vencedor que resulta vencido? —pió Ping Pong—, ¿y aquello de que lo que se ha perdido cuando se recupera se pierde, o lo de la mirada que atraviesa, o lo de los vencidos, y todo lo demás?

—En realidad no sé —dijo el emperador—, lo que puede significar todo eso.

Lucas lanzó unos anillos de humo y luego dijo:

—Yo creo que lo iremos comprendiendo poco a poco. A su debido tiempo. El dragón nos lo ha dado a entender así.

Además opino, como él, que es mucho mejor que descubramos, sin ayuda, el misterio del origen de Jim.

—Antes tendremos que vencer a los Trece Salvajes —murmuró Jim—, eso también nos lo ha dicho.

—Es imprescindible que lo hagamos —aclaró Lucas—, porque si se nos escapan y llegan a las rocas magnéticas y no encuentran al dragón... ¡quién sabe lo que harían con Molly!

—Y —pió Pin Pong—, ¿ahora qué haremos, mis honorables maquinistas?

—Ya lo has oído —contestó Lucas—. Necesitamos un barco armado, completamente azul y cubierto de dibujos que parezcan olas. También necesitaremos velas.

—Si os parece, mi barco imperial —ofreció el emperador—, está a vuestra disposición. Ya habéis tenido ocasión de comprobar que es muy rápido, enormemente resistente y tiene mucha estabilidad.

—Gracias, Majestad —dijo Lucas—, me parece que es el más indicado.

Se dirigieron todos hacia el puerto para dar las órdenes oportunas.

Tres días eran muy pocos para equipar el gran barco imperial con suficientes cañones y armas y para pintarlo de azul desde la quilla hasta la punta del mástil y recubrirlo de líneas onduladas blancas. Pero el emperador contrató a un verdadero ejército de obreros y especialistas y el trabajo adelantó rápidamente. Jim y Lucas pasaban la mayor parte del tiempo en el barco y ayudaban en lo que podían. Además tenían que decidir cómo se tenía que hacer todo.

La noche anterior al día fijado para la salida, ya estaba todo preparado. El casco del barco había quedado precioso. El emperador ordenó que las velas se hiciesen con seda azul celeste. En la cubierta se dispusieron en dos hileras los cañones pesados, diez a cada lado. Se engancharon diez fortísimos y experimentados marineros que sentían impaciencia por enfrentarse con los malvados Trece Salvajes.

El barco tenía que hacer un viaje de prueba. Jim y Lucas se quedaron en tierra para comprobar el efecto del camuflaje.

Era tan perfecto que de tanto como se parecía a las olas, ya a media milla marina de distancia no se le podía distinguir a simple vista.

El pequeño Ping Pong estaba con ellos. Su capacidad extraordinaria, por la cual había merecido el cargo de superbonzo y el batín de oro, se volvía a revelar en aquellos días. Se había preocupado con verdadero celo de que todo se hiciera según los deseos de los dos honorables maquinistas. En los dos últimos días no habían tenido un momento de descanso. Y ahora se sintió orgulloso porque todo estaba terminado. Además había decidido tomar parte en el viaje.

Con aire de importancia dijo:

—Para una captura tan importante y tan difícil como la de los Trece Salvajes, es indispensable la presencia de una persona que ostente un cargo de importancia. Sólo así será legítima la captura.

Naturalmente, Lucas y Jim intentaron disuadirle, haciéndole comprender los peligros de la empresa. Pero Ping Pong estaba empeñado en ir con ellos. Como, al fin y al cabo era superbonzo, los dos amigos tuvieron que conformarse. De todos modos exigieron una promesa formal de que cuando hubiera peligro se metería bajo cubierta, en su camarote, para que no le pasara nada.

Cuando Jim y Lucas volvieron aquella noche al palacio del emperador, sentían gran confianza en el éxito del viaje, que empezaría en la tarde siguiente, a la hora fijada de antemano.

Después de la cena Jim y Li Si salieron a pasear un rato por el parque imperial y dieron de comer a los búfalos domésticos de púrpura, con el largo pelo ondulado y a los unicornios chinos cuya piel brillaba como si fuera luz de luna líquida.

Los dos niños se habían llevado siempre de maravilla. Pero precisamente aquella

noche, la víspera de la peligrosa aventura que Jim iba a emprender, sucedió algo que hacía tiempo que no sucedía: Jim y la pequeña princesa riñeron. En realidad no existía motivo serio para ello. Es muy corriente que esto ocurra. Luego, nadie sabe cómo, empezó en realidad la discusión.

Jim estaba acariciando un mono sedoso que se le había acercado y se le ocurrió decir:

—¿Sabes que Ping Pong viene con nosotros?

—No —respondió la pequeña princesa, sorprendida—; ¿no tiene miedo?

Jim se encogió de hombros y siguió su paseo hacia un ciervo azul con cuernos de plata que pacía en un prado, junto a un surtidor.

Li Si luchaba consigo misma. Tenía un miedo terrible de los piratas, pero si Ping Pong iba con ellos y si Lucas estaba allí, la cosa no podía ser tan peligrosa. Y había deseado muchas veces en secreto poder correr una aventura como aquélla.

Alcanzó corriendo a Jim y, con el alma en un hilo, le preguntó:

—¿Podría ir con vosotros?

Jim la miró confuso.

—¿Tú? —preguntó—. Eres demasiado miedosa.

—No tengo miedo —dijo Li Si y se sonrojó—; además Lucas irá con nosotros y tú siempre has dicho que estando él, a uno no le puede ocurrir nada.

Jim sacudió la cabeza.

—No, Li Si —dijo amablemente poniéndole el brazo sobre los hombros—, esto no es para ti. Tú eres una muchachita y además una princesa. Eres algo poco corriente. Si las cosas se ponen mal, no nos podremos ocupar de ti. Tampoco podremos volver atrás si resulta que eres demasiado impresionable. Tienes que ser comprensiva, Li Si.

Jim no lo había dicho con mala intención y la pequeña princesa quizá hubiese cedido, porque, en realidad, tenía miedo. Pero el muchacho había hablado como si le diese una orden. O al menos así lo creyó ella. Esto la ofendió en su dignidad de princesa y entonces habló su espíritu de contradicción. Y tenía, tal como Jim había podido comprobar en otras ocasiones, un espíritu de contradicción muy desarrollado.

—Pero yo quiero ir con vosotros —dijo—, e iré.

—No —contestó Jim—. Es asunto de hombres. Lucas también lo ha dicho.

—Tú —exclamó Li Si desdeñosa—, te das demasiada importancia. Y si te atreves a ir es porque Lucas va también. Eres un niño y todavía no sabes leer ni escribir.

Entonces Jim se molestó porque pensó que la princesita no tenía que decirle una cosa así.

—Hay hombres —dijo—, que aprenden a leer, a escribir y otras tonterías como ésas y hay hombres, en cambio, que corren aventuras. Mejor será que te quedes aquí y sigas estudiando ya que presumes tanto y eres tan lista.

—Iré con vosotros.

—No.

—Claro que sí.

—No.

—Verás como voy —exclamó Li Si y se marchó corriendo.

Jim se apoyó en el lomo del ciervo azul, le dio unos golpecitos en el cuello y murmuró ceñudo:

—¡Qué presumida... esta princesa sabihonda!

Pero se puso muy triste porque, en realidad, quería mucho a Li Si y sentía haber reñido con ella.

La princesa corría hacia su padre que, sentado con Lucas en la terraza de su palacio, contemplaba la puesta del sol.

—¿Qué pasa, Li Si? —inquirió el emperador cuando la vio llegar—. Pareces muy afligida.

—Jim ha dicho que yo no puedo ir con ellos, porque no es un viaje para mí. Pero yo quiero ir.

—En esta ocasión Jim tiene razón —contestó el emperador, sonriendo—; es mejor que te quedes conmigo. —Y acarició la cabeza de su hija para tranquilizarla.

—¡Pero yo quiero ir con ellos!

—Escúchame, señorita —dijo Lucas amablemente—; vendrás con nosotros en alguna otra ocasión. Esta vez es imposible. Una batalla con piratas no es ciertamente lo más a propósito para una muchachita delicada como tú.

—Pero yo iré con vosotros —insistió Li Si, terca.

—Las aventuras como ésta —agregó Lucas pensativo—, parecen muy divertidas cuando alguien las cuenta. Pero cuando se viven no siempre lo son. Eso lo sabes por experiencia.

—A pesar de todo iré con vosotros —murmuró Li Si.

—No —dijo Lucas muy serio—, ninguno de nosotros se podrá ocupar de ti. Esta vez es imposible.

—Pero yo quiero ir —dijo Li Si.

—Te lo prohíbo —exclamó con dureza el emperador—. No volveremos a hablar de ello.

La princesita se marchó. Se fue a su habitación y se echó en la cama. Pero su espíritu de contradicción no la dejaba en paz. No podía dormir y no hacía más que dar vueltas pensando.

A medianoche, cuando todas sus damas dormían profundamente en la antecámara y todas las luces del palacio imperial estaban apagadas, se levantó y como que la gran puerta de ébano estaba cerrada, salió silenciosamente por la cocina como Ping Pong le había enseñado en otra ocasión.

Las calles estaban oscuras y solitarias.

La pequeña princesa se dirigió al puerto y cuando el marinero que estaba de guardia se fue hacia el otro lado de la cubierta y no la podía ver, subió al barco imperial y se escondió en la despensa detrás de unos sacos.

—Jim se asombrará —pensó mientras se instalaba para estar cómoda—, pero yo iré con ellos.

Y con una sonrisa de orgullo en los labios, se durmió.

Capítulo 22

EN EL QUE TIENE LUGAR LA GRAN BATALLA NAVAL CONTRA LOS TRECE SALVAJES

A la mañana siguiente, cuando los dos amigos desayunaban con el emperador, se maravillaron de que Li Si no fuera a despedirles. El emperador mandó llamar a su hijita, pero acudieron las damas que, muy nerviosas, le comunicaron que la niña debía de estar escondida y que no la encontraban por ningún sitio.

—Seguramente —dijo Jim, afligido—, sigue enfadada por lo de ayer y no quiere venir a saludarme.

—Eso sería muy poco amable —opinó el emperador, muy serio—. No puedo dejar de censurar su conducta.

—Sí, las pequeñas princesas son sólo pequeñas princesas —gruñó Lucas—. De todos modos salúdela usted en nuestro nombre y dígame que en cuanto hayamos terminado nuestros asuntos haremos un viaje por el mar, especial para ella. Eso la consolará.

No tenían ya tiempo y por lo tanto no se pudieron entretener buscando a Li Si. El emperador les acompañó hasta el puerto, les abrazó y dijo:

—Que el cielo os proteja y que la fortuna, que hasta ahora os ha acompañado siempre, no os abandone en esta arriesgada aventura. Para mí y para mi pueblo el sol no brillará y ninguna risa ni música resonará en todo el reino hasta que volváis sanos y salvos.

¡No podía sospechar cuánta razón había en sus palabras!

Los dos amigos subieron al barco donde Ping Pong les estaba esperando. El momento de la partida había llegado. Levaron anclas y retiraron la pasarela.

En el muelle, la muchedumbre permanecía en silencio y rodeando al emperador. Todos miraban, con el corazón encogido, cómo el barco se alejaba lentamente.

Lucas y Jim se hallaban en el puente de mando junto a su viejo amigo el capitán, cuya cara estaba tan curtida por el viento y el sol que parecía un guante de cuero.

—¿Hacia dónde nos tenemos que dirigir, camarada? —preguntó el capitán después de haberles saludado—. Necesito saberlo para darle las órdenes al timonel.

—Por desgracia nosotros tampoco lo sabemos —contestó Lucas, y lanzó una gran nube de humo—. «El Dragón Dorado de la Sabiduría» dijo que debemos dejar que el barco vaya a la deriva porque así el viento y las corrientes lo llevarán al lugar exacto. Sí, eso dijo.

El capitán miró asombrado a los dos amigos.

—Eso lo habéis soñado —gruñó—, o bien os queréis burlar de mí. Aquello de la isla flotante de la otra vez podía aceptarse, pero esto pasa de la raya.

—No —le aseguró Jim—; es realmente así. El dragón dijo además que si cogíamos una sola vez el timón perderíamos el rumbo.

—¡Que me haga cosquillas una langosta! —gritó el capitán—. ¡Muchacho, con eso se reirán hasta las sardinas en aceite! Me llevo muy bien con vosotros, pero ningún lobo de mar ha llevado jamás un rumbo tan estúpido. Vosotros sabréis lo que os proponéis.

Al timonel se le dio la orden precisa de que no tocara el timón y dejara que el barco fuera a la deriva. El hombre se quedó allí, contemplando, con cara pensativa, cómo la rueda daba vueltas por sí sola, cuando las olas chocaban con el timón.

El barco cruzaba el mar sin rumbo fijo siguiendo una curiosa línea zigzagueante. Los marineros se apoyaban ociosos en la barandilla y esperaban. Soplaban una brisa ligera casi inapreciable y avanzaban muy lentamente a pesar de que todas las velas estaban izadas. El sol ardía sobre la cubierta. De este modo pasó el día.

Cuando llegó la noche, Jim y Lucas se echaron un rato en su camarote, pero el calor era insoportable. Daban vueltas intranquilos y no podían conciliar el sueño.

A medianoche empezó a soplar un viento fresco y el barco avanzó más aprisa; pero por la mañana se calmó. El mar estaba completamente tranquilo. No se movía ni una ola.

Cuando Jim y Lucas subieron a cubierta al amanecer, la mayor parte de la tripulación estaba ya allí, esperando en silencio, junto a la barandilla y de vez en cuando los hombres escupían sobre las perezosas olas.

La nerviosidad de todos aumentaba de minuto en minuto.

El único que en aquel barco dormía profunda y tranquilamente, era el pequeño superbonzo. La agitación de los últimos días le había agotado de tal forma que al zarpar había ido a la cocina y se había tomado un biberón de leche de lagartija. (Ésta, como todos recordarán, era a su juicio el alimento más sano para los niños de niños delicados y de poca edad). Vencido por una fatiga repentina, buscó un lugar fresco para dormir y eligió una cuba de madera. A fin de estar tranquilo y a oscuras, abrió su sombrillita y la colocó sobre la abertura. Dormía tranquila y profundamente y desde su refugio de madera se oían sus débiles ronquidos, parecidos al zumbido de una mosca encerrada.

¿Y Li Si?

La princesita había pasado una noche terrible. Todo su valor la había abandonado. Estaba sentada en su escondite, detrás de los sacos y tenía un miedo terrible. El silencio tan profundo aumentó su terror y llegó a pensar que estaba completamente sola a bordo cruzando el océano al encuentro de los Trece Salvajes.

Empezó a amanecer hacia el este, cuando de pronto sopló una ráfaga de viento

que hizo encrespar la superficie del mar. Soplaban del sur. En aquel momento, el marinero de guardia en el mástil más alto, exclamó:

—¡Baaaarco a la viiiista! ¡Direeeecciooooón suuuuur!

Todos miraron hacia el horizonte con los nervios en tensión y contuvieron el aliento.

¡Por fin lo vieron!

Un gran barco surgió de pronto, acercándose a una velocidad increíble. Todas sus velas estaban izadas, velas de un color rojo de sangre. Justamente en el centro de la mayor había un enorme 13 pintado en negro.

—¡Ahí están! —exclamó Jim.

—Sí —contestó Lucas—, ya empieza, muchacho. Los tendremos que sorprender antes de que nos descubran, porque si no se nos escaparán. Su barco es el más rápido que he visto jamás.

—¡Alarma, alarma! —la voz majestuosa del capitán resonó sobre la cubierta—. ¡Todo el mundo a sus puestos!

La tripulación se colocó junto a los cañones, preparada para hacer fuego. Los marineros se habían ceñido los sables y puesto sus pistolas en las fundas del cinturón.

Todos vigilaban en silencio cómo se acercaba el barco de los piratas. Estaba ya a una milla de distancia. Pero parecía que nadie había descubierto todavía al barco imperial pintado de azul.

—¡Jim! —chilló Li Si con voz llena de terror y se acercó corriendo por la cubierta; se agarró fuertemente a Lucas y tartamudeó:

—¡Por favor, no! ¡Por favor, por favor, no! ¡Alejémonos rápidamente! ¡Quiero volver a casa! ¡Oh, por favor, no!

Sollozaba de un modo que partía el corazón y temblaba y se estremecía.

—¡Rayos y truenos! —exclamó Lucas, apretando los dientes—, ¡esto es lo que nos faltaba! ¿Qué hacemos ahora?

Por un momento dudó si debía atreverse a atacar a los Trece Salvajes teniendo a la princesa a bordo. Jim se quedó petrificado por el terror.

—¡Li Si! —fue lo único que pudo decir—. ¿Por qué lo has hecho?

—Llévala abajo —le ordenó Lucas—, y enciérrala en nuestro camarote para que esté en lugar más seguro. Desde ahora será muy peligroso estar en cubierta.

—A la orden, Lucas —dijo Jim, y se fue, arrastrando a la muchacha, que sollozaba.

Aunque el incidente duró muy poco, bastó para que Lucas perdiera la ocasión de atacar. Cuando se hallaban a media milla de distancia, los Trece Salvajes descubrieron el barco imperial camuflado y viraron a la velocidad del rayo hacia el oeste; huían a través del viento.

—¡Seguidles! —exclamó Lucas.

—¡Emprended la persecución! —tronó el capitán. El timonel se colocó de un salto junto al timón que le habían prohibido tocar. Mientras la mitad de la tripulación aseguraba las velas, la otra mitad se colocaba junto a los cañones preparada para disparar.

Pero el barco pirata se desvió y se dirigió contra viento, hacia el sur, navegando siempre en zigzag.

Jim había vuelto a la cubierta y permanecía junto a Lucas. En aquel momento el barco pirata cruzaba por delante de ellos a una distancia de unos cien metros. A simple vista se podían distinguir aquellos hombres siniestros. Estaban con los brazos cruzados y les contemplaban riendo con sarcasmo. Y en el castillo de popa del barco enemigo se veía a Molly, atada con gruesas cuerdas.

—¡Molly! —gritó Jim—. ¡Molly, ya vamos!

—Les dispararemos delante de la proa —dijo el capitán—, para que se detengan. A lo mejor se entregan voluntariamente.

—No lo creo —gruñó Lucas, golpeó su pipa y se la guardó en el bolsillo—. Jim, muchacho, tengo el presentimiento de que hoy entraremos en calor. Tendremos trabajo.

—¡Fuego! —exclamó el capitán, y sonó un disparo.

La bala se hundió en el agua delante de la proa del barco de los Trece Salvajes.

—¡Ja, ja, ja! —se oyó reír a los piratas, que luego empezaron a berrear en voz alta:

*Trece hombres sentados en un ataúd,
jo, jo, jo, con un barril de ron...*

—Bien —rechinó el capitán—, ¿queréis más? ¡Atención, cañones de babor, una salva! ¡Fuego!

El estampido de diez cañones resonó en el mar. El humo de la pólvora nubló durante un momento la vista. Cuando desapareció, pudieron ver que el barco pirata había descrito un círculo muy cerrado y que todas las balas habían caído al mar.

—¡Virad! —exclamó el capitán para volverles a alcanzar, y dirigiéndose a Lucas continuó—: Que esos hombres no me pongan nervioso porque lo sentirán.

Pero entretanto los piratas habían tenido una idea. No dejaron que el barco imperial se acercara tanto que sus balas le pudieran alcanzar. A veces se alejaban hasta el horizonte de modo que casi no se les distinguía. Luego se detenían como si no pudieran seguir avanzando, hasta que el barco imperial casi les alcanzaba.

—¿Por qué estas maniobras? ¿Por qué no huyen?

—No lo sé —gruñó Lucas, empujando su gorra hasta el cogote—; este asunto no me acaba de gustar. Tengo la desagradable sensación de que nos preparan una trampa.

Y había supuesto bien.

Cuando ya habían perseguido durante una hora al barco pirata, que con increíble habilidad les seguía el juego, el cielo se empezó a encapotar con negras nubes. En pocos minutos el aspecto del mar cambió completamente. Empezó a soplar un viento fuerte que silbó contra las velas. Las olas comenzaron a levantarse más y más y oscureció.

—¡Nos han metido en el centro de un tifón! —le gritó Lucas al capitán, y sujetó su gorra.

—Sí —dijo el capitán—, por esta vez abandonaremos el campo y, lo más rápidamente que podamos, volveremos hacia atrás.

—¡Enhorabuena! —respondió Lucas.

—¡Virad! —ordenó el capitán con voz de trueno—. ¡Damos la vuelta!

Pero si creían que los Trece Salvajes les iban a dejar volver tan fácilmente, se equivocaban. Había llegado el momento que los piratas habían esperado. A una gran velocidad se dirigieron hacia el barco imperial y le cortaron la retirada.

—¡Ya os enseñaremos, pandilla! —exclamó furioso el capitán—. ¡Cañones de estribor, una salva! ¡Fuego!

Por encima del mar se volvió a oír el estampido de diez cañonazos. Esta vez las balas no erraron el blanco. Pero, ¿qué sucedía? En lugar de penetrar en el barco pirata, las balas rebotaban sobre la quilla y volvían hacia atrás hasta caer sobre la cubierta del barco imperial.

—¡Demonios! —gruñó Lucas—, ¡su barco está blindado!

Entre los silbidos del viento se oían las carcajadas de los piratas y su canción:

*Amaban el oro, el vino y el mar,
jo, jo, jo, con un barril de ron.
Pero al fin el demonio los fue a buscar,
jo, jo, jo, con un barril de ron.*

—¡Ahora mismo os irá a buscar! —gritó el capitán, y ordenó—: ¡Fuego!

Todo se llenó de humo y las balas que volvían caían una tras otra en la cubierta del barco imperial.

—¡No disparéis! —exclamó Lucas—. ¿No ve usted, capitán, que nuestros disparos no sirven para nada?

—¿Qué hacemos entonces? —tronó el capitán en medio del estruendo.

—Tenemos que intentar escapar —respondió Lucas.

Era fácil decirlo; los piratas abrieron fuego en aquel mismo momento. Una salva tras otra cayeron sobre la cubierta de nuestro barco. Los Trece Salvajes estaban tan pronto a la derecha como a la izquierda y seguían haciendo fuego sin interrupción.

Jo, jo, jo, con un barril de ron...

Se les oía cantar. De pronto el viento, que chocaba silbando contra las velas, empezó a cambiar de dirección; a veces venía del sur, a veces del norte, del este, del oeste. Las velas de seda azul colgaban de las vergas hechas jirones.

—¡El tifón! —le gritó Lucas al capitán—. ¡Ya está aquí!

Sí; allí estaba el tifón. Un rayo azul cayó del cielo y dio en el palo mayor del barco imperial, que empezó a arder. Sonó un trueno ensordecedor. Olas de la altura de una casa se lanzaron sobre el barco. Los relámpagos surcaban ininterrumpidamente el cielo negro como la pez, y el ruido de los truenos se oía sin cesar. Pronto empezó a caer una lluvia espesa que cubrió el mar de espuma, de tal forma que parecía leche hirviendo. Pero fue una suerte, si de suerte se puede hablar en una situación tan desesperada, porque el agua que caía apagó el fuego.

Los dos barcos, el azul y el de las velas rojo sangre, bailaban de aquí para allá sobre el blanco mar, bajo el cielo negro.

El tifón parecía no tener nada que ver con el barco pirata. Éste bailaba y saltaba como un delfín sobre las olas espumeantes; tan pronto estaba aquí como allá y en medio del estruendo del mar embravecido se oía una y otra vez la canción de los Trece Salvajes:

*Trece hombres sentados en un ataúd
jo, jo, jo, con un barril de ron.
Bebieron tres días vino a su salud...*

Y dispararon otra salva contra el barco imperial, que se había convertido en un miserable buque medio destrozado. Poco a poco se fue haciendo pedazos, que salían despedidos por el aire.

El primer hombre de la tripulación que cayó por encima de la borda fue el timonel. Lo arrastró una ola, alta como una torre, que se lanzó rugiendo sobre el barco. Sólo tuvo tiempo de agarrarse a una plancha de madera y asirse a ella para no hundirse. El barco, sin timón, iba a la deriva, abandonado sin remedio a la furia de la tempestad y crujía lastimosamente.

Lucas tenía cogido a Jim por la cintura y se agarraba con toda su fuerza al palo mayor medio quemado.

—No podemos hacer nada, Jim —sollozó—; tendremos que esperar a que esos salvajes nos aborden...

La lluvia cesó repentinamente y él también se interrumpió. Los piratas pararon el fuego y se acercaron. Su barco bailaba sobre las olas al costado del otro. Con largos palos provistos de un gancho de hierro en la extremidad, acercaron los dos buques y

aquellas figuras misteriosas y temerarias saltaron con los sables desenvainados, lanzando exclamaciones y gritos. Cada uno de ellos era tan parecido al otro que era imposible distinguirlos.

—¡Rápido, Jim! —exclamó Lucas—. Vamos a buscar a Molly.

Y diciendo esto se lanzó a la lucha. Se abrió paso con una barra de hierro que había encontrado. Jim le seguía. Pronto llegaron junto a la pequeña locomotora. Lucas arrebató el sable a uno de los piratas, le cogió por el cogote y le tiró por la escalerilla, a la bodega del barco pirata. Luego, con unos cuantos sablazos cortó la cuerda que ataba a Molly y con Jim la empujó por un hueco de la destrozada barandilla hasta el barco imperial, que seguía junto al barco pirata.

Cuando los piratas les descubrieron empezaron a echar pez ardiendo sobre la cubierta del barco imperial. Casi toda se apagó con el agua que había, pero parte de ella cayó en la bodega donde había estado escondida Li Si. Pronto empezaron a salir densas nubes de humo.

En realidad, los marineros eran más que los piratas, pero muchos habían caído al mar o habían sido lanzados por la borda. Y aunque hubiesen sido cien veces más numerosos de nada les hubiese servido. Con unos hombres gigantescos que tenían la fuerza de un oso y que parecían no conocer el miedo, no hubiesen conseguido nada. Los que luchaban desesperadamente eran cada vez menos. Los apresaban uno tras otro, los ataban y se los llevaban al barco pirata.

Ping Pong despertó de su sueño al empezar el tifón. Era muy pequeño y no podía ayudar a sus amigos y se tuvo que conformar con asistir en silencio a la terrible derrota. Al último que vio luchar como un león fue a Lucas. Pero cuando siete gigantes se le echaron encima, se vio obligado a entregarse. Le ataron también y le trasladaron como a los otros al barco pirata, donde por una escotilla le tiraron a una habitación completamente oscura.

¿Dónde estaba Jim?

Sin que nadie le viera se había subido al último mástil que quedaba en pie en el barco imperial. Pero las llamas que llegaban desde abajo empezaron a prender en los jirones de las velas. La humareda envolvió al muchacho y éste empezó a ahogarse. Las llamas se acercaban más y más. No tenía elección: en el momento en que los dos barcos se abordaron, con un salto peligrosísimo, pasó a la arboladura del barco pirata. Quedó colgado entre las velas de color rojo de sangre y se agarró lo más fuerte que pudo. Vio cómo los piratas registraban de arriba abajo el barco imperial, cómo cogían a Li Si y la metían en su barco con los demás prisioneros y también cómo cargaban con las armas, las municiones y los objetos de valor que encontraban y se las llevaban.

Cuando hubieron terminado, colocaron una carga de dinamita en la bodega, encendieron una mecha muy larga, volvieron a toda prisa a su barco y se alejaron

rápidamente. Cuando estaban a cien metros de distancia, en el barco imperial se produjo una tremenda explosión; el barco se partió por la mitad y las dos partes se hundieron en el mar. Durante un momento, Jim vio brillar la caldera de la pequeña locomotora; luego ésta también desapareció bajo las olas.

—¡Molly! —sollozó Jim, muy bajo, y dos lágrimas muy gruesas le resbalaron por las negras mejillas.

Por el agua flotaban algunos maderos y tablas, y algo más lejos descubrió una pequeña barrica sobre la que había una sombrilla de colores abierta. Jim no podía imaginar que allí dentro estaba Ping Pong.

Capítulo 23

EN EL QUE EL BARCO CON LAS VELAS DE COLOR DE SANGRE LLEGA AL «PAÍS QUE NO PUEDE EXISTIR»

Lucas despertó de su aturdimiento. Todo estaba muy oscuro a su alrededor, pero oyó que alguien, muy cerca, respiraba.

—Hola —susurró—, ¿quién es?

—¿Es usted, señor maquinista? —contestó la voz del capitán también en tono muy bajo—. Me alegro de saberle con vida. Todos temíamos que hubiese muerto.

—¡Ah, capitán, es usted! —gruñó Lucas—; ¿quién más hay aquí?

—Hay, además, once de mis hombres —contestó el capitán—; estamos atados. Nuestra pequeña princesa está a mi lado. Se encuentra bien, todo lo bien que se puede uno encontrar en estas circunstancias.

—¿Qué ha sido esa explosión? —quiso saber Li Si, llena de miedo.

El capitán contestó:

—Seguramente los piratas han volado nuestro barco.

—¿Y Jim Botón? —preguntó Lucas—. ¿Dónde está?

Nadie contestó.

—¡Jim! —exclamó Lucas, y empezó a tirar como un loco de sus cadenas—. ¿No está aquí? ¿Le ha visto alguien? ¿Dónde está Jim? ¿Le ha ocurrido algo? ¿Dónde está mi amigo?

Las cadenas empezaron a ceder y Lucas hizo un intento para liberarse de ellas. En la oscura habitación reinaba un profundo silencio.

Al cabo de un rato, Li Si empezó a sollozar y tartamudeó:

—¡Jim, querido Jim! ¿Por qué no te hice caso? ¡Oh, Jim! ¿Cómo pude portarme tan mal contigo...?

—Demasiado tarde, Li Si —dijo Lucas con voz apagada—. ¡Demasiado tarde!

Jim estaba arriba, en la arboladura, entre las velas de color rojo de sangre y tenía un frío horrible. La ropa mojada se le pegaba al cuerpo, los dientes le castañeteaban y se agarraba a las cuerdas con los brazos entumecidos por el frío. El tifón seguía soplando con la misma fuerza sobre las estrepitosas olas. Pero eso no era lo peor. Mucho más terrible era el modo cómo se balanceaban. Había momentos en que no sabía si estaba arriba o abajo y poco a poco se fue sintiendo tan desamparado y tan desdichado como no se había sentido nunca en su vida. Se asía con la fuerza que le daba la desesperación, ya que no quería que los piratas le descubrieran sentado allá

arriba, porque entonces todo estaría perdido. Era el único que quizá pudiera liberar a los prisioneros.

Apretó los dientes. Esperaba que la tempestad terminara por fin. ¿No había dicho el dragón que la meta de los Trece Salvajes eran las rocas magnéticas? Entonces Nepomuk o Uchaurichuum les podrían ayudar.

Si Jim hubiera podido sospechar hacia dónde se dirigían en realidad, quizá no hubiese tenido fuerzas para resistir. Los piratas habían renunciado hacía tiempo a su plan de ir al encuentro de la señora Maldiente. El ataque del barco camuflado les había hecho desconfiar. Algo les decía que el dragón tenía que ver con ello.

El barco con las velas de color rojo sangre siguió avanzando, llevado por el viento de la tempestad y a una velocidad increíble hacía el sur, ¡hacia el horrible «País que no puede existir»!

El espantoso viaje duró un día largo, porque la tierra de los Trece Salvajes estaba en algún lugar cerca del Polo Sur. Seguramente otro barco cualquiera hubiese tardado semanas en llegar, pero el barco pirata recorrió la tremenda distancia antes de que llegara la noche.

Jim descubrió primero a lo lejos, en el horizonte, algo muy borroso que parecía una gigantesca columna negra, que desde el mar agitado llegaba hasta las negras nubes. Era una columna tan alta y tan gruesa que ningún hombre había visto jamás otra igual. Vio después que unos rayos la atravesaban continuamente y que giraba sobre sí misma a una velocidad vertiginosa. Luego oyó el estruendo indescriptible que salía de su interior y que parecía el de muchos órganos que sonaran a la vez. De pronto, Jim adivinó hacia dónde se dirigía el barco. Lucas en una ocasión le había explicado lo que era una tromba marina: un huracán, un ciclón, de tanta fuerza que levanta el agua del mar hacia lo alto y la lanza violentamente hacia el cielo.

—¡No se les ocurrirá dirigirse hacia allí! —fue todo lo que Jim pudo decirse.

Pero casi en el mismo instante llegó el barco a aquel lugar. Entonces se hizo patente la maravillosa, casi increíble, destreza de los Trece Salvajes, que no tenía igual en todo el mundo. Primero rodaron un par de veces a velocidad creciente alrededor de la columna de agua que giraba sobre sí misma. Cuando hubieron alcanzado su misma velocidad, se dirigieron de pronto hacia el centro del torbellino y dejaron que éste les arrastrara. El navío se levantó lentamente hacia lo alto y se metió en la tromba marina. El interior estaba vacío como si fuera un tubo gigantesco. Luego el barco se posó en tierra firme, sobre una especie de rampa que, dando vueltas alrededor de una gran montaña rocosa lo llevó, siempre describiendo círculos, hacia arriba. Como en el interior de la tromba no soplaban el viento, el gran barco siguió su carrera hasta que terminó el impulso que llevaba. Entonces se detuvo.

Jim, que colgaba medio atado de las cuerdas de la arboladura, tardó un rato en recobrar el sentido para mirar a su alrededor. La montaña de roca en la que habían

tomado tierra, se elevaba, cubierta de picos y puntas misteriosas, por encima de los mil metros de altura. La piedra, negra como la pez, estaba tan agrietada y rota como si la hubieran hecho a pedazos millones de rayos. Miles de agujeros y miles de burbujas le daban el aspecto de una gigantesca esponja. Había además grandes estrías rojas que recorrían toda la montaña. Éste era el «País que no puede existir».

Para comprender realmente el sentido de este nombre hay que saber algo que en aquel momento Jim todavía no podía saber: todas las islas y montañas del mundo están donde están porque la naturaleza las ha colocado allí. Pero en aquel país no era así. Más adelante descubriremos por qué estaba allí. De todos modos diremos que en aquel lugar no tendría que haber habido más que mar, sobre el cual el viento pudiera soplar sin estorbos. Por ello, perturbado el orden natural de los elementos de la naturaleza, éstos se rebelaban contra la existencia de aquel país y se lanzaban contra él con toda su potencia. Y, como llegaban furiosos desde todas partes, habían formado aquella majestuosa tromba marina, en cuyo interior, tranquila y protegida, se encontraba la montaña de roca.

Jim contemplaba cómo los piratas descargaban y escondían en una gruta muy grande todo lo que habían robado en el barco imperial. Cuando terminaron, fueron a buscar a los prisioneros y los metieron también, en primer lugar el capitán, luego los once marineros, luego Li Si y por último Lucas, por el gran arco de roca.

¿Fue casualidad o fue corazonada que Lucas diera una última mirada a su alrededor y se fijara en la arboladura del barco? De todos modos el caso es que así lo hizo y en aquel momento su corazón empezó a latir con fuerza: durante una fracción de segundo vio asomar por detrás de una vela roja la cara negra de Jim, hacerle un guiño y volver a desaparecer. Lucas no pestañeó siquiera para que los piratas no se dieran cuenta de su descubrimiento, pero a un buen observador no le hubiese pasado inadvertida una chispa que apareció en sus ojos.

Jim se quedó solo en el barco. Durante un momento temió que los piratas arriaran sus velas y le descubrieran. No podía saber que los Trece Salvajes jamás arriaban las velas, a fin de estar preparados para zarpar, en cualquier momento que lo necesitaran.

Como ninguno de los piratas volvió a aparecer a la luz del día, Jim dispuso de mucho tiempo para contemplar tranquilamente el «País que no puede existir». Durante un rato observó la tétrica pared de agua que giraba alrededor de la montaña en un torbellino velocísimo y resplandecía debido a los rayos de luz que la recorrían continuamente. Sus oídos se habían acostumbrado ya al estrepitoso sonido parecido al de muchos órganos y casi no lo oía. Ya no oía ni siquiera el ruido de los truenos. Estaba como sordo. Lentamente su mirada se dirigió hacia arriba y cuando por fin miró hacia lo más alto, distinguió, a una distancia infinita, un pequeño trozo redondo de cielo que, como si fuese un gran ojo irregular, parecía contemplarle.

«EN EL OJO DE LA TEMPESTAD», recordó de pronto, **«DESCUBRIRÁS**

UNA ESTRELLA...».

¡Esto era lo que había querido decir el «Dragón Dorado de la Sabiduría»! ¿Pero cómo podría él alcanzar una estrella que tenía que asomar allá arriba (en el caso de que realmente apareciera allí)? Ya era de noche pero no se veía ninguna estrella.

Jim esperó un rato todavía y cuando por fin la oscuridad se hizo completa, bajó con precaución hasta la cubierta, miró a su alrededor, puso pie en tierra y se deslizó en la gruta en la que habían entrado los piratas con sus prisioneros.

Ante él había un laberinto de galerías de todos los tamaños, desde el diámetro de un túnel de ferrocarril hasta el de una cañería de agua y más estrechas todavía, hasta las ramificaciones más finas. Era, en verdad, como si se moviera por el interior de una esponja gigantesca. Pero la piedra era dura y cortante como negro cristal.

Jim se hubiese perdido sin remedio en aquel laberinto si los piratas no hubiesen señalado su camino con hachones encendidos plantados, a la izquierda y a la derecha, en los agujeros de las paredes.

La galería conducía al interior de la montaña por cientos de vueltas y revueltas; en algunos lugares se estrechaba, luego se volvía a ensanchar y a veces Jim cruzó verdaderas cámaras y salas. Allí estaban almacenados toda clase de objetos: armas, sacos de lona, rollos de cuerda. A medida que el muchacho avanzaba, el ruido de órganos de la tromba marina se hacía menos estrepitoso. Por fin ya no se oyó nada. Jim percibía sólo sus propios silenciosos pasos y el palpitante de su corazón.

Al cabo de un rato oyó algo:

jo, jo, jo, y un barril de ron...

resonó sordamente desde las profundidades y siguieron unas carcajadas muy fuertes. Jim siguió avanzando. Debía de estar ya muy cerca de los piratas.

Empezó a oír claramente algunas voces. El camino volvió a doblarse en un ángulo muy agudo y cuando se asomó por aquella esquina descubrió ante sí una sala en cuyo centro ardía un fuego muy grande. Alrededor de él estaban los piratas, unos sentados, otros echados sobre pieles blancas de oso. Estaban cenando, y sobre las llamas, encima de un asador había un cerdo entero del que cada uno cortaba, con su cuchillo, la cantidad que quería. Hasta Jim llegaba el ruido que hacían al comer. Después de haberlos roído tiraban los huesos al suelo por detrás de los hombros.

Además cada uno tenía una gran jarra y en cuanto se le vaciaba la volvía a llenar con el ron de un gran barril. La vista y el olor del cerdo asado hicieron que Jim se sintiera desfallecer. Su estómago estaba terriblemente vacío. Pero no era aquél el momento más a propósito para pensar en comer. En silencio y muy lentamente se echó al suelo y se arrastró dando la vuelta a la esquina, hasta la sala, procurando estar siempre fuera de la vista de los piratas. Pero éstos, en aquel momento, no se

preocupaban de nada que no fuera su asado de cerdo. Así el muchacho consiguió meterse en un rollo de cuerda. Era un escondrijo muy bueno, porque desde allí podía escuchar todo lo que decían los piratas. Metiendo los dedos entre las cuerdas, podía ver por la rendija toda la habitación. Esperaba averiguar, de este modo, dónde estaban los prisioneros.

Capítulo 24

EN EL QUE EL BARCO CON LAS VELAS DE COLOR DE SANGRE LLEGA AL «PAÍS QUE NO PUEDE EXISTIR»

¡El parecido de aquellos tipos era realmente sorprendente! Todos llevaban el mismo extraño sombrero con la calavera y los dos huesos cruzados. Todos llevaban las mismas chaquetas de colores, pantalones bombachos y botas altas. De sus cinturones colgaban puñales, cuchillos y pistolas. Su estatura y sus rasgos eran los mismos. Debajo de sus narices aguileñas colgaban, hasta el cinturón, unos largos bigotes negros. Sus ojos eran pequeños y estaban tan juntos que parecían bizcos. Sus dientes eran grandes y amarillos como los de los caballos y de sus orejas colgaban gruesos pendientes. También sus voces eran iguales, roncas y profundas. En una palabra, era imposible distinguir a uno del otro.

Cuando los piratas terminaron de cenar, todos volvieron a llenar sus jarras y al cabo de un rato empezaron a ponerse muy alegres, todo lo alegres que pueden llegar a ponerse unos personajes tan tétricos como aquellos.

—¡Hermanos! —exclamó uno de ellos y levantó su jarra—. Cuando pienso que éste es quizás el último barril que tendremos de la marca gznate de dragón —¡infierno, pez y granizo!—, siento que me embarga la ira.

—Tonterías —dijo otro—, conseguiremos más ron y será, por lo menos, tan fuerte como éste. ¡Bebed, hermanos!

Todos se bebieron de un trago el contenido de sus jarras y luego empezaron a cantar, con voz ronca, su canción:

*Trece hombres sentados sobre un ataúd,
jo, jo, jo, con un barril de ron.
Bebieron tres días vino a su salud,
jo, jo, jo, con un barril de ron.
Amaban el oro, el vino y el mar,
jo, jo, jo, con un barril de ron.
Pero al fin el demonio los fue a buscar,
jo, jo, jo, con un barril de ron,
jo, jo, jo, con un barril de ron.*

Algunas veces cantaban todos a una, otras cada uno solo, según les apetecía. Además

intentaban bromear unos con otros y entonces volvían a reír a carcajadas. Parecía un concierto infernal.

—¡Silencio! —tronó uno de ellos—. ¡Os tengo que decir algo!

—¡Silencio! —exclamaron los demás—. ¡El capitán va a hablar!

Un tipo se puso de pie y se colocó delante de los otros con las piernas abiertas. ¡Conque aquél era el capitán! Jim quiso ver si tenía algo por lo que se pudiera reconocer, ya que era exactamente igual que los demás. Le contempló con atención.

—Hermanos —empezó diciendo el capitán—, hoy hemos hecho una presa magnífica. ¡Diablos, claro que lo ha sido! Por eso os digo que es posible que en el mundo haya mellizos, que haya trillizos y cuatrillizos y quizá quintillizos. Pero trecillizos malditos como nosotros, sólo hay unos. ¡Vivan los Trece Salvajes, viva, viva, viva!

Los demás respondieron jubilosos a los vivas dedicados a ellos mismos. Entonces fue cuando Jim comprendió por qué eran todos tan parecidos como un huevo a otro. E intentó imaginar cómo se debía de sentir uno al saber que, por así decirlo, existía trece veces. Estaba muy contento de ser sólo uno.

Se levantó otro pirata y anunció:

—Quiero decir algo. ¡Silencio! ¡Cerrad el pico!

Los demás se callaron, esperando, y el tipo dijo:

*Sopla el viento del norte, del sur, del este y del oeste,
el Ojo de la Tempestad es nuestro seguro fuerte.*

Un aplauso unánime acogió estas palabras.

Jim estaba ahora convencido de que los piratas no eran demasiado inteligentes. Pero por aquellas palabras había podido adivinar que la fortaleza se llamaba Ojo de la Tempestad. Volvió a recordar lo que dijera el «Dragón Dorado de la Sabiduría».

—¿Qué haremos con los prisioneros? —preguntó uno de los hombres—. ¿Los tenemos que dejar morir de hambre allí abajo? —Y diciendo esto señaló con el pulgar una trampa que había en el fondo de la sala.

Jim, contento, se sobresaltó. Por fin había descubierto el lugar en que estaban Lucas, Li Si y los demás. Pero por el momento no podía pensar en salvarlos. Tenía que esperar a que se le presentara una ocasión propicia.

—¡Tonterías! —gruñó otro—. Se los llevaremos al dragón y nos los cambiará por más ron.

—¡Silencio! —tronó aquel que los demás habían llamado capitán—, aquí nadie más que yo toma las decisiones. ¡Demonio, muerte y pólvora! Y yo decido que mañana por la mañana temprano echemos los prisioneros a los tiburones.

Los piratas gruñeron.

—¡Cerrad el pico! —continuó el capitán—. El dragón no ha vuelto. El dragón nos

debe de haber traicionado ya que nadie más que él en el mundo conocía nuestra ruta. El dragón está preparando algo contra nosotros, eso está claro. Por lo tanto, desde ahora en adelante el dragón es nuestro enemigo y no le entregaremos ya nunca más nada. Máximo una carga de dinamita en su gorda barriga.

—¡Bravo! —rugieron los piratas divertidos—. Cuando le encontremos le haremos papilla.

—¿Pero la muchachita —preguntó uno de ellos— también la echaremos a los tiburones?

—No —respondió el capitán—, he decidido que se quede aquí y que en adelante se ocupe de la casa.

—¡Jo, jo, jo! —relincharon los demás—. ¡Es una idea estupenda, capitán, será una broma fantástica y muy divertida!

—¿No os parece —gruñó uno de los hombres— que nuestra pequeña sirvienta tiene una cara conocida? Tengo la sensación de que he visto alguna vez su cara.

—Compadre —dijo otro—, hemos capturado gran cantidad de cosas como ésa. Es fácil equivocarse.

—Sí —añadió un tercero—, a través de los años le hemos entregado gran cantidad de pellejos como ése al dragón.

—Y a cambio nos daba ron —murmuró otro—, hasta esta vez. ¿Recordáis, amigos, aquella vez, aquel muchachito negro? ¿Recordáis cómo flotaba sobre el mar en un pequeño cesto de juncos cuando lo pescamos? Fue después de la gran tempestad.

Jim salió de su atontamiento. ¿Hablaban de él? Sólo podían referirse a él. ¡Seguro! Jim escuchó con el alma en un hilo.

—Junto a él había una corona y algo así como un pedazo de pergamino escrito y enrollado dentro de un tubo de oro. Me gustaría saber qué clase de pellejo era.

Los piratas se habían quedado silenciosos y miraban fijamente ante sí. El hombre siguió diciendo:

—En el pergamino había un condenado refrán, ¿lo recordáis, hermanos? Al que le haga daño al niño, el poder le cogerá y sujetará porque lo torcido se enderezará. O algo parecido. Me gustaría saber qué significa.

—Es una estupidez —gruñó el capitán—, todo es debido a que no sabemos leer bien porque cada uno de vosotros, zotes, sólo sabe leer una letra. Seguramente que ponía algo muy distinto.

—Tú mismo no sabes mucho más —se atrevió a decir uno de ellos.

—¡Silencio! —tronó el capitán y estrelló su jarra contra el suelo—. No quiero rebeliones. Además al niño lo sacamos del agua.

Si no le hubiésemos encontrado nosotros se hubiera ahogado sin remedio. Por lo tanto hicimos una buena obra.

—Pero luego se lo mandamos al dragón en un paquete postal —respondió el otro—, porque no teníamos para llevárselo nosotros mismos.

—¿Crees que le hubiésemos tenido que dar papillas? —añadió con ironía un tercero—. Sois unos papanatas. Si aquel pellejo negro está con el dragón, todo irá bien. De allí seguro que no podrá escapar.

—Estupendo, compadre —dijo el cuarto—, sólo que nunca llegó a su destino. ¿Recordáis lo furioso que se puso el dragón cuando quisimos que nos entregara nuestro ron?

—Terminad ya con esas malditas historias —gruñó enfadado aquel a quien todos llamaban capitán—. Ese estúpido dragón ya entonces nos traicionó. ¡Azufre, pez y estiércol de oso! Pero no volverá a suceder. Le escribiremos una carta diciéndole que hemos adivinado sus intenciones y que cuente con nuestra ira.

Los demás piratas protestaron porque pensaron que les daría mucho trabajo. Querían tener la noche libre y escribir la carta en otra ocasión.

—¡Monstruos marinos, tiburones y morenas! —exclamó el capitán—. Se hace lo que yo mando, ¿comprendido?

Entonces se fueron a buscar tinta, pluma y papel y empezaron a escribir la carta entre todos. Jim, desde su escondrijo, podía contemplar cómo lo hacían: se levantaban uno detrás de otro y escribían su letra en el papel, porque cada uno sabía leer y escribir sólo una letra. Por ejemplo, uno conocía la A, otro la S, un tercero la M. Pero ninguno sabía la letra del otro y por lo tanto no podían saber que uno de ellos en lugar de G escribiera siempre J. Era precisamente aquél que todos llamaban capitán, porque era el que escribía peor. Todos conocían los números 1 y 3 porque los tenían claros y grandes en la vela de su barco.

Durante el trabajo les empezaron a caer gotas de sudor de la frente y por el esfuerzo casi se les salían los ojos de las órbitas.

Por fin, después de mucho hablar, discutir y deletrear terminaron la siguiente carta:

aPreZiAda seÑora MALdienTe:

NUesTra PaZiEnZiA se HA HajoTado.

la EmOs DescubierTo. SaBEmoS

Ke es HUsTeZ unA TrahiDora.

POR EyO dEsDe haOra Somos

enEmijos. KUAndo la EnConTremos

no ABra salBaCion PARa HUSTeZ.

CoN MaLEbolensiA

Un pUNTapie

Los 13 SAIBajEs

Los piratas eran temerarios, fuertes como osos y osados. Pero ahora, por vez primera, Jim comprobaba, con sus propios ojos, que no era suficiente poseer esas cualidades cuando faltaba la inteligencia. Cada uno conocía una letra. ¿Y él? Ni siquiera una.

Los piratas estuvieron un rato sentados alrededor del fuego, agotados por el pesado trabajo, y se reanimaron con grandes tragos de sus jarras. Algunos se habían quitado el sombrero para secarse la frente, y el que llamaban capitán había tirado el suyo hacia atrás en el suelo.

El sombrero cayó muy cerca del rollo de cuerda en que estaba escondido Jim. Éste contemplaba el curioso sombrero con la calavera y los huesos, y cuanto más lo miraba, más le parecía que en algo era diferente de los otros. Y de pronto lo descubrió:

El sombrero llevaba un alfiler con una estrella roja de cinco puntas y los sombreros de los demás no. En aquel instante comprendió el significado de las palabras del «Dragón Dorado de la Sabiduría»:

«COGE LA ESTRELLA Y HAZTE SU DUEÑO».

Sin reflexionar levantó un poco el rollo de cuerda, de modo que podía pasar el brazo por debajo y sacó del sombrero la aguja con la estrella. Lo hizo en el momento justo, porque el que los piratas llamaban capitán, se levantó, en aquel momento, se acercó balanceándose sobre las piernas, cogió su sombrero y se lo volvió a poner. Jim contuvo el aliento apretando tanto la estrella en la mano que las puntas se le clavaban en la palma y casi le hacían daño. Pero el pirata no se dio cuenta de nada.

—Ahora —dijo al volver junto a sus compañeros—, escribamos la dirección en el sobre, papanatas.

Uno de los que estaban sentados le miró, se fijó bien en él y luego gruñó:

—¿También tú te atreves a opinar, compadre? Mejor será que te sientes y bebas.

—¡Te estás pasando de la raya! —gruñó el primero y le arrancó el jarro de la mano—. Se hace lo que yo mando, ¿comprendes?

—¡Te has vuelto loco, hombre! —dijo el aludido, furioso, y cogió su puñal—. Devuélveme la jarra o te mando al infierno.

—Soy el capitán —chilló el primero—, ¿es qué no tienes ojos en tu calabaza?

—¡Que te parta un rayo! —insultó el otro—. No llevas estrella y por lo tanto no eres el capitán, lo que sucede es que estás borracho.

Sus ojos empezaron a centellear. Sacó el puñal y gritó:

—Te pincharé para que salga el ron que has bebido.

El primero se tocó el sombrero. Como no notaba nada, se lo quitó y miró con asombro el lugar vacío.

—¡Que me aspen! —murmuró mirando aturdido a sus hermanos—. Creí que yo era el capitán. ¿Pero quién es el capitán si yo no lo soy?

El caso era que los piratas eran tan parecidos entre sí que ni ellos mismos se distinguían. No, ni siquiera ellos mismos eran capaces de saber quién era quién. Por eso no tenían nombre y eran sencillamente, todos, los Trece Salvajes. Pero como necesitaban alguien que llevara el mando, sólo obedecían a aquel que llevaba el sombrero con la estrella roja. No se preocupaban de que fuese siempre el mismo o de que cambiase cada día, porque no se diferenciaban en nada.

Pero cuando descubrieron que ninguno tenía la estrella, se armaron un lío. Cada uno aseguraba que era el capitán y que le tenían que obedecer; se fueron enfureciendo y al cabo de pocos momentos el asunto estaba muy enmarañado. Se daban con las jarras en la cabeza, se empaparon la ropa de ron, repartieron puñetazos entre sí y se revolcaron por el suelo peleándose.

La pelea duró largo rato porque todos tenían la misma fuerza, la misma rapidez y la misma resistencia. Pero al fin acabaron todos tendidos en el suelo, sin sentido.

Cuando Jim vio que no se movían, salió rápidamente de su escondite y los ató con la cuerda del gran rollo en que había estado escondido. Con uno de los puñales de los piratas cortó los pedazos de cuerda que sobraban. Cuando terminó dio un suspiro de satisfacción y prendió la aguja con la estrella roja en su uniforme de maquinista, cogió una antorcha, abrió la puerta de la trampa y bajó por una escalera. Al poco rato se encontró delante de una puerta muy baja. La llave estaba en la cerradura. La hizo girar y la puerta se abrió con un fuerte chirrido.

Los prisioneros estaban echados en el suelo, en una gran habitación redonda cuyas paredes tenían muchas puertas, pesadas y oxidadas.

—¡Jim! —susurró Lucas—. ¡Muchacho! ¡Estaba seguro de que vendrías!

—Me ha sido imposible venir antes —contestó Jim, orgulloso. Luego cortó las ligaduras de su amigo con un cuchillo. Hizo lo mismo con Li Si y con todos los demás.

—¿Dónde están los piratas? —preguntó el capitán, temeroso.

—Arriba —respondió Jim, divertida—, nos están esperando. Venid conmigo, os los presentaré.

Los otros se miraron asombrados. Luego siguieron al muchacho, que les precedió por la escalera llevando la antorcha en la mano.

Los piratas se habían despertado ya. No podían comprender lo que les había sucedido. Hasta aquel momento nadie había conseguido derrotarles.

Jim se les plantó delante y les dijo:

—Yo soy Jim Botón, el que vosotros quisisteis mandar en un paquete al dragón y que nunca llegó a su destino. Esto os lo digo para que sepáis con quien estáis tratando.

Los piratas abrieron mucho los ojos por el asombro y el terror. Lucas, lleno de admiración, le dio a Jim una palmada en la espalda y tronó:

—¡Rayos y truenos! ¿Lo has hecho tú solo, muchacho?

—Sí —dijo Jim.

—Ha sido una hazaña maravillosa —exclamó el capitán, y los marineros, llenos de admiración, gruñeron:

—Este Jim Botón es un muchacho valiente.

—Naturalmente, he tenido que utilizar una treta —explicó Jim—, si no jamás hubiese conseguido vencer a los Trece Salvajes.

Entonces explicó lo que había hecho para prenderlos. Todos le escucharon asombrados y en silencio. Sólo uno de los piratas murmuró:

—¡Demonios! Si este muchacho hubiese sido nuestro capitán hubiésemos llegado muy lejos.

Lo primero que hizo Lucas fue encender su pipa. Echó después grandes bocanadas de humo y cuando habló su voz sonó alegre:

—Jim Botón, eres verdaderamente el chico más simpático que he conocido en mi vida.

Luego la princesita, que hasta aquel momento no había abierto la boca, se acercó a Jim y con su delicada voz de pajarillo dijo:

—Jim, por favor, perdóname por lo que dije y por lo que hice. Fui muy tonta. Ahora sé que no sólo eres valiente, sino también el hombre más listo que conozco. Y cuando alguien es tan inteligente como tú, no necesita saber leer ni escribir ni hacer cuentas.

Jim le sonrió y respondió pensativo:

—Pues yo en cambio he estado pensando en ello, Li Si. Tenías razón. Ahora quiero aprender.

Los marineros llevaron a los piratas atados al calabozo y Jim cerró la puerta.

Cuando volvieron a la sala, se echaron cómodamente sobre las pieles de oso blanco y comieron lo que había sobrado del cerdo asado.

Jim estaba tan cansado y agotado que se durmió con una costilla a medio comer en la mano. Y los demás, siguieron su ejemplo, uno tras otro. Sólo Lucas y el capitán se turnaron haciendo guardia y vigilando el fuego para que no se apagara. Así transcurrió la noche.

Capítulo 25

EN EL QUE JIM BOTÓN DESCUBRE EL MISTERIO DE SU ORIGEN

A la mañana siguiente (es decir, cuando el reloj del capitán indicó que afuera el sol debía de haber salido ya, porque, naturalmente, en la fortaleza «Ojo de la Tempestad» era imposible ver nada), Li Si, con las provisiones de los piratas, preparó un succulento desayuno para todos, compuesto de bizcocho, mantequilla salada, sardinas en lata, arenques ahumados, mayonesa de langosta y un gran tazón de café. Mientras comían y bebían. Jim volvió a explicar con todo detalle lo que habían dicho los piratas. Cuando empezó a hablar de lo de la corona y el pergamino, Li Si preguntó:

—¿No dijeron dónde están esas cosas? Sería muy interesante saberlo.

—No —contestó Jim—; de eso no hablaron.

—Buscaremos —dijo Lucas—, seguro que estarán escondidas en algún sitio.

Cuando terminaron el desayuno, cogieron las antorchas, las encendieron acercándolas al fuego y registraron solos o en grupos todas las innumerables galerías y cámaras de la fortaleza.

No tardaron mucho porque Jim y Li Si encontraron la cámara del tesoro.

Los dos niños recorrieron de la mano, maravillados, la gran habitación llena, de arriba abajo, de brillantes y refulgentes joyas. Había objetos de todas las clases, de oro y de plata, desde candeleros y bañeras, hasta grandes copas de oro, cucharillas y dedales de plata; había cofres y armarios repletos de alhajas, monedas y piedras preciosas y fardos de colchas de seda, bordadas con perlas y el suelo estaba cubierto de gruesas alfombras persas. Naturalmente, reinaba un desorden infernal porque los piratas no le daban mucha importancia al orden.

Jim y Li Si pasearon lentamente por la habitación y de pronto se detuvieron ante un pequeño cesto de junco calafateado, es decir, con todas las rendijas recubiertas de pez.

—¡Es éste! —susurró Li Si, excitada.

Jim levantó la tapa y miró el interior.

Allí había una maravillosa corona con doce puntas y un cetro.

—Sí —dijo Jim—, éste es.

Llamaron a Lucas y a los demás y les enseñaron lo que habían encontrado. Lucas examinó en seguida el cetro y descubrió que la punta se podía desenroscar. En el interior, enrollado, estaba el antiguo pergamino y lo sacaron. Tenía, más o menos, el aspecto que podéis contemplar en las dos páginas siguientes.

***Desconocido que encuentres a este niño,
has de saber:***

***Al que lo salve y lo recoja con amor
y lealtad, verá algún día su bondad
premiada regiamente.***

***Pero al que le haya daño le será
quitado el poder y la fuerza; será
atado y juzgado. Porque por medio
del niño lo torcido se enderezará.***

***Este es el misterio de su origen.
Tres reyes santos y sabios llegaron
hasta Jesús niño para llevarle sus regalos.
Pero uno de ellos era negro y su nombre
era Baltasar. El reino grande y hermoso
de este rey de cara negra, se perdió y no
se encontró nunca más.***

***Desde entonces los descendientes del
rey Baltasar van errantes por los países
y los mares de la tierra, buscando siempre
su reino perdido, su patria llamada Jamballa.***

***Han transcurrido desde entonces treinta y
dos generaciones. Y nosotros, los últimos,
habremos naufragado con nuestro barco
antes de que nadie lea este mensaje.
Porque la tempestad nos engulle. Este
niño es, en orden de sucesión, el
descendiente número treinta y tres del santo
rey Baltasar, y está escrito que él encontrará
Jamballa. Lo ponemos en esta cesta de juncos
para que se salve por intercesión del Cielo.
Ponemos a este niño en las manos de Dios y
por ello que su nombre sea:***

Príncipe Mirra.

Los ojos de Jim se habían vuelto muy grandes y oscuros, al oír el mensaje que Lucas leía. Admiraba, con el corazón le latía muy fuerte, la corona que tenía en la mano. Los demás permanecían en silencio. Era un momento muy solemne.

Lucas hizo un guiño a su pequeño amigo y dijo:

—Póntela, te pertenece.

Entonces Jim se puso la brillante corona sobre sus negros cabellos encrespados.

El capitán y los marineros se quitaron las gorras, se inclinaron y murmuraron:

—¡Nuestra felicitación, Majestad!

Y luego el capitán exclamó:

—¡Viva nuestro príncipe Mirra! ¡Viva, viva!

Los lobos de mar se unieron a los vítores y lanzaron al aire sus gorros.

—¡Rayos, Jim, muchacho! —dijo Lucas, contento—; ahora te has convertido en un príncipe. Y además, ¡qué príncipe! Pero hay que reconocer que lo has merecido. Espero que a pesar de ello sigamos siendo amigos, ¿no?

—¡Oh, Lucas! —respondió Jim, completamente atontado por la felicidad.

—¡Jim, oh Jim, cuánto me alegro! —exclamó Li Si, batiendo palmas—; ahora sí que somos un príncipe y una princesa.

—Ah —gruñó Lucas, sonriendo satisfecho—. Y así, mi compañero será el primer y único maquinista del mundo con corona.

Cuando volvieron a la sala principal y se sentaron alrededor del fuego, discutieron sobre lo que debían hacer con los piratas y con sus tesoros. Primero decidieron juzgar a los Trece Salvajes para condenarlos con arreglo a la ley. Llevaron a los piratas atados al salón, y los colocaron en un rincón vigilados por los marineros, que se pusieron a los dos lados.

—Si yo tuviera que decidir —empezó diciendo el capitán—, opinaría que estos tipos no merecen más que la muerte. Los tendríamos que echar a los tiburones, tal como ellos pensaban hacer con nosotros.

Los piratas no abrieron la boca. Estaban pálidos, pero tenían un aire insolente. En sus semblantes apareció una sonrisa sardónica.

—Claro —dijo uno de los marineros—; todos estamos de acuerdo con el capitán.

Jim miró pensativo a los ladrones, que seguían en silencio. Luego sacudió la cabeza y dijo:

—No; eso no me parece justo.

—Pero lo merecen —exclamó el capitán, furioso—. No hay duda.

—Es posible —respondió Jim—; pero en una ocasión me salvaron la vida. Fue cuando me sacaron del agua.

—Eres tú quien debe decidir —dijo Lucas, pensativo—. Porque tú has sido el que los ha vencido.

—Si soy yo el que tiene que decidir —dijo Jim, muy serio—, les perdono la vida.

La mueca sarcástica de la cara de los piratas desapareció. Se miraron confusos porque no estaban acostumbrados a oír cosas como aquéllas. Li Si también contemplaba a Jim llena de asombro. Pensaba que era muy generoso, que su generosidad era verdaderamente principesca.

Los piratas habían cambiado entre sí unas palabras en voz baja. Luego uno de ellos tomó la palabra:

—Jim Botón, tus palabras han salvado tu vida y la de tus amigos. Somos hombres feroces, pero sabemos apreciar la generosidad. ¡Por el infierno, la muerte y los dragones, claro que lo sabemos! Por ello os concederemos, a ti y a tus amigos, la libertad.

—¡Escuchadle! —gritó furioso el capitán imperial, y se puso muy colorado por la ira que le embargaba. ¡Estos tipos se han vuelto locos o es que su desfachatez es tan grande como el océano! Esto lo merecéis por vuestra magnanimidad. Los tendríamos que colgar sin más contemplaciones.

—Calma, calma —Lucas interrumpió al enfurecido lobo de mar—. No me parece que se estén burlando de nosotros. Vamos a escuchar lo que tienen que decir.

El pirata había escuchado impasible la explosión de odio del capitán. Con voz ronca dijo:

—Jim Botón, nos has derrotado y nos has atado tal como decía el mensaje del antiguo pergamino. Sí, lo has hecho. Estábamos dispuestos a morir aguantando el tipo y sin abrir la boca. El demonio nos hubiera venido a buscar. Pero, ¿sabéis lo que os hubiese sucedido? No hubierais podido salir nunca del «Ojo de la Tempestad». ¿Creéis que esos marineros y ese capitán hubieran sido capaces de gobernar el barco por el gran tifón? ¡Por el fuego eterno que eso no lo puede hacer nadie en el mundo más que los Trece Salvajes!

—Tiene razón —murmuró Jim, desconcertado.

El capitán del barco imperial abrió la boca para decir algo. Pero no se le ocurrió nada a propósito y la volvió a cerrar.

—Jim Botón —agregó otro pirata—, hemos decidido sacaros a ti y a tus amigos de aquí y llevaros al lugar de donde habéis venido. Pero con una condición.

—¿Cuál? —preguntó Jim.

—Que nos devuelvas la libertad —respondió el pirata, con ojos brillantes.

—Sería muy cómodo para vosotros —silbó el capitán.

Jim meditó. Luego sacudió la cabeza.

—No —dijo—, no lo puedo hacer. Seguiríais recorriendo los mares y poniendo en peligro las vidas de los demás. Volveríais a abordar los barcos y a robar lo que encontrarais en ellos. Raptaríais niños y cometeríais muchas fechorías. Si la condición es ésta, nos tendremos que quedar todos aquí.

Los piratas enmudecieron. Por fin, uno de ellos se levantó y miró a Jim con

fiereza.

—Jim Botón —dijo con voz ronca—, te voy a decir lo que haremos. Hemos hecho un juramento: que cuando alguien nos derrote, los Trece Salvajes desaparecerán. Lo hemos jurado. No admitiremos nunca un castigo, ni justo ni injusto. Nadie más que nosotros mismos puede decidir nada sobre nosotros. Lo hemos jurado. Hemos llevado una vida libre y salvaje de piratas. Ahora estamos vencidos. Por eso ahora que remos escoger nuestra muerte libre y salvaje de piratas. Nos dirigiremos hacia el norte y allí, en la noche eterna, entre los hielos eternos, nosotros y nuestro barco nos helaremos. ¡Lo haremos así, como nos llamamos los Trece Salvajes!

Jim miró a los piratas con sus grandes ojos. Sentía admiración por la arrogancia de los Trece Salvajes, a pesar de las maldades que habían cometido.

—Si os dejas en libertad —preguntó Jim—, ¿me daréis vuestra palabra de honor de nunca volver a hacer daño a nadie?

Pareció que los piratas meditaban. Al cabo de un rato uno de ellos dijo:

—Hay algo que queremos resolver antes de que llegue nuestra última hora. El dragón os ha ayudado a encontrarnos, así se lo dijiste ayer a tus amigos.

—Sí —contestó Jim—; sin su ayuda no hubiera conseguido vencerlos.

El pirata asintió y miró a sus hermanos.

—Le buscaremos. Tenemos una cuenta pendiente con él. Nos ha traicionado.

Jim miró a Lucas que fumaba pensativo.

—Todavía no saben —le susurró Jim a su amigo—, que se ha convertido en un «Dragón Dorado de la Sabiduría». ¿Tú crees que le podrán hacer daño?

—Creo que no —opinó Lucas, muy serio—; pero me parece que será muy útil que el dragón y los Trece Salvajes se vuelvan a encontrar.

Jim se dirigió de nuevo a los piratas y dijo:

—Sé dónde está el dragón, pero no le podréis encontrar sin mi ayuda. ¿Me juráis que no queréis hacer daño a nadie más?

—Lo juramos —respondieron los piratas a la vez, con voz ronca.

Entonces, Jim se levantó y les quitó las ligaduras. Los demás le miraban conteniendo la respiración. Los piratas se pusieron de pie y miraron al muchacho con una mirada extraña.

—Bien —dijo Jim cuando hubo desatado al último de los prisioneros—; ahora llevaremos todos los tesoros al barco y zarparemos.

Los piratas parecieron dudar un momento, pero luego obedecieron la orden. Naturalmente, los marineros les ayudaron a empaquetarlo todo y durante un rato se pudo contemplar el espectáculo insólito de unos honrados lobos de mar que transportaban cofres llenos de alhajas y paquetes de sedas maravillosas ayudando a los más despiadados piratas que hayan existido jamás.

—¡Rayos, muchacho! —gruñó Lucas y lanzó unas bocanadas de humo—; éste es un asunto arriesgado.

—Lo es —añadió el capitán—. ¡Cerdos marinos asados con siete cerditos marinos! Si en esta cueva de ladrones hubiera un peine, me peinaría porque se me han puesto los cabellos de punta. Hay que reconocer que el príncipe Mirra ha hecho lo único razonable que se podía hacer. Soy un viejo lobo de mar y mis hombres tienen mucha experiencia, pero no hubiéramos conseguido salir de esta tromba marina. Ningún marino decente se atrevería ni a soñar en hacer lo que estos tipos del demonio van a lograr. Tengo que reconocer que es un asunto arriesgado, pero Jim Botón lo ha conseguido.

—Espera —gruñó Lucas—; todavía no ha terminado.

Cuando todo estuvo preparado para la partida, uno de los piratas se acercó a Jim y exclamó:

—Estamos listos. ¿Hacia dónde nos tenemos que dirigir?

—Hacia China —dijo Jim.

Salieron, subieron al barco con las velas de color rojo de sangre y empezó el arriesgado viaje de vuelta.

Capítulo 26

EN EL QUE PING PONG SE HACE MERECEDOR DE UN MONUMENTO Y EL «DRAGÓN DORADO DE LA SABIDURÍA» CAE EN DESGRACIA CON EL EMPERADOR DE CHINA

¿Qué había sido de Ping Pong después de haberse salvado del naufragio del barco imperial azul en su pequeña cuba de madera, como si fuese un bote de salvamento?

Él también había corrido la aventura más extraña de toda su no muy larga vida. Lo que hizo mereció que, desde entonces, todos aquellos que se enteraron sintiesen por él la mayor estimación. Cuando estaba tan abandonado y a tantas millas de cualquier auxilio humano, en su pequeño barril de madera sobre las agitadas olas, empezó a pensar en lo que podía hacer. Pero mientras estaba ocupado en este trabajo le molestaban mucho las olas que le zarandeaban de un lado para otro. Si Ping Pong hubiese tenido a su lado a alguien que le hubiese apoyado hubiese pensado en presentar una respetuosa reclamación. Pero no había más que tempestad y olas.

A pesar de haber pensado durante mucho rato no consiguió dar con un plan ingenioso. De pronto, el viento de la tempestad se metió debajo de la sombrilla y la arrastró. Ping Pong agarró rápidamente el mango de su pequeña protección contra el sol y, enfadado, estiró hacia abajo. Pero el viento le volvió a jugar la misma broma. Cada vez que él tiraba hacia abajo, el viento la volvía a levantar. Ping Pong hizo fuerza con todo el peso de su pequeño cuerpo y estuvo a punto de caerse del barril. Pero el minúsculo dignatario no soltó ni el mango de su sombrilla ni el borde del barril. De repente se le ocurrió una idea maravillosa: con el cinturón de su batín dorado ató el mango de la sombrilla al asa del barril y de esta forma transformó su vehículo en un, por cierto, muy curioso barco de vela. El resultado fue que el viento arrastró el barquito a una velocidad vertiginosa, por el mar.

Si no le hubiese acompañado la fortuna el arriesgado buque hubiese sido arrastrado hacia la inmensidad del mar abierto. Pero, por suerte, el viento soplaba hacia tierra, exactamente hacia el país chino. Y aquella misma noche en que Jim llegaba al «País que no puede existir», atracaba Ping Pong, con su sombrilla hinchada por el viento, en el Puerto de Ping.

En cuanto le descubrieron, le pescaron y le llevaron a tierra. Lo primero que hizo este notable niño de niños después de su salvación, fue pensar en la salvación de los demás. Ping Pong ordenó en seguida que todo lo que tuviera remos o velas, es decir, toda la flota china, zarpara en busca de los náufragos y, naturalmente, intentara ver si

era posible encontrar también a los prisioneros de los Trece Salvajes. Mientras se preparaban los barcos, el pequeño superbonzo fue a ver al emperador y le informó exactamente de lo que había sucedido. La pena y la desolación del emperador al enterarse de aquella terrible noticia fue enorme.

—Así es que ahora —murmuró con cara muy pálida—, la he perdido y he perdido además a mis amigos.

Se dirigió solo a su aposento y se puso a llorar desconsolado.

Ping Pong volvió rápidamente, en una carroza china, al puerto. La flota estaba preparada para zarpar. Subió en seguida al mayor de los barcos, el cual, sin pérdida de tiempo, se colocó a la cabeza de los demás para guiarlos hacia el lugar de la horrible derrota. Le seguía un verdadero bosque de mástiles, grandes y pequeños. Más tarde los barcos se dispersaron y buscaron durante toda la noche, a la luz de las antorchas, a los náufragos. Os anunciamos que consiguieron salvarlos a todos. Algún tiempo después, por esta proeza, levantaron un monumento de tamaño natural al valiente superbonzo, y para que nadie tropezase con él, colocaron la estatua sobre una columna muy alta de jade verde. Hoy sigue allí y todo el que visita Ping lo puede admirar.

Después de recoger a los náufragos, la flota no volvió en seguida a China; siguió buscando porque Ping Pong no quería abandonar a sus amigos prisioneros de los Trece Salvajes.

Por eso, cuando a la noche siguiente, el barco pirata llegó a Ping y atracó en el muelle, no había nadie en el puerto esperándoles. Es fácil imaginar el terror de los habitantes de la ciudad. Todos creyeron que los Trece Salvajes habían llegado para asaltarla, saquearla y reducirla a cenizas. Muchos huyeron con sus familias hacía los campos y los más valientes se encerraron en sus casas atrancando puertas y ventanas.

Cuando Lucas y Jim, seguidos por Li Si, el capitán y los marineros, bajaron a tierra, miraron a su alrededor, asombrados porque el puerto y las calles estaban desiertos como si hubiesen llegado a una ciudad muerta.

—Hemos llegado, muchachos —dijo Lucas—, pero me parece que no nos esperaban.

Al principio los piratas tenían miedo de bajar a tierra. Pero por fin se decidieron a hacerlo, uno tras otro, ceñudos y desconfiados.

Los recién llegados tuvieron que dirigirse a pie al palacio real porque por más que buscaron no pudieron encontrar en ningún sitio las pequeñas carrozas chinas. Las calles y todas las plazas aparecían desiertas y silenciosas a la luz del anochecer. Las puertas de las casas estaban cerradas y no se veía luz en las ventanas. El palacio imperial también estaba a oscuras. Los soldados de la guardia no habían huido; pero se habían dirigido al puerto dispuestos a enfrentarse con los Trece Salvajes. Habían tomado el camino más corto y por eso no se habían cruzado con los recién llegados.

Li Si introdujo a sus amigos y a los piratas en el palacio por la puerta de la cocina porque la gran puerta de ébano permanecía cerrada. Los corredores estaban vacíos y oscuros y los pasos resonaban con gran estrépito en aquel silencio sepulcral.

Cuando por fin llegaron al gran salón del trono encontraron al muy poderoso emperador, solo, sentado en su silla de plata y diamantes, debajo del dosel de seda azul celeste. Había apoyado la frente en la mano y no se movía. Una única vela daba una luz muy pobre.

Luego levantó lentamente la cabeza y miró a los que entraban. Pero como todo estaba muy oscuro no reconoció a sus amigos. Sólo distinguió las gigantescas figuras de los piratas. Se levantó; la barba le llegaba hasta los pies y su cara estaba cubierta de una palidez mortal; sus ojos les miraron impotentes.

—¿Qué es lo que queréis, hombres sanguinarios y sin conciencia? —dijo en un tono muy bajo, pero que resonó por la habitación—, ¿qué buscáis aquí? Me habéis robado ya lo que más quería. ¿Queréis ocupar mi trono y quitarme también mi reino? ¡Eso no sucederá mientras me quede un soplo de vida!

—¡Padre! —exclamó la pequeña princesa, ¿no me conoces?

Corrió hacia él y se echó en sus brazos. El emperador estaba paralizado por la emoción. Lentamente volvió en sí y abrazó con fuerza a su hija. Y mientras dos gruesas lágrimas brillantes corrían por sus pálidas mejillas y rodaban por su barba blanca como la nieve, murmuró:

—¡Es cierto, eres tú, tú mi pequeño pájaro, mi niña! ¡Te he vuelto a encontrar! ¡Ya no tenía ninguna esperanza!

Los piratas les contemplaron con timidez y luego bajaron la vista. Lo que acababan de ver les emocionaba. Era ésta una sensación que hasta aquel momento les había sido completamente desconocida. De repente todo les pareció tierno y raro a la vez y se sentían incómodos. Se les notaba que estaban aturdidos y no comprendían lo que les sucedía.

El emperador abrazó también a Jim y a Lucas y saludó al capitán y a los marineros. Su mirada se posó sobre los piratas y preguntó:

—¿Conque estos son vuestros prisioneros?

—No —respondió Jim—; son libres.

El emperador, asombrado, levantó las cejas.

—Sí —dijo Lucas—, así es, Majestad. Pero a pesar de eso los Trece Salvajes han sido vencidos para siempre. Nosotros no lo conseguimos, pero el príncipe Mirra los derrotó.

—¿Quién es el príncipe Mirra? —preguntó el emperador con gran asombro.

Y entonces le explicaron toda la historia.

Cuando terminaron, el emperador permaneció en silencio mirando con afecto y admiración al pequeño muchacho negro, que era el último descendiente de uno de los

tres Reyes Magos. Por fin dijo:

—Haré lo que esté en mi poder, príncipe Mirra, para que recobres el país de tu padre, tu legítimo reino.

Luego cogió la vela y se acercó a los piratas. Los contempló uno a uno como si esperara descubrir algo en sus caras. Los gigantes intentaron que su mirada fuera fiera e insolente, pero no lo consiguieron y bajaron la vista. Al cabo de un rato el emperador sacudió la cabeza y dijo en voz baja:

—¿Estáis vencidos y no os queréis inclinar?

—No —contestó uno de los piratas, con voz ronca—; los Trece Salvajes no se inclinan ante nada ni ante nadie. Llevadnos ante el traidor, ante el dragón. Para eso hemos venido.

—¡El dragón! —exclamó asustado el emperador—. ¡Cielos, le he hecho un gran daño!

—¿Qué ha sucedido? —preguntó Jim.

—Cuando Ping Pong me trajo la terrible noticia, creí que no os volvería a ver —explicó el emperador—, y se apoderó de mí una indignación tremenda. Me dirigí hacia el dragón para reñirle porque supuse que, con sus misteriosas palabras, os había llevado a propósito hacia la perdición. Pero no contestaba ni a mis órdenes ni a mis ruegos insistentes. Sólo os habla a vosotros, amigos. Entonces me sentí poseído por una tremenda ira, y con el propósito de castigarle, mandé apagar todas las luces de la gran pagoda para que se quedara a oscuras. Hice poner gruesas cadenas en la puerta y las aseguré con un candado que ya no se podrá abrir nunca más.

—Un momento, Majestad —le interrumpió Lucas, sorprendido—; ¿ha dicho usted que Ping Pong estaba aquí?

—Sí, nobles amigos —dijo el emperador y les explicó la aventura de Ping Pong y que éste había zarpado con toda la flota en busca de los náufragos.

—¡Ah, por eso no había barcos en el puerto! —dijo Jim.

—¡Rayos! —exclamó Lucas, contento—. Este pequeño superbonzo es un chico estupendo, hay que reconocerlo.

—Sí —añadió Jim—; yo también lo creo.

—Pero, ¿qué haremos con el dragón? —preguntó el emperador—. Quiero verle en seguida para disculparme. Pero es imposible abrir la cerradura.

—Lo intentaremos —dijo Lucas, pensativo.

Cogieron velas de los candeleros y las encendieron en la del emperador; los piratas hicieron lo mismo. Luego cruzaron el palacio desierto y se dirigieron al parque.

Capítulo 27

EN EL QUE LO TORCIDO SE ENDEREZA

Cuando llegaron ante la gran pagoda, Lucas le dio su vela a Jim para que la sujetara e intentó abrir el candado que cerraba la cadena. Al principio lo hizo con cuidado, pero al no lograr abrirlo, empleó toda su fuerza. Aunque se esforzó todo lo que pudo, no consiguió nada. La cerradura no cedía.

Se levantó, se secó el sudor que le caía por la frente y gruñó:

—Es imposible romper este condenado hierro.

—Claro —contestó tristemente el emperador—; se trata de una cerradura «No-se-abre», una antiquísima obra de arte china. Nadie ha conseguido nunca abrir uno de esos candados.

Uno de los piratas se acercó y dijo:

—¡Venid, hermanos!

Los piratas entregaron sus velas a los que les rodeaban, se colocaron a los dos lados de la puerta, cogieron la cadena, que era de acero chino triple, y empezaron a tirar. La cadena se tensó y durante un rato no se oyó más que el jadeo de aquellos hombres. De pronto sonó un ruido agudo y metálico y la anilla central de la cadena saltó hecha pedazos.

—¡Mis respetos! —murmuró Lucas—. Nadie lo hubiera conseguido con tanta facilidad.

Los piratas abrieron las puertas de la pagoda y entraron en ella. Todo estaba envuelto en la mayor oscuridad y tuvieron que esperar que entraran Jim y Lucas y los demás con las velas. Los adornos del techo y de las paredes brillaban misteriosos en la penumbra. Los dos amigos se acercaron al «Dragón Dorado de la Sabiduría», que seguía en la misma postura, echado y con la cabeza apoyada sobre las patas anteriores. Parecía no darle importancia al daño que se le había querido hacer. En su boca se dibujaba una mueca irónica. Los dos amigos esperaron con las velas en la mano. En medio del silencio se oía el chisporroteo de las llamas.

Los piratas se habían detenido atónitos y miraban fijamente al dragón.

—No —dijo por fin uno de ellos—; éste no es el dragón que buscamos. ¡Por el infierno y la muerte, que Maldiente tiene otro aspecto! Nos habéis mentido.

Uno de los piratas sacó, con mirada de rabia, su sable.

Entonces el dragón se empezó a mover. Volvió hacia los piratas sus ojos de esmeralda y en su mirada volvió a brillar el extraño fuego verde. Los gigantesos hombres estaban como paralizados.

—Yo soy el que buscáis —la voz metálica y misteriosa resonó desde el interior del «Dragón Dorado de la Sabiduría»—. Pero vosotros, que erais mis compañeros, ya no me reconocéis, porque me he transformado.

Los piratas estaban confundidos y no sabían qué decir. Pero uno, más atrevido, exclamó fuera de sí:

—¿Por qué nos traicionaste?

—No os he traicionado —dijo el dragón—. Yo sabía que había llegado el momento de sacaros de vuestro error. Para que por fin seáis lo que tenéis que ser y sirváis al rey que es mi señor y que será también el vuestro.

—Nunca serviremos a nadie —rugieron los piratas—, mientras seamos los Trece Salvajes.

—No sois los Trece Salvajes —tronó la voz desde el interior del dragón.

Los ladrones del mar le miraron con la boca abierta.

—¿Quiénes somos, entonces? —preguntó uno de ellos.

El dragón se volvió hacia la pequeña princesa que, por el miedo, se había agarrado a la mano de su padre.

—Princesa Li Si —habló el dragón—, tú estuviste en Kummerland y aprendiste cuentas en mi colegio. ¿Estás dispuesta a ayudar a tu salvador a enderezar lo que está torcido, tal como está escrito en el antiguo mensaje oculto en el cetro del rey Baltasar?

—Sí —suspiró Li Si—; lo haré con mucho gusto.

—Cuenta entonces cuántos son esos que se llaman Trece Salvajes.

La pequeña princesa obedeció y sus ojos se abrieron por el asombro. Para asegurarse volvió a contar. Por fin dijo:

—Sólo son doce.

El efecto que estas palabras produjeron en los piratas fue muy curioso. Palidecieron y de repente parecieron muy desamparados. Los demás, sobre todo Lucas y Jim, se quedaron sin palabras por la sorpresa. Nadie hasta entonces había pensado en contar a aquellos hombres.

Un pirata se levantó y dijo penosamente:

—Esto no es posible. Siempre hemos sido doce. Uno era el capitán. Entre todos sumamos trece.

—No —dijo Li Si—; el capitán era uno de vosotros.

Los piratas hicieron un esfuerzo tan grande para pensar que empezaron a sudar.

—Es posible que tengas razón —dijo por fin otro—; pero ¿no sumamos trece?

—No —aseguró Li Si—; sólo doce.

—Eso es demasiado difícil para nosotros —murmuró un tercero—; no lo entendemos. ¿Doce y un capitán suman sólo doce?

—¡Que el demonio eche la cuenta! —gruñó de pronto el cuarto.

—Entonces no somos los Trece Salvajes —dijo el quinto—; ni lo hemos sido nunca.

—No —dijo el dragón—. Estabais equivocados. Yo siempre lo supe.

Reinó el silencio. Los piratas estaban quietos e inspiraban lástima.

La voz del «Dragón Dorado de la Sabiduría» resonó en el silencio.

—¡Vosotros, los que sois mis dueños, venid junto a mí!

Jim y Lucas se acercaron al dragón.

—Sabéis ya mucho —dijo, resoplando el dragón—; pero todavía no lo sabéis todo.

—Sí —respondió Jim—; seguí tu consejo, «Dragón Dorado de la Sabiduría», y descubrí el misterio de mi origen.

—Ya lo sé, príncipe Mirra —la voz llena de misterio salió del pecho del dragón—. Pero no serás rey hasta que encuentres tu reino.

—¿Me puedes decir dónde está? —preguntó Jim, lleno de esperanza—. He pensado que, a lo mejor, tú lo sabes.

—Lo sé —dijo el dragón, y en su cara volvió a asomar la sonrisa irónica—. Pero me veo obligado a callar porque no ha llegado todavía el momento de decir nada. El maravilloso reino de Jamballa está oculto y nadie podrá encontrarlo.

—¿Lo tendré que descubrir yo? —preguntó Jim, desilusionado.

—Esta vez no podrás, mi pequeño señor y dueño —le dijo el dragón—; nadie te podrá ayudar, más que esos doce que creían ser trece.

Los piratas le miraron asombrados.

—Has de saber, mi pequeño maestro —siguió diciendo el dragón—, que aquel rey con la cara negra, el sabio Baltasar, tenía un temible enemigo. Ese enemigo era yo. Ya sabes que los dragones somos viejísimos. Pero aquel rey no fue capaz de vencerme para transformarme en «Dragón Dorado de la Sabiduría». Eso lo has conseguido sólo tú, príncipe Mirra.

Los piratas se agitaron y Jim se volvió para mirarlos. Uno de los gigantes se acercó a él y le examinó de arriba abajo.

—¿Dice la verdad el dragón? —preguntó por fin con voz ronca—; ¿le derrotaste?

—Sí, junto con Lucas —respondió Jim, asintiendo con la cabeza.

—¿Y le has transformado? —inquirió el pirata.

—No —dijo pensativo Jim—; en realidad no hemos sido nosotros. Sencillamente, le salvamos la vida y le trajimos aquí. La metamorfosis la hizo él sólo.

—Sí —gruñó Lucas—; así fue.

—Jim Botón —exclamó el pirata, con ojos brillantes—, nos venciste y nos salvaste la vida. Tú y tu amigo vencisteis también a ese dragón y lo dejasteis con vida. Por eso se ha transformado y te llama su dueño. Nosotros juramos que si alguien nos derrotaba dejarían de existir los Trece Salvajes. Pero resulta que los Trece

Salvajes no han existido nunca. Pollo tanto, no existen. Te pregunto, ¿aceptas ser nuestro jefe? Ya llevas la estrella roja.

Jim miró asombrado a Lucas, que había empujado hacia atrás su gorra y se rascaba detrás de la oreja.

—Me parece que no puedo aceptar —dijo Jim, después de pensarlo un rato—; no quiero ser jefe de una cuadrilla de piratas.

—¿No nos podríamos transformar como el dragón? —preguntó ilusionado uno de los piratas.

—No —resonó la voz del «Dragón Dorado de la Sabiduría», y la sonrisa irónica volvió a asomar en su cara—. No podéis. Yo necesito un señor y lo tengo ya. Pero para que este niño se convierta también en vuestro amo le tenéis que dar antes un reino.

—¡Se lo daremos! —dijo uno de los piratas—. Juramos que obedeceremos a nuestro señor hasta la muerte. ¡Lo juramos!

—Lo que tenéis que hacer —contestó el dragón, y su voz sonó muy potente—; nadie os lo puede ordenar. Lo tenéis que hacer voluntariamente. Se trata de algo tan terrible que nadie más que vosotros tiene el valor suficiente para hacerlo y requiere una fuerza tan grande que solamente vosotros poseéis. Esta hazaña será la expiación de vuestros errores. El príncipe Mirra no podrá pisar su reino hasta que vosotros, los doce mellizos, no hayáis reparado voluntariamente las faltas que habéis cometido.

—¿Qué es lo que tenemos que hacer? —preguntó uno de los piratas.

—El gran reino del rey Baltasar se hundió en el mar —dijo el dragón—, y allí está desde hace ya mil años.

—¿Por qué se hundió? —preguntó Jim con los ojos muy abiertos.

—Porque yo lo hice hundir para acabar con el rey de cara negra que entonces era mi enemigo. Por medio de la fuerza volcánica, sobre la que nosotros los dragones tenemos mucho poder, hice surgir del fondo del mar el horrible «País que no puede existir». El país de Jamballa era como el otro platillo de una enorme balanza y se hundió. Así desapareció y nadie, hasta hoy, ha sabido dónde está.

—¡Ah! —dijo Jim—; ¿si ahora alguien logra hundir al «País que no puede existir», mi reino volverá a subir?

—Así es —dijo el dragón—; pero esto no lo logrará nadie. Ni siquiera yo, porque me he transformado. Sólo esos doce, esos que creían ser trece, lo pueden hacer.

—¿Tendremos que hundir a nuestra propia patria, a nuestra fortaleza «Ojo de la Tempestad»? —exclamaron los piratas.

—Sé que no teméis a la muerte —dijo el «Dragón Dorado de la Sabiduría»—; pero que este sacrificio que os pido es peor que la muerte.

Los piratas enmudecieron.

En sus caras se reflejó el terror.

—Seguid escuchando —la misteriosa voz resonó majestuosa desde el interior del «Dragón Dorado de la Sabiduría»—. En aquella fortaleza del «Ojo de la Tempestad», en el centro del «País que no puede existir», hay una habitación con doce antiquísimas puertas de cobre.

—El calabozo en que estuvimos nosotros —murmuró Lucas al oído de Jim.

—Abrid esas puertas —siguió diciendo el dragón—. Entrará el agua, llenará las galerías y los mil canales, subirá e inundará todo el «País que no puede existir». Cuando el agua alcance el pico más alto y se hayan llenado todas las grietas, el país pesará tanto que se hundirá.

Los piratas se miraron, sacudieron la cabeza y uno de ellos dijo:

—Nosotros hemos intentado ya abrir las puertas porque queríamos saber lo que había detrás de ellas. Pero no lo hemos conseguido.

—No conocéis el secreto —exclamó el dragón—. Sólo es posible hacerlo si se abren a la vez. Por eso sólo doce hombres iguales, con la misma fuerza, el mismo pulso y en el mismo instante, son capaces de abrir esas puertas de cobre. Pero, en cuanto lo hayan conseguido, deben alejarse corriendo para alcanzar su barco porque, si no lo hacen, las aguas los engullirán.

—¿Y dónde surgirá mi reino? —preguntó Jim.

—Vuelve a tu isla, príncipe Mirra —respondió el «Dragón Dorado de la Sabiduría» y el fuego verde de sus ojos se hizo tan brillante que casi no se le podía mirar—. Vuelve a ti tierra. Entonces lo sabrás todo.

Luego el dragón paseó la mirada por los presentes, la fijó a lo lejos y las brasas de esmeraldas parecieron apagarse. Jim hubiese querido preguntar por Molly. Pero sabía que el dragón ya no contestaría. Recordaba además las palabras que éste le había dirigido la otra vez: que lo suyo sería devuelto para siempre y que entonces su mirada lo atravesaría. Eran palabras enigmáticas pero Jim estaba seguro de que llegaría un día en que las comprendería.

Capítulo 28

EN EL QUE LOS PIRATAS EXPÍAN SUS FALTAS Y CANTAN UNA NUEVA CANCIÓN

Salieron todos y se detuvieron en silencio en la gran plaza delante de la pagoda. El viento de la noche hacía vacilar la llama de sus velas. Nadie se atrevía a turbar el silencio. Todas las miradas se dirigían interrogantes y llenas de tensión hacia los doce hermanos. ¿Qué iban a decidir? ¿Intentarían llevar a cabo la hazaña o el príncipe Mirra tendría que seguir siendo para siempre un rey Sinpaís? Los piratas seguían allí con la cabeza baja y no se movían.

Jim no se pudo contener y dio un paso hacia ellos. Pero no le salieron las palabras de la boca. Los piratas levantaron los ojos y miraron largo rato al muchacho. Luego uno de ellos murmuró:

—¡Danos tiempo para pensar! Mañana al amanecer te diremos lo que hayamos decidido.

Jim asintió con la cabeza. Luego dio lentamente media vuelta y con Lucas se dirigió a palacio. El emperador, Li Si y los marineros les seguían.

Cuando los piratas se quedaron solos encendieron un fuego en el centro de la plaza y se sentaron alrededor, mirando fijamente las llamas. No les apetecía cantar y además la canción de los Trece Salvajes ya no tenía sentido. Aquella noche hablaron muy poco. Pero cuando las primeras luces del amanecer empezaron a borrar las estrellas del cielo, habían tomado una decisión. Apagaron el fuego y entonces vieron a Lucas y a Jim que se dirigían hacia ellos, cruzando la plaza.

Uno de los hermanos fue a su encuentro.

—Está decidido —dijo—, hundiremos el «Ojo de la Tempestad».

Jim agarró la mano de Lucas y respondió en voz baja:

—Iremos con vosotros.

Los doce hermanos le miraron asombrados.

—¿No queréis volver a vuestra casa? —preguntó uno de ellos.

—No —contestó Jim—. Por mí vais a hundir a vuestro país. Queremos compartir el peligro con vosotros.

Los piratas se miraron asombrados y en sus ojos apareció un brillo sospechoso.

Cuando el sol salió sobre Ping, el barco con las velas de color rojo de sangre navegaba ya por el océano hacia el «País que no puede existir».

La pequeña princesa entraba en aquel momento en la habitación de los dos amigos para despertarlos y decirles que podían desayunar. Pero sólo encontró una

tarjeta, en la que Lucas, con letras mal escritas, había puesto:

¡HASTA LA VISTA EN JAMBALLA!

Leyó asustada el mensaje y marchó corriendo al parque para preguntarle al dragón cómo irían las cosas. Antes de llegar ante la gran pagoda se le ocurrió pensar que seguramente el dragón no hablaría con ella porque sólo hablaba con sus dos señores. Pero estaba tan preocupada que no se le ocurrió otra solución y entró a pesar de todo.

Asustada, se acercó al gigantesco «Dragón Dorado de la Sabiduría» y puso la tarjeta delante de sus ojos. Luego se echó atrás y como que no se atrevía a hablar, con el corazón encogido hizo una profunda reverencia y permaneció mucho rato con la cara casi tocando el suelo. El dragón no se movió.

—Por favor —dijo Li Si—, por favor, dime si les ocurrirá algo.

Pero sus labios pronunciaron, muy bajito, sólo un nombre: «¡Jim!».

—¡Tranquilízate, pequeña reina de Jamballa! —dijo de pronto una voz muy dulce.

Li Si le miró. ¿Era realmente el dragón el que había hablado? Seguía echado en el suelo, apoyado en las patas anteriores y sus ojos miraban por encima de la princesa, a lo lejos. Sólo él podía haber hablado, porque allí no había nadie más.

—¡Gracias! —exclamó Li Si y se volvió a inclinar profundamente—. ¡Gracias, «Dragón Dorado de la Sabiduría»!

Salió y se dirigió corriendo al encuentro de su padre, que estaba sentado en la terraza del palacio, y le explicó lo ocurrido.

—Hasta ahora el cielo ha protegido a nuestros nobles amigos —dijo el emperador, emocionado—, no los abandonará ahora.

Por la tarde, Ping Pong, con toda la flota, llegó al puerto de Ping. El capitán y los marineros del barco imperial acogieron con grandes muestras de alegría a los naufragos y les contaron lo que había sucedido desde que se habían separado.

Cuando el barco de velas de color rojo de sangre, se dirigía a una velocidad fantástica, a través del huracán, hacia la tromba marina, empezaba a anochecer. Los piratas volvieron a girar alrededor de la gigantesca columna de agua atravesada por los reyes, hasta alcanzar su misma velocidad. Entonces dejaron que el torbellino arrastrara el barco y por último aterrizaron en el silencioso «Ojo de la Tempestad» delante de su fuerte.

Jim y Lucas bajaron del barco con los piratas y los acompañaron hasta la gran sala donde se hallaba la trampa que llevaba al calabozo con las doce puertas de cobre oxidadas.

—¡Escucha! —dijo uno de los hermanos dirigiéndose a los dos amigos—, allá abajo no podréis ayudarnos en nada. Mejor será que volváis al barco y preparéis todo

para zarpar. Cuando subamos tendremos que partir en seguida.

—Sí, si subimos —gruñó otro.

Callaron todos un momento. Luego el primer pirata agregó:

—Si no subimos tendréis que tratar de salir solos de aquí.

—De acuerdo —dijo Jim.

—Pero no esperéis demasiado —añadió el tercer pirata—, ya no podréis hacer nada por nosotros. Procurad al menos poneros a salvo.

—Hay algo que queremos decirte, Jim Botón —gruñó el primero—. Tanto si volvemos como si no volvemos: desde ahora somos tus amigos.

Todos le sonrieron a Jim. Luego abrieron la puerta de la trampa y bajaron, uno tras otro, hacia el calabozo.

—Ha llegado el momento, Jim —dijo Lucas—. ¡Vamos!

Al llegar al barco, Lucas ató unas cuerdas muy largas en los amarraderos con lo que el casco del buque quedó fuertemente atado al muelle. Le tiró los cabos a Jim, que estaba sobre cubierta. Jim los cogió y se preparó para tirar de ellos en cuanto fuese necesario. Luego Lucas subió también. No podían hablarse debido al estruendo de la tromba marina, del viento. Los dos amigos permanecían silenciosos el uno junto al otro y esperaban.

Entonces, se oyó un estrépito enorme que provenía de las profundidades. En el mismo instante, el «País que no puede existir» empezó a temblar y a estremecerse. El ruido se iba acercando y de todos los agujeros de las rocas comenzaron a salir verdaderos ríos de agua. Las aguas subían y se deslizaban como torrentes por toda la superficie.

Jim luchó consigo mismo porque no sabía si debía soltar los cabos. No se decidía a hacerlo.

De pronto en la entrada de la fortaleza «Ojo de la Tempestad» se formó una intensa cascada que dio contra el navío con una violencia aterradora. El barco se inclinó y estuvo a punto de zozobrar.

En medio de la blanca espuma, los dos amigos descubrieron un revoltijo de cuerpos humanos. Lucas reunió todas sus fuerzas, se asió con una mano a la barandilla y se inclinó sobre las aguas para alcanzarlos. Agarró a uno de los piratas por el brazo y como los doce hermanos estaban cogidos unos a otros, consiguió llevarlos a cubierta.

Pero era demasiado tarde para zarpar. El «País que no puede existir» se rebelaba a su hundimiento. Pero había sonado su hora y los elementos se precipitaban sin compasión sobre él. Los dos amigos y los doce piratas, aturdidos, se agarraron a los mástiles. El barco fue levantado en el aire y giró en él como un trompo. Luego las aguas que salían de la montaña cayeron en cascada y lanzaron el barco hacia las profundidades. Entretanto, el gigantesco monte se había cubierto de agua y de todos

sus agujeros salían torrentes que burbujearan y hervían. Los relámpagos los atravesaban continuamente.

Por último, el mar se abrió en círculo alrededor del «País que no puede existir» y formó un remolino de dimensiones increíbles. De las profundidades llegaba un estruendo que parecía proceder del interior de la Tierra y la enorme isla de roca se hundió en medio de un gorgoteo horripilante.

Al mismo tiempo la tromba marina cesó y el gigantesco remolino negro arrastró al barco llevándoselo hacia abajo, siempre en círculo, como si quisiera engullirlo en su garganta insaciable.

Pero los doce hermanos habían tenido tiempo suficiente para recobrar el ánimo. No quedaba nada de las velas rojas, pero la rueda del timón funcionaba todavía. El barco se había hundido ya unos doscientos metros hacia el fondo del mar y resbalaba en círculos por una pared de agua casi vertical. Los dos amigos contemplaron, a través de una espesa cortina de lluvia, cómo los piratas hacían retroceder el barco, metro a metro, por el enorme remolino y lo llevaban de nuevo a la superficie. Se quedaron pasmados. Se agarraron, casi ya sin fuerzas, al mástil.

Cuando volvieron en sí miraron asombrados a su alrededor. El remolino se había cerrado y sobre el mar, llano y tranquilo, soplaba una brisa suave. En el cielo de la tarde brillaba un último rayo de sol.

Los piratas, uno junto a otro sobre el barco destrozado, contemplaban, sobre el mar en calma, el lugar donde antes había estado su tierra.

Jim y Lucas se les acercaron.

Al cabo de un rato, uno de los piratas dijo, con voz ronca:

—Hemos hecho lo que quería el «Dragón Dorado de la Sabiduría». Hemos expiado nuestras culpas. ¿Pero ahora a dónde vamos, Jim Botón? Ya no tenemos patria. Si no quieres ser nuestro jefe y no nos llevas a tu reino tendremos que resignarnos a cruzar sin descanso en nuestro barco todos los mares del mundo.

—Lummerland es demasiado pequeño para todos nosotros —contestó Jim lentamente—. Pero en cuanto sepa dónde está Jamballa nos dirigiremos hacia allá y vosotros seréis mis guardias de corps y defenderéis mi reino.

—¿Y cómo nos llamaremos? —preguntó uno de los piratas, excitado.

—Príncipe Mirra y sus Doce Invencibles —contestó Jim.

Los piratas le miraron un momento con la boca abierta y prorrumpieron en gritos de júbilo.

—¡Jo, jo, jo! —chillaban riendo—. ¡Es estupendo, nos gusta, nos gusta! ¡Vivan el príncipe Mirra y los Doce Invencibles! —y rodearon al muchacho, le subieron a hombros y le lanzaron una y otra vez al aire. Lucas se rascó sonriendo la oreja y gruñó:

—¡Atención, amigos, no rompáis a nuestro príncipe!

Entonces los piratas empezaron a cantar con voz ronca y fuerte. Era su vieja canción de piratas, pero a medida que cantaban cambiaban las palabras de la melodía. Como los hermanos eran completamente iguales en todo, no tuvieron que pensar antes en la letra:

*Ahora somos los Doce Invencibles,
jo, jo, jo, con un gran jefe negro.
Desciende de un rey, del Mago Baltasar,
jo, jo, jo, nuestro gran jefe negro.
Que nadie ose al reino amenazar,
jo, jo, jo, de nuestro príncipe negro.
Juramos ser fieles hasta morir,
jo, jo, jo, a nuestro gran jefe negro.*

Cuando hubieron terminado sus primeras demostraciones de alegría y Jim volvió a sentir el suelo bajo sus pies y recobró el aliento, dijo:

—Ahora que somos amigos os puedo decir que no me gusta eso de no poder distingueros. Tendríamos que hacer algo para que se os pudiera conocer.

—Sería estupendo —contestó uno de los hombres—. Nosotros también lo habíamos pensado, ¿no es cierto hermanos?

—Sí —respondió otro—; es cierto, pero no se nos ha ocurrido nada.

—¡Ya lo tengo! —exclamó Jim—. Habéis dicho que cada uno de vosotros no conoce más que una letra.

—Así es, jefe —contestó uno de los hermanos, asombrado.

—Entonces es muy sencillo —dijo Jim—, cada uno de vosotros llevará un nombre que empiece con su letra.

—¡Que me parta un rayo! —murmuró uno de ellos—. El príncipe se ha sacado de la manga lo que no habíamos conseguido en toda nuestra vida. ¡No hay como tener algo en la cabeza!

Entonces los hermanos se adelantaron y escribieron su letra. Lucas se las leyó a Jim y los dos amigos pensaron un nombre aceptable para cada uno. No hubo dificultad más que para uno, para aquel que había creído siempre que su letra era una **I**. Necesitó un buen rato para darse cuenta de que en realidad era una **J** pero luego encontró que era una letra muy bonita.

Por último, Lucas les leyó los nombres por orden:

1. Antonio
2. Emilio.
3. Fernando.

4. *Ignacio.*
5. *Javier.*
6. *Luis.*
7. *Maximiliano*
8. *Nicolás*
9. *Rodolfo*
10. *Sebastián*
11. *Teodoro*
12. *Ulrico*

Los gigantescos muchachos estaban más contentos que un niño en la noche de Reyes y se alegraron muchísimo detener un nombre que les permitiría distinguirse de los demás.

—¿Hacia dónde nos dirigiremos ahora? —preguntó Ulrico.

—Hacia Lummerland —contestó Jim—, el dragón me dijo que volviera a casa y que allí me enteraría de todo.

—Bien —dijo Maximiliano—, ¿pero, con qué nos iremos? ¡Por todos los diablos, no queda ni un trozo de nuestras velas de color rojo de sangre! Y no tuvieron más remedio que ir a buscar las preciosas sedas bordadas con perlas, las alfombras y los encajes que con los demás tesoros estaban en la bodega. Cuando hubieron izado el último pañuelo de damasco y la última servilleta de brocado, el barco tenía un aspecto muy extraño pero hay que reconocer que era soberbio. Se dirigieron hacia el sol poniente, hacia la pequeña patria de Jim, con cientos de pequeñas y grandes y maravillosas velas desplegadas, que se hinchaban con el viento.

Capítulo 29

EN EL QUE EL PRÍNCIPE MIRRA ENCUENTRA SU PAÍS

El viaje hacia Lummerland era un viaje muy largo. El barco, imperial siempre había tardado varios días para llegar a él desde China. Desde el desaparecido «País que no puede existir» la distancia era más del doble. Pero mis lectores, después de haber leído las increíbles aventuras de los anteriormente llamados piratas y conociendo la velocidad de su barco, no se sorprenderán al enterarse de que los Doce Invencibles (así se llamarían en adelante) tardaron sólo una noche.

Cuando a la mañana siguiente muy temprano, Jim y Lucas subieron frescos y descansados a la cubierta, vieron a los doce hermanos, de pie en la proa, mirando asombrados con sus anteojos.

Al llegar los dos amigos, uno se volvió hacia ellos (se trataba de Teodoro) y le dijo sonriendo:

—Te has burlado de nosotros, príncipe jefe. ¡Conque ésa es tu minúscula isla en la que no íbamos a caber todos!

Los tres amigos miraron sorprendidos hacia el horizonte pero a simple vista no se distinguía nada.

—¿Por qué? —preguntó Jim—. ¿Qué pasa con la isla?

—Vedlo vosotros mismos —exclamó Antonio—. ¡Rayos, truenos y tempestades! ¡Si eso es una pequeña isla, yo soy una pulga!

Dos de los hermanos, Nicolás e Ignacio, pasaron sus anteojos a los dos amigos. Lucas y Jim miraron con ellos y durante un rato no pudieron decir nada.

A través de la bruma teñida de rojo por los rayos del sol que iba apareciendo en el horizonte se descubría el contorno de una tierra, o mejor, ¡de un continente entero! En algunos lugares la costa estaba cortada a pico sobre las olas azules, en otros había playa que se adentraba suavemente en el mar. Hasta donde alcanzaba la vista se distinguían montes y llanuras. Y cuando el sol asomó por encima de aquella tierra, las rocas empezaron a brillar y a teñirse con todos los colores del arco iris. La luz era tan fuerte que cegaba. Pero allí donde aparecía más viva era en cierto lugar cerca de la costa oeste. Jim no lo podía reconocer.

Dejó los anteojos y dijo:

—No, esto no es Lummerland. Debéis de haber equivocado el rumbo.

—Sí —gruñó Lucas—, me parece que sí. Este país no lo había visto en mi vida.

Los doce hermanos sacudieron la cabeza.

Jim volvió a mirar con el anteojo y como el barco se acercaba rápidamente a la costa, pudo ver mejor el lugar donde todo relucía tan maravillosamente. Se veían torres de piedras preciosas transparentes y de muchos colores; había también viejos templos y palacios medio derruidos, era una ciudad tan y tan magnífica que no hay palabras para describirla.

—¡Oh! —exclamó Jim—. Lucas, ¿sabes lo que es? Es la ciudad que vimos cuando fuimos al fondo del mar.

Los dos amigos tuvieron un presentimiento pero no se atrevieron a decir nada.

El continente, en su centro, se elevaba y en el lugar más alto se distinguía con dos picos desiguales, uno alto y otro algo más bajo. Y en medio de los dos, diminuto como una cabeza de alfiler, había un castillo. Algo más abajo, una pequeña mancha... ¡Era la tienda de la señora Quéé! Junto a ella estaba la pequeña estación. ¡Bajo el sol había algo de hierro que brillaba! ¡Algo con forma de locomotora! ¡Algo parecido a Emma! No había duda, Lummerland se había convertido en la parte más alta de aquel maravilloso y enorme país que había surgido, hacía muy poco, sobre la superficie del mar. Ahora estaba allí, en el centro de aquel reino inmenso y magnífico que había permanecido tanto tiempo sumergido en las profundidades del océano, que acababa de aparecer aquella noche y que ahora brillaba bajo el sol del amanecer: ¡Jamballa!

Los dos amigos bajaron los anteojos y se miraron.

—¡Jim! —dijo Lucas.

—¡Lucas! —tartamudeó Jim.

Cayeron el uno en brazos del otro y durante un rato no dijeron palabra.

Los doce hermanos les rodeaban y por vez primera apareció en sus caras salvajes y temerarias una sonrisa tranquila y alegre.

El barco, con sus velas de colores llenas de perlas y encajes, se acercaba cada vez más a la costa, los objetos se hacían más claros y los detalles se empezaron a distinguir a simple vista. Junto a Lummerland había un bosquecillo de árboles de coral que sostenía en sus ramas un pequeño pedazo de tierra, que parecía estar en el aire. Era Nuevo-Lummerland, que había sido en otro tiempo una isla flotante. Allí estaba la pequeña casa con las persianas verdes.

—¡Eh, hermanos! —exclamó de pronto Nicolás, sorprendido— me parece que este país está habitado por seres muy raros.

En aquel momento el señor Tur Tur acababa de salir de su cabaña y les miraba extraordinariamente asombrado. Visto desde aquella distancia, su figura se elevaba hacia el cielo muchas millas. Y los anteriormente llamados piratas, que todavía no conocían al gigante-aparente, no demostraron sentir ningún temor, cosa que demostraba lo valientes que eran.

Lucas y Jim les explicaron a los hermanos la rara característica de aquel extraño viejo y cómo le habían llevado hasta Lummerland para hacerle servir de faro. Si los

doce hubiesen podido contar algo para asombrar al príncipe negro y a su amigo lo hubiesen hecho en aquel momento, pero no encontraron nada tan extraordinario como lo que acababan de oír.

Entretanto, habían alcanzado la costa y anclaron en una hermosa caleta. Las rocas de piedras preciosas formaban un puerto natural con un verdadero muelle, de modo que desde la cubierta del barco, dando un gran paso, se podía poner pie en el suelo del viejísimo y recién descubierto país, Jamballa.

—Propongo —dijo Lucas y su voz tenía un tono solemne—, que en perenne recuerdo de este gran día, esta tierra no se llame ya Jamballa sino Jimballa.

A todos les pareció muy bien y Jim decidió:

—¡De hoy en adelante se llamará Jimballa!

Con estas palabras tomó posesión de su legítimo reino. Ahora le pertenecía de verdad, para siempre.

Se pusieron en marcha hacia Lummerland, que estaba en el centro del reino. El camino que tenían que recorrer era largo, porque Jimballa era muy grande. Y no iban muy aprisa ni adelantaban mucho porque los lugares que cruzaban les hechizaban y se detenían para contemplarlos. Todo era igual que en el fondo del mar. Cruzaron bosques de corales y el suelo estaba cubierto de conchas de nácar. Todavía no había hierba ni árboles verdes, pero no tardarían en crecer, porque el mar había hecho muy fértil aquella tierra en los mil y pico de años que había estado sumergida.

Encontraron rocas y montes de piedras preciosas rojas y verdes. Los tesoros de los piratas, que seguían en la bodega del barco, palidecían ante el esplendor de aquel país.

La comitiva, con Jim y Lucas a la cabeza, alcanzó por fin la frontera de Lummerland que ya nunca más sería bañado por las olas, ni grandes ni pequeñas, del mar.

El señor Tur Tur había despertado ya al rey Alfonso Doce-menos-cuarto y a los dos súbditos y todos estaban delante del castillo entre los dos picos y por el asombro no eran capaces de pronunciar palabra. No podían comprender el cambio que había ocurrido aquella noche. Jimballa había surgido tan suave e imperceptiblemente que nadie se había despertado.

Cuando Jim y Lucas se acercaron y les dieron los buenos días, empezaron a darse cuenta de las cosas. No es fácil describir la alegría de todos al volver a encontrarse. Y, como no es fácil describirla, prefiero no intentarlo. Lo tendréis que imaginar. ¡Qué alegría la de la buena y vieja Emma, cuando Lucas se acercó a ella emocionado y cariñoso y acarició su caldera! Nunca la había dejado tanto tiempo sola y nunca habían podido comprobar cuánto sentía uno la falta del otro. Nadie más que Jim podía hacerse cargo de ello, por que seguía sin tener a Molly.

Luego los amigos hicieron un relato de sus aventuras. Pero esta vez, claro está, no

se pudieron reunir en la pequeña cocina de la señora Quéé como lo hicieron después del viaje a la Ciudad de los Dragones. Era imposible que allí cupieran todos. Por tanto, los anteriormente llamados piratas se sentaron en la frontera de Lummerland, Jim y Lucas se acomodaron sobre la vieja Emma y los demás fueron a buscar sillas y se colocaron donde les parecía que oirían mejor. El rey Alfonso Doce-menos-cuarto arrastró su trono hasta la puerta del castillo, se sentó en él y balanceaba feliz sus pies calzados con zapatillas de paño escocés, mientras escuchaba el relato de los maquinistas, uno de los cuales llevaba una corona y por tanto era colega suyo.

Cuando la historia era más emocionante, murmuraba:

—Algunas veces las cosas se ponen muy difíciles para nosotros los reyes. Me hago cargo.

La señora Quéé, que estaba muy contenta, fue a su tienda a buscar helados, dulces y demás golosinas y los ofreció a los presentes.

—Ahora que todo ha terminado tan felizmente y se ha encontrado por fin un lugar apropiado para cada uno, me permito preguntar si los dos respetables amigos han pensado en un empleo u ocupación adecuada para mi humilde persona. Es posible que recuerden que ya hablamos de ello en una ocasión.

—¡Claro que lo recordamos, señor Manga! —contestó Lucas y lanzó un gran anillo de humo hacia el cielo azul— y me parece que se nos ha ocurrido uno apto para usted.

Jim miró asombrado a Lucas. No estaba enterado de nada.

—Sí —siguió diciendo Lucas y le guiñó un ojo a su amigo—, nuestro príncipe quisiera aprender a leer, a escribir y a hacer cuentas y muchas cosas más. Eso me ha dicho.

—¿Es cierto? —preguntó el señor Manga, muy contento.

—Sí —dijo Jim—, claro. ¿Le gustaría enseñarme esas cosas, señor Manga?

—Con gran placer —exclamó el señor Manga.

Y así fue cómo Jim Botón, que se había convertido en el joven de Jimballa, empezó a ir cada día al colegio del señor Manga para aprender a leer, a escribir, a hacer cuentas y muchísimas cosas más. Y no exagero si os aseguro que el señor Manga demostró ser un maestro extraordinario, que Jim aprendía cada día más cosas y muchas veces se asombraba por lo mucho que el señor Manga sabía. Se le podía preguntar todo, era casi una «Flor de la Sabiduría».

Jim intentó convencer a los anteriormente llamados piratas para que fueran con él al colegio, pero a los hermanos no les hacía mucha ilusión la idea y Jim no insistió.

Las primeras cartas que Jim escribió iban dirigidas a todos los niños que habían estado prisioneros con la pequeña princesa en Kummerland. Les invitaba a ir a Jimballa. Entregó las cartas a los doce hermanos y en su barco les envió a invitar a aquellos niños que en otro tiempo habían raptado.

Poco después de que hubiera zarpado el barco con las velas de colores bordadas con perlas, atracó en la caleta que servía de puerto y que tenía los muelles de piedras preciosas, otro hermosísimo barco. Era el nuevo barco imperial de Pung Ging, el emperador de China y a bordo venían él mismo, Li Si y Ping Pong. Todos estaban enterados ya de las cosas maravillosas que habían sucedido.

—¿Os ha llamado por teléfono el rey Alfonso Doce-menos-cuarto? —preguntó Jim, sorprendido.

—No —respondió el emperador con una sonrisa amable—, ha sido otro el que nos lo ha comunicado todo. ¿No puedes adivinar quién ha sido?

—¿El «Dragón Dorado de la Sabiduría»? —exclamó Jim.

—Sí, él ha sido —contestó Li Si—. Piensa, Jim, que desde que el «País que no puede existir» se ha hundido, nos habla a todos. Ahora, cada día, todas las «Flores de la Sabiduría» van a dar clase con él que les explica los misterios del mundo.

—Así es —pió Ping Pong—, y me ha encargado además que te diga una cosa a ti, su señor y dueño. Dice que el día en que el príncipe Mirra y la princesa de China se casen, volverá a ti lo que es tuyo.

—¡Molly! —exclamó Jim fuera de sí por la alegría.

Naturalmente, estaba ansioso por recobrar su pequeña locomotora pero no comprendía cómo ocurriría. Se tenía que fijar el día de la boda para una fecha muy próxima, lo antes posible. Todos estaban de acuerdo.

Ping Pong había traído de China un cargamento de árboles jóvenes transparentes, muchas especies distintas de plantas del «Bosque de las Mil Maravillas». Las plantaron en seguida.

El señor Tur Tur permanecía encerrado en su pequeña casa. El preocupado gigante-aparente no quería asustar a los huéspedes con su extraña particularidad. La misma Li Si, que ya le conocía, no le había visto nunca desde lejos y el señor Tur Tur opinaba que lo mejor sería que todos se fueran acostumbrando poco a poco a su presencia. Pero el emperador y el pequeño superbonzo, además del capitán y sus marineros, le querían saludar. Se dirigieron a su pequeña casa para visitarle y él se sintió profundamente emocionado.

Capítulo 30

EN EL QUE, CON VARIAS SORPRESAS ALEGRES,
TERMINA NUESTRA HISTORIA

Al cabo de un par de semanas volvió el barco con los anteriormente llamados piratas y en cubierta se movía una masa alegre de muchos colores. Eran los niños de todos los países del mundo con sus numerosas familias.

Los anteriormente llamados piratas, para que los niños vieran en seguida que ya no eran los Trece Salvajes, se habían quitado del sombrero las calaveras con los dos huesos cruzados y en su lugar habían cosido unas escarapelas con los siete colores del arco iris que eran los colores nacionales de Jimballa.

Naturalmente a la llegada hubo un sinfín de exclamaciones de alegría mientras los niños saludaban a sus libertadores. Cuando el jaleo terminó, Lucas dijo:

—Bien, han llegado ya los invitados a la boda. Me parece que no hay ya nada que la impida. La podríamos celebrar hoy mismo.

—Sí —dijo Jim—, creo que sí.

Decidieron pues, celebrar el festín aquella noche en la vieja ciudad de piedras preciosas, cerca de la costa oeste de Jimballa. Para ello mandaron a los Doce Invencibles a prepararlo todo.

Los niños y sus familias subieron con Jim y Lucas a Lummerland porque lo querían conocer, ya que habían oído hablar mucho de él. El rey Alfonso Doce-menos-cuarto les recibió en su pequeño reino y les dio la mano a todos. Lo mismo hizo el señor Manga. La señora Quéé, que se había puesto muy colorada por la nervios, estuvo toda la tarde preparando chocolate y bizcochos dorados. Todos los comieron muy a gusto, incluso los que no los habían probado nunca, como el pequeño indio y el niño esquimal. Las golosinas de la señora Quéé les gustaron mucho, casi más que los filetes de búfalo y que el aceite de hígado de bacalao caliente que comían en sus casas.

Pasaron toda la tarde jugando y como los niños venían de lugares distintos de la Tierra, cada uno sabía algún juego que los demás no conocían. Por último, todos se sintieron algo cansados por todo el jaleo. Además llegó la hora de dirigirse a la ciudad de piedras preciosas; Jimballa era un país muy grande y el camino era largo.

Lucas preparó a la vieja y buena Emma porque quería que asistiera al gran momento de la boda de Jim y Li Si. Además los niños que se cansaran por el camino, podrían montar en ella para descansar. Y entre aquellas numerosas familias habría seguramente algunos viejos, abuelos y tíos abuelos, para los que el largo viaje a pie

sería demasiado fatigoso.

Lucas hizo que Emma silbara, la comitiva se formó y se puso en movimiento. La vieja locomotora avanzaba lentamente y de vez en cuando se detenía para que los invitados que admiraban las maravillas del nuevo país y lanzaban muchos ¡ahs! y ¡ohs!, tuvieran tiempo de contemplarlo todo tranquilamente. Empezó a anochecer y cuando llegaron a la ciudad de las piedras preciosas, era ya de noche.

¿Quién puede describir lo que descubrieron sus ojos?

Los Doce Invencibles habían encendido cientos de hogueras por todos sitios, en el interior del viejo templo derruido, en las calles y patios y detrás de los muros del palacio de piedras preciosas. Toda la ciudad brillaba como si fuera una gigantesca lámpara maravillosa. Por encima de ella el cielo estaba sereno y lleno de estrellas. Desde la cercana orilla llegaba el murmullo del mar. Brillaba con una luz suave verdosa y todas las olas, las grandes y las pequeñas, tenían coronas de espuma en las que centelleaban incontables chispas de luz.

—Mira —le dijo Jim a Li Si mientras se dirigía con ella de la mano hacia la locomotora—, ¡son las luces del mar!

—Sí —dijo la princesita, asustada—, si no hubiera sido por ti y por Lucas, no existirían.

Se encaminaron hacia el centro de la ciudad y cuanto más se adentraban por las calles y plazas que brillaban con una luz maravillosa, más sorprendidos se sentían. Por fin la comitiva se acercó a una plaza redonda y grande en cuyo centro, sobre un pedestal, había un trono de piedra blanco como la nieve. En él había grabadas palabras muy misteriosas.

Los Doce Invencibles estaban colocados alrededor de la plaza formando un círculo como si fuesen los números de un gran reloj y sostenían grandes hachones encendidos. Cuando vieron llegar a Jim y a Li Si exclamaron con sus voces potentes:

—¡Vivan nuestros novios, viva, viva!

Y empezaron a cantar su nueva canción.

Mientras ellos cantaban, los niños y sus familias se situaron junto al trono y también vitorearon a la pareja principesca.

Jim y Li Si se detuvieron delante de los escalones que conducían al trono.

La señora Quéé y Lucas se acercaron a los dos niños llevando los trajes de boda. A la pequeña princesa la señora Quéé le puso un manto real blanco en plata, cuajado de perlas, sobre los hombros, y la larga cola resbaló por el suelo. En la cabeza le colocó la corona de novia de la que colgaba un velo blanco. Luego Lucas le puso a su pequeño amigo un manto real de color de púrpura bordado en oro. En los ojos de Lucas había una sombra de intranquilidad y seguramente si hubiese tenido su pipa en la boca hubiese lanzado grandes nubes de humo que era lo que hacía siempre cuando estaba emocionado.

Cuando los dos niños se hubieron puesto sus trajes de boda, el emperador de China se dirigió hacia ellos cruzando lentamente la gran plaza. Llevaba en las manos un gran almohadón de terciopelo y sobre él los atributos de la realeza: la hermosa corona del santo rey mago Baltasar, su cetro, una graciosa corona china para Li Si y la estrella roja de cinco puntas de los antiguos Trece Salvajes.

El emperador se colocó entre los dos niños. Lucas cogió a Jim de la mano, la señora Quéé llevaba a la pequeña princesa. Subieron todos por los escalones. Se detuvieron delante del trono y el emperador, en voz baja, pero que se oyó por toda la plaza, dijo:

—Hijos míos, coged estas coronas. Desde hoy, este viejísimo y reconquistado país vuelve a tener un rey y una reina.

Después de haber pronunciado estas palabras, el emperador entregó a Lucas el almohadón, cogió con las dos manos la corona de doce puntas y se la colocó a Jim en la cabeza. Luego cogió también la pequeña corona china y se la puso a su hija Li Si. Jim, obedeciendo a una seña del emperador, cogió el cetro que Lucas le ofrecía. Y se lo entregó a la joven reina. Por último, Lucas prendió la estrella roja sobre el manto de su amigo. Entonces los dos niños se sentaron el uno junto al otro en el trono blanco lleno de misteriosas inscripciones.

Durante la ceremonia el rey Alfonso Doce-menos-cuarto se había mantenido en un discreto segundo lugar porque la suya era sólo, por así decirlo, una visita diplomática a un país extranjero. Pero ya no se pudo contener por más tiempo, se arrancó la corona de la cabeza, la agitó en el aire y exclamó:

—¡Viva siempre el rey Mirra! ¡Viva siempre la reina Li Si! ¡Larga vida a la pareja real! ¡Que nuestros dos países mantengan siempre buenas relaciones de... eh...!

Perdió el hilo del discurso por la alegría inmensa que sentía y no supo seguir; pero los demás se habían sumado a sus vítores y no se dieron cuenta de ello. Ping Pong, que estaba al lado del rey, dio un salto y pió:

—¡Oh, oh, oh, estoy fuera de mí por el entusiasmo, oh, oh, oh, que espectáculo!

El señor Manga, que estaba junto a Ping Pong, dijo:

—¡Yo soy su maestro, piense señor superbondo que yo soy el preceptor de un rey! ¡Esto es más que ser ilustre, es ser noble!

Entonces el señor Tur Tur, que por precaución se había escondido en el tender del carbón, empezó a gritar lo más fuerte que pudo con su tenue voz:

—¡Muchas felicidades, mis mejores deseos, viva la joven pareja real!

Y Emma silbó y resopló para demostrar su gran alegría.

El emperador de China levantó la mano y los gritos cesaron. Habló en medio de un completo silencio:

—En este momento, mis queridos amigos, se funde en forma misteriosa el principio con el fin. El último eslabón de la cadena se une al primero, el círculo se

cierra.

Todos permanecían en silencio meditando sobre las palabras del emperador, cuando de pronto llegó del mar el sonido de extrañas cornetas.

—¿Quiénes serán? —le susurró Jim a Lucas.

—Quizá nuestros amigos, los hombres del mar —opinó Lucas—; seguramente querrán celebrar la fiesta junto con nosotros.

—Vayamos a recibirlos —dijo Li Si.

Todos estuvieron de acuerdo y la comitiva, con Emma y los Doce Invencibles, se dirigió a la cercana costa atravesando la ciudad. Al llegar al mar contemplaron un espectáculo maravilloso. Del horizonte llegaba otra comitiva; cientos de hombres del mar tocando sus cornetas de caracolas. En el centro avanzaba una gigantesca concha de nácar arrastrada por seis morsas blancas. Sobre ella viajaba Sursulapitchi, que llevaba un largo velo de novia de fina seda de algas, y a su lado se hallaba Uchaurichuum. Detrás flotaba otra barca de nácar, sobre la que había algo que no se distinguía bien, porque estaba casi completamente cubierta con grandes hojas.

—¿Habrán encontrado a Molly? —preguntó Jim, y su corazón empezó a latir con fuerza.

—Mucho me equivocaría si no fuese así —gruñó Lucas, excitado.

Cuando la comitiva de los hombres del mar llegó a la playa, Jim les saludó como rey de aquel país y les presentó en seguida a la pequeña princesa.

Sursulapitchi y Uchaurichuum se miraron sonriendo, y la sirena dijo:

—Nosotros también nos hemos casado hoy.

—¡Rayos! —exclamó Lucas—. ¿Ha podido cumplir Uchaurichuum el encargo del rey?

—Así es —respondió el Nock con caparazón, con su voz melodiosa—; con la ayuda de mi amigo Nepomuk, que os manda sus saludos. Las cosas le van muy bien y está encantado. Pero su celo le impide abandonar su puesto de guarda de las rocas magnéticas para venir. Esta noche hay, por lo que podéis ver, gran iluminación en el mar; él está preocupado, y si abandonara su puesto le podría ocurrir algo a algún barco.

—¡Bravo! —dijo Lucas, aprobando la decisión—; decidle, por favor, que estamos muy contentos de él y que le enviamos nuestro saludo.

—¿Habéis encontrado a Molly? —preguntó Jim, que ya no se podía contener.

Sursulapitchi y Uchaurichuum volvieron a mirarse sonriendo. Luego el Nock con caparazón, con su voz cantarina dijo:

—Os tenemos que agradecer que hayamos conseguido fabricar el «Cristal de la Eternidad». Por ello la primera obra maestra que hemos realizado ha sido la transformación de la pequeña locomotora. La encontramos hacia el sur, en el lugar más profundo del océano. El medio dragón y yo transformamos el hierro en ese

cristal indestructible, indestructible como nuestra amistad y nuestro agradecimiento.

Al terminar estas palabras, los hombres del mar retiraron las hojas que cubrían la segunda barca de nácar y... allí estaba Molly, transparente como el agua, límpida y... preciosa.

Empujaron a la pequeña locomotora hasta la playa y la colocaron delante de Jim. Éste la tocó cuidadosamente con la mano como si temiera que pudiera desaparecer. Pero no desapareció. Era una verdadera locomotora y hasta había crecido algo.

—¡Gracias! —tartamudeó Jim con los ojos muy abiertos—. ¡Gracias!

Al cabo de un rato preguntó:

—¿No será demasiado delicada?

—Oh, no —respondió Uchaurichuum—; el «Cristal de la Eternidad» no se puede romper.

—¿Entonces no se romperá nunca? —preguntó Jim.

—Nunca —aseguró el Nock con caparazón.

Lucas había ido a buscar a la vieja Emma. Es fácil imaginar la alegría de ésta al volver a ver a su hija y contemplar su aspecto tan encantador.

No habían terminado las manifestaciones de cariño entre las dos cuando de pronto se oyó en el mar un espantoso chapoteo. El agua se levantó formando como una montaña y entonces apareció la gigantesca cabeza de Lormoral, el rey del mar. Contempló un momento en silencio a las dos comitivas, asomó una sonrisa en su cara autoritaria, y su voz sonó como el eructo de una ballena:

—¡Felicidades, felicidades!

Y desapareció hacia las profundidades, en medio de un horrible fragor.

—¡Ése era mi padre! —explicó la princesa de los mares, como si se excusara—; ahora sentaos, por favor; va a llegar el cuerpo de baile del mar.

Todos se sentaron cómodamente; los hombres del mar, en la húmeda orilla; los demás, sobre la tierra. Entonces el séquito de la muchacha del mar empezó a bailar una danza maravillosa.

La fiesta duró hasta muy entrada la noche, y jamás desde que existe el mundo se ha celebrado nada con tanto esplendor. Todos los que estaban allí lo pueden confirmar.

Unos días más tarde, el emperador y Ping Pong regresaron a China. Pero Li Si se quedó para siempre en Jimballa porque era la reina de aquel país. Lucas y Jim construyeron cerca de los límites de Lummerland una casa preciosa, medio palacio chino y medio estación de tren. Allí se instaló la joven pareja real. Li Si aprendía con la señora Quéé a guisar y a llevar la casa e iba cada día con Jim al colegio del señor Manga, en Lummerland. El resto del tiempo lo empleaban en reinar los dos juntos. Sólo iban a la ciudad de piedras preciosas cuando había asuntos muy serios o cuando tenían que hablar de cosas muy importantes.

La mayor parte de los niños se quedaron a vivir para siempre allí con sus familias. De su tierra habían traído semillas y las sembraron en aquel suelo tan fértil. Al poco tiempo había una región con praderas y árboles para los indios, otra con campos de tulipanes y prados para los holandeses, otra con una jungla para los niños negros con turbante, y hasta para los esquimales hubo, en la parte norte del reino, un territorio apropiado, donde hacía el frío necesario y que en invierno se cubría de nieve. Abreviando, para todos hubo lo más conveniente. El espeso bosquecillo de corales que había llevado sobre sus ramas a la isla flotante Nuevo-Lummerland, parecía a propósito para hacer gimnasia, trepar y jugar al escondite, y se había convertido en el lugar preferido de los niños.

Poco a poco los nuevos habitantes del reino se fueron acostumbrando al gigante-aparente y éste acabó por poder salir de su casa, incluso en los días más claros, porque nadie le temía. Los niños le saludaban agitando la mano cuando le veían desde lejos, y parecía tener una estatura de muchas millas y llegar hasta el cielo, y él correspondía encantado al saludo. Naturalmente, seguía desempeñando el oficio de faro porque los barcos pueden chocar con la misma facilidad contra un país grande como contra uno pequeño.

Los Doce Invencibles giraban alrededor de Jimballa en su barco, con las velas llenas de perlas y encajes y protegían el reino de su jefe y señor. De esta manera nada podía amenazar al país y nadie tenía que sentir miedo de nada.

Y como en toda aquella parte del mundo no había motivo para temer ningún mal, empezaron a llegar volando desde todas las direcciones grandes cantidades de pájaros de especies distintas, pájaros raros y pájaros corrientes, algunos con hermosas voces, otros que más que cantar graznaban, y al poco tiempo eran ya tan mansos y cariñosos que se acercaban en seguida en cuanto se les llamaba. Más tarde llegaron otros animales. Pero, a pesar de ello, desde entonces Jimballa se llamó «El país de los niños y de los pájaros».

¿Qué sucedió con el «Dragón Dorado de la Sabiduría»?

Jim y Lucas se lo regalaron al emperador de China. Y en agradecimiento el emperador de China mandó bordar la imagen del dragón en todas las banderas y en las vestiduras de los altos funcionarios y de los dignatarios. Estoy seguro de que habréis visto alguna vez una de estas valiosas telas. Ahora conocéis el origen de esa figura.

Lucas siguió viviendo con la gorda y vieja Emma en Lummerland, y varias veces cada día pasaba por la serpenteante vía, atravesaba los cinco túneles y recorría el país de un extremo al otro.

Jim, con la ayuda de su gran amigo, había colocado un precioso tendido de vías por todo el reino para que los niños pudieran ir a Lummerland y volver luego a casa y para llevarlos cuando querían ir a visitar a alguien. Eso les gustaba mucho y lo hacían

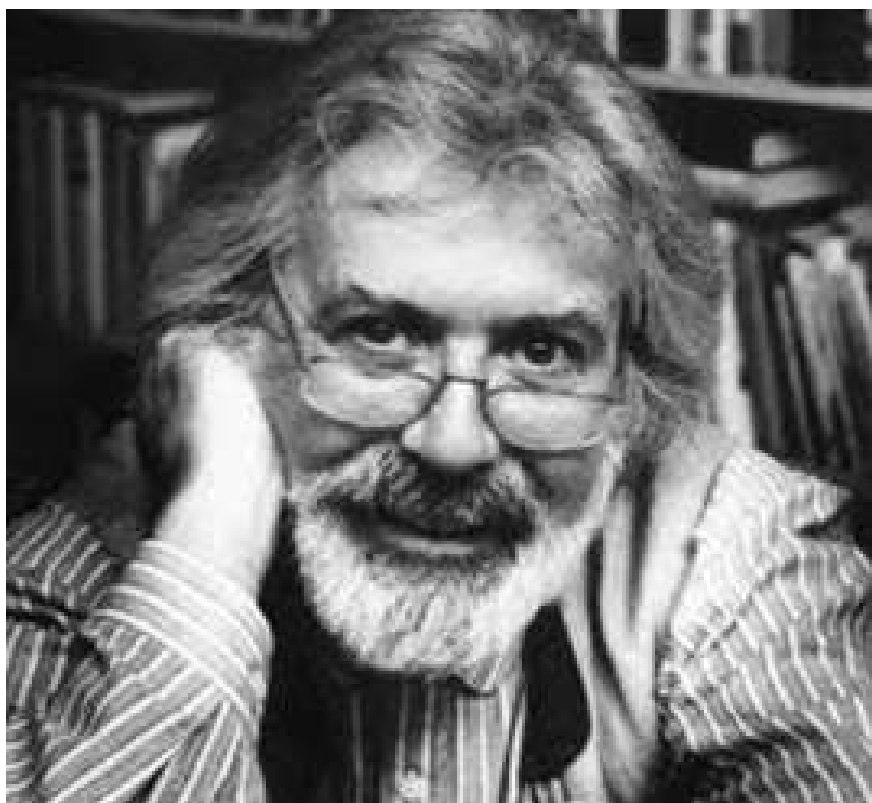
a menudo.

Lo más bonito era ver a Jim viajando al anochecer con su locomotora de cristal en la que se podía ver el fuego, el agua y el vapor. Él permanecía en la cabina iluminada por el reflejo de las llamas, con la corona de oro en la cabeza y en el pecho la brillante estrella.

Cuando Jim y Lucas se encontraban, se saludaban al cruzarse y Emma y Molly silbaban.

Por encima de Lummerland y de Jimballa se elevaba el señor Tur Tur, y su figura, con el farol en la mano, se recortaba sobre el cielo estrellado y parecía un árbol de Navidad viviente.

Sí, amigos, con esto termina el libro de Jim Botón y Lucas el maquinista.



MICHAEL ENDE. Hijo de un pintor surrealista, nació en Alemania en 1929. Alternó sus estudios con pequeñas representaciones teatrales y en 1954 comienza su carrera de escritor, reconocida oficialmente en 1961 con la concesión del premio al mejor libro infantil publicado en Alemania a su obra *Jim Botón y Lucas el maquinista*. Este libro y su compañero *Jim Botón y los trece salvajes*, los dos magníficamente ilustrados por F. J. Tripp, han merecido grandes elogios de la crítica. Sus textos han sido adaptados para representaciones de marionetas y traducidos a numerosos idiomas. Fragmentos de estas obras aparecen en varias antologías de libros infantiles.